

ELENA MORENO SCHEREDRE

DEVUÉLVEME  
LA LUNA



# Índice

*Dedicatoria*  
*Prefacio*

## PRIMERA PARTE

1. El orden de las cosas
2. Tu incompleto olvido
3. No me digas no
4. Un vestido rojo y ceñido
5. La montaña inaccesible

## SEGUNDA PARTE

6. Mentiras que parecen verdad
7. Mientras te busco
8. Un turista accidental
9. Solo una miradita
10. A veces el azar se presiente
11. Bajo tus estrellas
12. Si tú me dices ven

*Epílogo*  
*Nota de prensa*  
*Agradecimientos*  
*Notas*  
*Créditos*

*Para nuestros hijos, siempre para ellos.*

*Se aceptan las promesas como si estuvieran hechas  
con trocitos de realidad y buenos deseos.  
Pero el reembolso de ellas es a veces imposible.  
«Te daré el sol, la luna y las estrellas», me susurró.*

# Primera parte

# 1

## El orden de las cosas

«Cuando se busca lo único y al mismo tiempo lo verdadero de la vida, es una suerte encontrar menos de lo que se imaginaba».

RICHARD FORD

El bufete del que era miembro Alejandro Velasco Caula se hallaba situado en el tercer piso de un edificio modernista del Paseo de Gracia de Barcelona. Su hermana Lidia y él lo habían heredado de su padre, ilustre letrado barcelonés, y este, a su vez, de su abuelo.

Desde los ventanales que daban a la esquina de la calle Mallorca, observó un racimo apretado de turistas con rasgos orientales que en ese momento cruzaban el paseo. Parecían seguir dócilmente a una briosa mujer que agitaba en su brazo una banderita de Japón; el edificio de la Pedrera y la casa Batlló estaban muy cerca; aquella escena se repetía cada vez con más asiduidad. El bullicio de la calle, amortiguado por la doble cristalera, trepó inevitable hasta alcanzar sus reflexiones.

¿Por qué William le encomendaba aquella misión?

Al llegar al despacho esa mañana, Lourdes, su secretaria, le había entregado, con cierta aprehensión, un paquete enviado por correo certificado. Desde el momento en que lo abrió no había podido desprenderse de una manifiesta e imprecisa incomodidad.

Miró hacia el cielo. Un azul brillante resplandecía en las cristaleras. La luz mediterránea se obstinaba en desvelar con avidez la belleza de su ciudad, tan espoleada por los políticos en los últimos meses. Se fijó en unas algodinosas nubes que bajaban desde el Tibidabo hasta el mar, ensombreciendo el tráfico a la altura de la Avenida Diagonal. Aclaró su

garganta con aquella fea costumbre nerviosa de la que no podía desprenderse, tratando de hacer desaparecer la molestia de sentir algo atascado.

Giró en redondo recorriendo con la mirada la estancia para detenerse unos instantes en el cuadro del pintor modernista, amigo de su abuelo: Alexandre de Riquer. Visualizó la caja fuerte, oculta tras aquella magnífica escena campestre que colgaba majestuosa sobre la chimenea, contemplando la posibilidad de depositar en su interior el enigmático contenido del envío. Sin embargo, desterró la idea.

Sus ojos se desviaron a la librería que ocupaba la totalidad de una de las paredes del amplio despacho. Paseó la mirada por los cantos de sus libros cuidados, perfectamente clasificados y encuadernados en piel, buscados y elegidos por las librerías y mercadillos, obviando la tentación de acariciarlos, como acostumbraba. No necesitaba abrirlos. La cercana sabiduría que encerraban le proporcionaba confianza en sus decisiones.

Sujetaba entre las manos la bolsa de seda extraída del paquete que le había enviado su amigo: el escritor escocés William Urquhart. Sopesó el envío, aleteando levemente el brazo. Evaluó mentalmente su tamaño, volumen y hasta la rigidez del material. A través de la tela había atisbado, sin abrirlo, que el interior guardaba una caja cuadrada de unos diez centímetros de lado revestida de un material aterciopelado. Por su aspecto —observó el abogado— parecía proceder de algún establecimiento de joyería. Chasqueó la lengua y volvió a carraspear.

Empujado por uno de sus pensamientos, se acercó al estante donde estaban situados los ensayos de Michel de Montaigne (edición de 1595 de Marie de Gournay), Colección Ensayo 153 de la editorial El Acantilado. Sacó el ejemplar que había a su lado, un libro de pequeño formato que atesoraba una primera edición de Peter Burke que abordaba la biografía del pensador francés. Un hueco oscuro emergió de la blanca librería como si le hubieran extraído una pieza dental. Hundió la mano hasta el fondo del estante y depositó la bolsa de seda en el vacío. Con meticulosidad, volvió a colocar el libro en su lugar.

Dio unos pasos hacia atrás para comprobar que la alteración del secreto orden de sus cosas no sería percibida por Lourdes, su secretaria, o por la señora de la limpieza, tan acostumbradas ambas a velar por la tenacidad del

lugar que debían ocupar los objetos. Satisfecho y caminando sobre la esponjosa moqueta volvió a tomar asiento en su escritorio.

La butaca de diseño de última generación de Philippe Starck acogió su meditabundo descanso, meciéndolo amortiguadamente. Sobre el horizonte imaginario de sus pensamientos reapareció su amigo William, sonriendo despeinado en un café a orillas del Bósforo; la boca ligeramente ladeada en aquella mueca tan suya, a medias entre la ironía y el cariño.

La bolsa de embalaje del servicio de correos francés había quedado abandonada sobre su mesa, así como la nota que acompañaba el envío. Inspeccionó con incrédula parsimonia aquella cuartilla de papel de mala calidad. La ausencia de dirección y remitente, así como la falta de liturgia en su redacción, era un gesto desacostumbrado en su amigo.

Hacía tiempo que no lo veía. No saber exactamente dónde se encontraba para acusar recibo le contrarió. Observó el matasellos: había sido expedido desde la oficina de correos 277 de Sarlat la Caneda 24200 (Francia). Tecleó el nombre del departamento en Google y casi de inmediato arrojó la información: subprefectura francesa situada en el departamento de Dordogne, en la región de Aquitania.

Volvió a tomar la nota de William entre las manos, estudiándola como lo haría uno de los peritos que trabajaban para él. Era un folio de un burdo papel reciclado y, salvo la impresión en tinta, carecía de rasgo personal alguno; nada que indicara que le perteneciera al escritor. El abogado, habituado a no dar crédito a todo documento, sopesó la posibilidad de que hubiera sido redactada por cualquiera que poseyera un ordenador convencional. Volvió a leerla, buscando en su contenido las huellas del escritor.

*Estimado amigo:*

*Escribo con prisa y, por lo tanto, aplazo la llamada que hubiera debido preceder a este envío. Siento emplear este método, pero he de ser expeditivo. Necesito que entregues el contenido de este paquete a la señora Miranda Palazuelos y que lo hagas personalmente o, en su defecto, por una vía en la que tengas la seguridad de que lo recibe en propias manos. Yo no puedo hacerlo y mi total confianza en ti me ayuda a tener la certeza de saber que salvarás los obstáculos que se presenten.*

*Aunque no te proporcione la ubicación exacta de su residencia en Salamanca, puedes ponerte en contacto con ella en la siguiente dirección electrónica:*

[elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com).

*Se trata de algo valioso y de suma importancia para mí, Alejandro. Me comunicaré contigo en cuanto me sea posible.*

*Gracias, amigo.*

*William*

Metió la misteriosa nota en el interior del sobre y la depositó con precaución en uno de los cajones de su escritorio sin poder evitar una indeterminada desazón.

Un suspiro de resignación se le escapó al echar una ojeada a su reloj; tenía disponibles treinta minutos antes de afrontar la consulta de un cliente que se había enredado en un farragoso caso de protección de datos. No le gustaba aplazar las cosas que requerían su atención. Abrió el ordenador y tecleó la dirección de correo electrónico que William le había proporcionado, preguntándose de nuevo la razón de aquella extraña petición.

Cuando tuvo preparado el mensaje y antes de enviarlo tuvo un instante de indecisión; en materia de mujeres sabía que su amigo no era precisamente un dechado de lealtad. La nota era imperiosa, confusa, y adolecía de un tufillo indefinible. Volvió a carraspear aclarándose la garganta. «Te lo debo, amigo, pero no me compliques la vida».

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Asunto: Toma de contacto

17 de abril. 12.37 h.

Estimada señora...

## 2

# Tu incompleto olvido

«Nadie pregunta por aquello que prefiere ignorar».

CARLOS RUIZ ZAFÓN

Tras su clase de ikebana y feliz ante la expectativa de pasar el fin de semana en compañía de su hijo, Miranda se dirigió al centro comercial en el que perdió toda la paz y armonía que había conseguido almacenar poniendo en orden las orquídeas de Yuki.

Numerito en mano, yendo y viniendo por el supermercado había pasado, al menos, media hora en la sección de pescadería, refunfuñando, tentada de mandar al destierro el plato elegido: txipirones en su tinta. Sin embargo, en el momento en que evocaba la mirada de su hijo Álvaro untando el pan con deleite en la salsa oscura y untuosa, los pies permanecían anclados al mármol del supermercado mientras una benévola voz interior justificaba la poca experiencia de la chica que atendía a la nutrida clientela. Necesitaba abrazarle... escucharle, sorprenderle con su plato favorito, distraerlo para que hablara... El trámite resultaba inevitable.

Miranda Palazuelos echaba de menos a sus hijos con el recalcitrante dolor de la libertad. También al mar, el olor de la lluvia y hasta los cielos encapotados de su norteña tierra natal le hacían falta. Sin embargo, había encontrado la llave de la puerta secreta de su universo a una edad en la que no era fácil hacerlo. Vivía en el campo salmantino, a cuatro horas y cuarenta y cinco minutos en coche de su casa en Algorta (Vizcaya) y en un par de meses cumpliría cincuenta años o, como le decía su hija Leire cuando quería hacerle rabiar, medio siglo.

Le había costado mucho llegar allí. No al lugar concreto, sino a su cotidiana y sencilla vida. Quizás por eso, porque había comprendido el valor

secreto del tiempo, cuando se reunía con sus hijos disfrutaba y tenía la sensación de que su cuerpo ocupaba un sillón anatómico de aquellos que se vendían a plazos e intentaban abrazar los riñones, la columna vertebral, las piernas y hasta los pensamientos.

Mientras acomodaba las bolsas de la compra en su coche se vio a sí misma sentada en la mesa grande de vieja madera donde Álvaro y Leire hacían los deberes y ella quitaba los hilos a las vainas mordiéndose la tristeza. Recién divorciada, triste y sin objetivos, se aferraba a sus hijos creyendo que no sería capaz de dejarlos marchar cuando llegara su tiempo. Sin embargo, contra todo pronóstico, había sido ella quien se había ido.

Con su casi metro noventa, su barba de hípster y su cabeza científica, Álvaro, su hijo, hacía tiempo que no la necesitaba. Sin embargo, hacía dos días, le había llamado para decirle que le apetecía quedarse el fin de semana en la finca, que tenía ganas de verla —había añadido sin pausas— y echaba de menos a Zuri. El anuncio, con aquella enumeración de amores, había sido suficiente para que sospechara que algo corría por los túneles del silencioso carácter de su grandullón.

—¡Qué alegría, cariño! ¿Cómo es que vienes? ¿Tienes días libres?

Álvaro, aunque escaso en palabras, nunca exhibió tendencia a morderse la lengua en lo esencial. Tenía ganas de hablar. Le contó que su novia, Elisa, con la que mantenía una relación desde hacía un año y que apuntaba maneras de convertirse en la mujer de su vida, estaba a punto de irse a Australia a trabajar.

—Le han ofrecido un contrato cojonudo, la empresa es estupenda y la incorporación tiene que ser inmediata. Ya lo hemos hablado. No quiero que renuncie por mí. No me lo perdonaría. Se va mañana.

—¿Australia?

—Sí, amatxu, allí mismo. —Su hijo suspiró al otro lado de la línea—. En el culo de este puto mundo.

—Ya.

Solo acertó a decir aquel lacónico ya... La frase de su hijo había sido suficiente. Prefería esperar a tenerlo frente a ella para hacerle saber lo orgullosa que se sentía de haber educado a un hombre que velaba por los sueños de su chica, aunque a él, y de paso a ella, se le partiera el corazón ante

aquella noticia que traería cola. Dijo «ya» aplazando el pensamiento que corrió a oscurecer su alegría; tarde o temprano, su hijo correría tras ella y viviría a veinticuatro horas de un abrazo. Cuando colgó el teléfono Miranda había mascullado entre dientes un par de maldiciones, aludiendo a los financieros y políticos que habían propiciado las condiciones laborales de los jóvenes y la consabida estafa de sus destinos.

Se metió en el todoterreno. Puso un CD de Rod Stewart en el reproductor y se encaminó hacia la carretera. La voz desgarrada y aguardentosa del cantante ocupó el cubículo y una ola de olvido terminó de envolverla. Canturreó por encima de su ídolo estirando las palabras que le gustaban... *When I need youuuuuu*.

Aunque se resintiera al pronunciar la palabra, era propietaria de El Cielo Azul, un pequeño y particular hotel con encanto que regentaba desde hacía cinco años, enclavado dentro de la finca de ganadería brava Campocerrado, a escasos kilómetros de Portugal. Tres veces por semana acudía a la ciudad para sus quehaceres y compras. Condujo hasta dejar atrás Ciudad Rodrigo y tomó el camino que conducía a Águeda.

Casi sin proponérselo, al pasar por la taberna de su amigo Manuel, se detuvo. Podía haberle llamado por teléfono, pero a Miranda le seguía gustando mirar a los ojos oscuros de aquel andaluz, refugiado como ella en tierras charras, con el que, de vez en cuando, compartía veladas que se parecían a las de los enamorados. Apretó el claxon un par de veces alborotando la pacífica mañana, pero Manuel no salió a recibirla como acostumbraba. Una de las camareras le dijo que había ido al ayuntamiento y volvería en una hora. Sintió una pizca de frustración, las zalamerías de su amigo la ponían de buen humor, pero se alegró por los calamares; no era bueno que permanecieran mucho tiempo al tibio sol.

Su coche trotó hasta llegar al portón de la finca. Se bajó, recogió el correo del buzón, abrió el cerrojo, entró y volvió a bajarse del vehículo para cerrarlo: los animales bravos no sabían de límites.

Diseminados por el campo y entre las encinas, los toros, negros zaínos casi todos, rumiaban embelesados o seguían con una engañosa docilidad al tractor que iba distribuyendo balas de heno. Tomó el desvío del camino nuevo y volvió a repetir la operación con el segundo portón, aquel que

conducía directamente al hotel. Al llegar, y casi sin terminar de poner los pies en el suelo, fue colmada con aquellas arriesgadas muestras de alegría de Zuri, la perra labradora que le habían regalado sus hijos. Ella siempre la recibía como si hiciera años que la hubiera abandonado. A veces salía y volvía porque había olvidado el teléfono y ella saltaba de la misma manera que lo hacía en ese momento. Sentía debilidad por aquel animal generoso que la acompañaba como nadie.

—Me vas a tirar... —dijo con dulzura mientras agarraba la cabeza de su perra con las dos manos—. Yo también te quiero... —Le dio unas palmadas en el lomo que parecieron tranquilizarla—. ¡Marga! —vociferó al entrar en la casa—, ¡ya estoy aquí...! ¡Ven a ayudarme, por favor!

El edificio donde se asentaba El Cielo Azul había pertenecido a la familia Palazuelos desde el siglo pasado. Tras la reforma efectuada para ser habilitada como hotel, su espacio se había adaptado a las necesidades de aquel negocio: un pequeño recibidor, un salón grande, otro más pequeño, el comedor, una sala de juegos y televisión, la cocina y el espacio para ella ocupaban la planta baja y en la segunda planta doce habitaciones dobles con baño y un par individuales. Decorado con todo el esmero que le permitió su bolsillo, estaba incluido en las guías de establecimientos con encanto y en los pocos años que llevaba en funcionamiento había conseguido una clientela escogida y constante que venía en busca de lo que ella ofrecía orgullosa: contemplar los toros en la libertad de la dehesa y descansar en la paz de aquel extraviado paraje.

Allí trabajaba Lía, una estudiante de idiomas que iba los fines de semana, las noches en las que Miranda no estaba o cuando había trabajo extra. Marga, la mujer del mayoral de la finca, era su mano derecha y gobernaba la casa como si fuera suya, sustituyendo a Miranda y conjugando el posesivo cuando hablaba de «sus toros». Era una mujer algo ruda, sólida, y ya en edad de jubilación, aunque con un brío inagotable. Austera y prudente, era capaz de sacar brillo al olvido que se posaba sobre las cosas y poner el acento en lo necesario con un sentido común que no admitía comentarios.

Apareció en el porche con su celeridad impasible y se lanzó a ayudarla.

—Ha llamado tu hijo —resopló mientras calculaba el peso de una de las bolsas—. No te va a gustar, te advierto...

—¿Qué?

—Le han robado el móvil y no viene. Te llamará en una hora.

—¡Ay, Dios! —Exclamó llevándose la mano al pecho—. ¿Te ha dicho si estaba bien?

—Me ha dicho que se lo dejó olvidado en un bar y que cuando fue a buscarlo no estaba. Estos hijos nuestros tienen la cabeza en las nubes. No hay que echarles tanta cuenta como lo hacemos, te lo digo siempre. —Marga se adentró en la casa cargada como un burro.

—Álvaro —murmuró el nombre de su hijo como si al decirlo pudiera traerlo a su lado.

Se sintió contrariada. Necesitaba mirar sus pupilas, calibrar sus gestos, saber que estaba bien, que lo que estaba viviendo no iba a dejar ninguna cicatriz insoportable en su corazón. Decirle que le sobraban fuerzas y ganas para seguir su camino solo. Recordarle que la tecnología acertaba las distancias y murmurarle que le quería. Trató de controlar su decepción. Se encerró en un silencio espeso que Marga, conociéndola, no osó interrumpir. Cuando terminaron de ordenar las viandas la mujer se acercó a ella.

—Ya vendrá otro día... —añadió mientras buscaba en su bolso—. ¡No penes! ¡Alegra esa cara! Si quieres verle, vete a Algorta. Sabes que yo me arreglo con Lía.

—Ya —insistió con aquella vaga afirmación que utilizaba con frecuencia.

—¡Ah! Casi lo olvido. La pareja de alemanes quiere quedarse un día más para ver a los recortadores.

No le contestó, pero arqueó las cejas, abrió mucho los ojos e hizo una mueca de resignación. Ellas se entendían sin que hicieran falta explicaciones. Luego se dirigió a echar una ojeada al libro de reservas.

Aquel hotelito era algo más que un viejo sueño. Le había supuesto un esfuerzo extraordinario consumir aquel proyecto que parecía imposible de llevar a cabo. Se sentía secretamente orgullosa y trabajaba para que los beneficios fueran más interesantes. Cada dos meses, y después de llegar a un costoso acuerdo con el dueño de la ganadería, Miranda organizaba en la plaza

propiedad del ganadero un concurso de recortadores portugueses que ofrecían sus piruetas valientes frente a los toros. Había vivido con la lidia como un elemento más de la vida. Acompañaba a su padre en la Semana Grande bilbaína, iba a Sevilla a la Gran Maestranza con su abuelo para la Feria de Abril... Los cosos taurinos, con su bullicio y sus silencios, estaban ligados a su juventud. Eran escenarios que amaba, como amaba los pasodobles, los mantones bordados de Manila, los caballos enjaezados y los alamares dorados. Sin embargo, al crecer, y sobre todo en la madurez, algo había cambiado en su forma de sentir el espectáculo. Se le despertó una incomodidad frente a la suerte de los animales que acabó en un rechazo frontal de todos los espectáculos en los que intervenían animales mutilados en su naturaleza. Ya no le gustaban los zoos, a los que había llevado a sus hijos, ni los circos, ni los propietarios de monos o serpientes para componer una fotografía intrépida.

Cuando se divorció, sus hijos eran pequeños. Uno de sus hermanos, intentando desviar la atención de la ruptura familiar, les regaló un pequeño y peludo labrador. Ella nunca había convivido con un animal en casa y Otelo, que así se llamaba el recién llegado, le despertó una consciencia que hasta ese momento no había experimentado. Durante años, un contradictorio sentimiento respecto a la lidia empezó a crecer en su interior. Al principio fue como una mala hierba que arrancaba tan rápidamente como podía, pero con el tiempo lo que sentía se volvió definitivo. Le desagradó hasta el rechazo a la liturgia de la muerte. Cuando descubrió que no le gustaban la sangre, el dolor y el cercado acoso al que se sometía a los animales en la fiesta se sintió mal y dejó de acudir a las plazas. No fue fácil. La tauromaquia estaba en su ADN, formaba parte de sus raíces. Tuvo discusiones y disputas con hermanos y amigos, pero Miranda había logrado mantenerse fiel a un principio que no podía seguir traicionando.

En El Cielo Azul había espectáculos taurinos para los turistas, pero en su arena no moría nadie si podía evitarse. Sucumbía a la fascinación de aquellos bellos animales, a su intocable fiereza y no se cansaba de mirarlos. Reconocía que la rentabilidad de la fiesta residía en la «embestida salvaje» de aquellos ejemplares, pero también se invertía en otras cosas menos hermosas... ¿Por qué no mantener toros bravos como un patrimonio de tradición?... Con la

oposición de casi toda la comarca y de parte de su familia, se había obstinado en conseguir que respetaran sus fiestas sin sacrificio. En ese momento su establecimiento era visitado por turistas expectantes y decididos que querían ir más allá de la imagen del toro de lidia.

Volvió a la cocina.

—Marga, ya he apuntado a los alemanes. Tenemos un grupo muy bueno. ¿Han llamado de la agencia?

—No que yo sepa, pero mira el cuaderno por si acaso.

Se soltó la melena que llevaba enrollada en un moño y haciendo un gesto con la mano indicando que quitaba importancia a su disgusto le dio un par de besos a su empleada y amiga.

—Se me pasará. Que descanses, Marga.

La mujer frunció la boca y en lugar de pronunciar una palabra, murmuró un «hasta mañana», dándole la espalda.

Miranda cerró la ventana de la cocina al escuchar el motor perezoso de su ciclomotor. La idea de montarse en el coche e ir a Algorta le rondaba por la cabeza, pero tenía que quedarse aquel fin de semana.

—Y encima tengo que limpiar los puñeteros txipirones.

Casi todos los huéspedes que ocupaban la casa, ese día, formaban parte de un grupo que había salido temprano hacia Portugal. La cercanía de la frontera y el espejismo de visitar otro país eran un aliciente añadido, aunque en las poblaciones cercanas lo único que hacían los visitantes era comprar toallas y escuchar el dulce acento portugués. No volverían hasta el anochecer y la casa durante la jornada poseería un preciado silencio.

Limpió los calamares, los metió en la nevera y se preparó un bocadillo saltándose la dosis acostumbrada de hidratos de carbono. Con prisa, se dirigió a su habitación. Le urgía encontrar una paz que había estado esquivándola durante todo el día. Un extraño frío se le había colado en el cuerpo después de saber que no vería a su hijo. Estaban en el mes de abril, el campo olía a primavera, pero las corrientes de aire iban y venían todavía con recuerdos del invierno. Buscó el viejo jersey de lana que le habían regalado sus hijos y se lo echó por los hombros.

En aquel establecimiento que también era su hogar durante gran parte del año, Miranda se había reservado una estancia en cuya puerta había

colocado un disuasorio cartelito que rezaba «Privado». Su santuario era grande y luminoso. Lo había decorado con un especial mimo, a la medida de la tristeza y el regocijo de algunos de sus días. Un arco partía el espacio por la mitad creando dos ambientes diferenciados: una amplia sala recibía al visitante con el calor de una de sus paredes forrada por una estantería repleta de libros, carpetas y objetos diversos. Frente a ella una mesa de despacho que parecía haber pertenecido a un viejo profesor alojaba el ordenador, algunas fotos de sus hijos y un jarrón de cristal con flores siempre frescas. El conjunto se remataba con dos sofás de terciopelo rojo que invitaban al reposo. Al fondo, tras el arco, estaba la habitación. La cama grande, el viejo armario de roble heredado de su familia, las mesillas rescatadas de una almoneda y las paredes pintadas de blanco salpicadas de collares, sombreros y fotos. Una puerta lateral también de madera lavada conducía al baño y otra a un vestidor que había robado a la recepción y por el que se podía controlar la entrada al establecimiento. El suelo de viejos listones estaba tapizado por antiguas alfombras orientales de dibujos vivos y descoloridos por el sol. La inmensa cristalera que se abría a un porche lo dejaba pasar al atardecer, cuando el campo, las encinas y los toros reposaban ahítos de luz.

Posó la bandeja sobre la mesa, se descalzó y se puso cómoda, seguida siempre de Zuri. Encendió el ordenador mientras daba un mordisco al bocadillo. Fue directa a su bandeja de correo con el fin de revisar sus mensajes. Tras un vistazo rápido, se detuvo en uno de ellos, cuyo remitente desconocía y en el que el asunto rezaba: «Toma de contacto».

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Asunto: Toma de contacto

17 de abril. 12.37 h.

Estimada señora:

No acostumbro a escribir a desconocidos, pero antes de que tenga la tentación de confundir mi correo con un spam y enviarlo a la papelera, permítame presentarme. Mi nombre es Alejandro Velasco Caula, y al parecer compartimos una antigua amistad con William Urquhart. Ha sido este escocés errante quien me ha proporcionado su dirección electrónica para que le haga saber que

obra en mi poder un paquete remitido por él a mi despacho con el fin de que le sea entregado a la mayor brevedad posible.

Mi querido amigo me advertía en su nota que el contenido era valioso e importante para él y que bajo ningún concepto debía ser depositado en manos desconocidas.

Quiero imaginar que esa haya sido la razón por la que me ha elegido para llegar hasta su domicilio, sin darme los datos necesarios para dirigirme a usted como sin duda merece. Él sabe bien que cumpliré su encargo, pues estoy aquejado de una crónica lealtad hacia aquellas personas con las que he compartido algún tiempo de mi vida. Añadiré, para su conocimiento, que a nuestra cordial amistad hay que sumar mi condición de abogado, lo que, en principio, debe ofrecerle añadidas garantías de fiabilidad.

Nuestro insigne escritor me comunica que se halla residiendo en la hermosa ciudad de Salamanca, sin embargo, no me ha proporcionado dirección alguna, salvo esta (correo electrónico), por lo que le agradecería me hiciera saber si ha recibido el mensaje. Tengo cincuenta y cuatro años y una diligente secretaria atenúa mi constante incredulidad y mi obstinación por no reconocerme ni desearme analógico.

Vivo en Barcelona, en el membrete de este mensaje tiene mis datos. Puede llamarme o escribir a esta dirección para comunicarme la forma que considera más adecuada para que el encargo de William sea cumplido según sus deseos. Mi disponibilidad es mayor durante el fin de semana.

En espera de sus noticias le saluda atentamente,  
Alejandro Velasco Caula

El nombre de William escrito en la pantalla del ordenador cobró vida y, como si el mismísimo Aladino saliera de una lámpara oxidada revestido con poderes sobrenaturales, la imagen de su antiguo amor envuelto en los vapores de la herida que evocaba emergió como un inesperado chorro de aire caliente.

Leyó el mensaje tres o cuatro veces sin poder desprenderse de la perplejidad. En cada intento de alcanzar su total significado trataba de mantenerse fría sin conseguirlo. Se levantó y fue en busca de un vaso de agua; al llevárselo a los labios notó que sus manos temblaban.

Entre las líneas, o de un punto y aparte a otro, su cabeza alargaba las frases y donde el abogado había escrito, insigne escritor, ella añadía un adjetivo hiriente que se le subía a la boca como el recuerdo de un asco no digerido.

—Patán, egoísta, manipulador...

Terminó el bocadillo desganada, ignorando el nudo en el estómago, obligándose a hacerlo mientras miraba con obsesión el horizonte. William no podía apoderarse de nuevo de su voluntad, pensó. Eso no podía suceder.

Una vieja y ya olvidada angustia se revelaba ovillada, durmiente, queriendo despertar de aquel sueño como el dragón de los cuentos que contaba a sus hijos. Se tocó el pecho y dejó la mano haciendo círculos con las yemas de los dedos sobre el lado izquierdo de su cuerpo. Aquella ligera presión que empezaba a sentir podía estar provocada por un botón, el elástico del sujetador, un escozor que quizás se pudiera remediar con un simple y repetitivo gesto, se argumentó. Pero Miranda sabía que no alcanzaría a rozar la superficie de aquella cicatriz. Su mano fue espontáneamente a su vientre, y luego, como si tuviera que recorrer un determinado camino, volvió hasta el lado izquierdo de su pecho. Todavía le dolía el recuerdo de su corazón roto.

Tras la partida de William, su silencio y aquel castillo de naipes derrumbado sobre el suelo de su hogar, había sabido del cansancio que se siente en la frontera entre la vida y la muerte. El necesario tratamiento antibiótico para combatir aquella humillante infección, la soledad y el dolor, le produjo un ahogo demoledor y un día se desmayó en la calle. Fue ingresada de urgencias en el hospital; todo apuntaba a que estaba sufriendo un infarto. Tras una serie de pruebas determinaron que, aunque tuviera los mismos síntomas, no lo era. El doctor que la atendió se sentó en una silla junto a su cama como si fuera un cura dispuesto a escuchar su confesión. Era amigo de su hermano y se sentía predispuesto a sustituirlo.

—Miranda, tienes una fuerte anemia y la ingesta de los antibióticos no te ha ayudado. Lo que te ha sucedido digamos que se parece al síndrome de Takotsubo, aunque afortunadamente no ha llegado a producirse. ¿Sabes de lo que te hablo?

Ella lo miraba negando mientras él, de forma didáctica, le explicaba que se manifestaba como un dolor extraño y similar al del ataque al corazón. Luego, como hacen los buenos médicos, añadió con un tono de voz diferente que, en ocasiones, esa dolencia estaba provocada por una emoción intensa y desgarradora.

No le extrañó. Ella lo sabía: el corazón se rompía literalmente con el dolor, cambiaba de forma, se alargaba y no recuperaba su primigenia estructura. Don Ricardo Franco, el cardiólogo de urgencias del Hospital de Basurto, amigo de su hermano, le explicó cuanto debía conocer al respecto, y

para que quedara bien claro, le dibujó un corazón tradicional y otro alargado que parecía una vasija.

—¿Has tenido algún disgusto recientemente?

Casi había llegado a sonreír y hubiera querido decirle: «Doctor, no solo me han roto el corazón, sino la vida, la dignidad y el futuro». Pero la ironía no procedía en aquellas dolorosas circunstancias. En cambio, solo asintió con docilidad mientras unas lágrimas gruesas surcaban sus mejillas. El médico le había cogido la mano y con esa compasión de la que deben hacer gala los profesionales de la salud se entretuvo hablándola, distrayendo su angustia.

—Llevo muchos años viendo a pacientes coronarios. Esta profesión se ha convertido en algo parecido a la fontanería; destaponamos las arterias, cambiamos las válvulas, y de vez en cuando viene alguien como tú a quien intuyo que le han roto el corazón. ¿Sabes lo que pienso entonces?

Negó con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra.

—Pues me digo... He aquí un paciente que cuando se le presente una segunda oportunidad no verá un problema sino un desafío. Te dejaré unos días aquí para que descanses y luego, sin prisa, si esa presión de tu pecho persiste te enviaré al departamento de Psiquiatría para que te prescriban lo necesario y que tu angustia remita. Recuerda, Miranda... Eres joven y te aseguro que tendrás una segunda oportunidad.

Respiró profundamente repartiendo el aire por su pecho como hacía en las clases de yoga. Poco a poco, fue encontrando alivio. Se frotó la cara con ambas manos. El resquemor de la vieja impotencia que había originado su imperdonable e inolvidable silencio seguía allí, aferrado a ella como una segunda piel.

El sonido de su teléfono móvil la devolvió a la realidad. Alguien pedía una habitación para aquella misma noche. Miró el libro de reservas; sí, había una habitación libre. Era la que había preparado para su hijo. Le dio palique al oportuno cliente. No quería soltarlo. Hablar con un desconocido le aliviaba.

—¿Desde dónde viene?

Miranda dio las indicaciones oportunas e hizo hincapié en lo esencial que era cerrar los portones que encontrara de camino al hotel. «¿Imagina usted lo que es un toro bravo?». «No tenga miedo, pero no lo olvide, aquí podrá contemplarlo sin temor». Se despidió añadiendo que ella misma los esperaría.

Terminada la conversación cogió la llave y subió para recoger el mimo que había dejado sobre la colcha a su hijo; una caja de los bombones de licor que él adoraba. Un malestar impreciso le impedía respirar con fluidez. Suspiró levantando los brazos, luego abrió la cajita y se comió un par de chocolates. La guinda empapada en coñac se deshizo en su boca provocándole una inequívoca satisfacción.

Era una mujer amable, cariñosa, optimista y con tendencia a empequeñecer las dificultades. Tenía, además, eso que acostumbra a llamarse «carácter» y que, en su caso, no era sino la necesidad de que los demás hicieran las cosas con el mismo entusiasmo con que ella las hacía. Podía tener la manga ancha para casi todo, pero no soportaba la mentira y mucho menos la traición. En esos casos se volvía loca, cocinaba enfurruñada y lanzaba juramentos, siempre a solas, rompiéndose en mil pedazos y prometiéndose a sí misma que la próxima vez que se vinculara a alguien no se entregaría de la misma manera que lo había hecho.

Había sido educada en el valor de la excesiva consideración de la sinceridad y su franqueza le proporcionaba algún disgusto. Hasta hacía unos años se desnudaba sin miedo, pero las decepciones la habían vuelto cautelosa y algo inexpugnable.

Sintió una marea de rabia acercándose a su playa. A punto de alcanzarla, la notaba llegar con su espuma blanca, sus olas grandes, su olor a salitre y algas. Álvaro no vendría. Ella no podía cobijarle de la misma vida, por mucho que lo deseara. Amar a un hijo no era protegerle eternamente, sino mantenerse a su lado mientras se enfrentaba a los inesperados destinos. Con más o menos dolor podía bregar con lo que le tocara a la carne de su carne. Pero la aparición de William a través de un desconocido hacía que se sintiera como si caminara por arenas movedizas. Se comió el cuarto bombón y dejó la caja sobre la mesilla.

Su perra Zuri tenía la costumbre de situarse bajo la mesa de su escritorio cuando trabajaba. Miranda ponía los pies sobre su lomo, acariciándola y acariciándose; notar su pelo suave y duro le agradaba. El gesto le esponjaba la cotidianidad. La calidez de su cuerpo le acompañaba y por eso, porque se sintió repentinamente sola, la buscó con su pie derecho hasta encontrarla. Ella ronroneó y la aridez de su perplejidad pareció remitir por un momento.

Estaba segura de que William Urquhart, bajo aquella extraña manera de retomar contacto con ella, escondía un objetivo. ¿Pero cuál? Se le encogió el corazón al echar la vista atrás. ¿Cuánto tiempo le había costado amanecer sin pensar en él? ¿Cuántas noches sin que su último pensamiento antes de dormirse le perteneciera? ¿Cuánta energía había necesitado para reencontrarse con ella misma sin sentirse vacía o con ganas de matarlo? ¿Dónde había depositado el amor, el rencor o la desesperación de su entrega a un hombre que la engañó? Echar de menos, notar la falta, ignorar el vacío, evitar el abismo... Tenía toda una colección de expresiones alojadas en su cabeza para nombrar sus sentimientos hacia el innombrable.

Había ido borrando su rastro. Lo había hecho con esa tenacidad de superviviente que afortunadamente poseía y, a pesar de que persistían imágenes, canciones o palabras que de tiempo en tiempo hacían que se resintieran sus cicatrices, ya no sangraba. Había asumido que como un residuo inesperado y altamente tóxico, la experiencia o el amor de William la habían contaminado. La desconfianza había empapado su vida de una insoportable viscosidad impidiéndole creer del todo en alguien. Ahora le parecía imposible perder el miedo a un encuentro, abrazar sin que su cabeza midiera los centímetros de piel ajena en la que poder apoyarse, admirar con inocencia; William la había condenado a la soledad.

Cinco años... Y ahora un paquetito valioso. El mensaje de un desconocido. Los mismos mecanismos. «¡Cabrón!», dijo en voz alta. «Vuelves con el arte que posees para el engaño, tu vieja destreza para crear expectativas y evitar luchar en la contienda que tú mismo desencadenas», prosiguió enfadada. «Tu flema y tu estúpida pasión emergiendo del mismo modo que antaño, anegando lo que me ha costado tanto conquistar».

Se acercó al ventanal respirando profundamente. Miró aquel horizonte que tiempo atrás había redimido su dolor. Un sol tibio caía en ese momento

sobre el campo, acariciándolo. Jirones de nubes querían romper el cielo azul y luminoso. Notó que se le humedecían los ojos al pensar en sus hijos. Imaginó a su Leire consolando a su hermano como hacía cuando ella no podía ejercer de madre. «Si ellos supieran», murmuró en voz baja.

Haciendo un enorme esfuerzo trató de visualizar a William, planeando su estrategia para adelantarse a lo que viniera y sintió un escalofrío. No sabía nada de él desde hacía años. Evaluó sus propias fuerzas, la supuesta resistencia que podría ofrecer en el hipotético caso de que tuviera previsto un asedio. Algo parecido al miedo se despertó y un helador y conocido frío corrió por sus venas; no se veía capaz de someterse a la prueba de su presencia, ni encontraba fuerzas para negarse a hacer hueco a la fantasía de sus mentiras, aunque se hubiera convencido de que estaba curada de él. Seguía estando allí su «mal de William».

Decidió afrontar el reto y contestar aquel correo. Más tarde se encargaría de los calamares que reposaban en la nevera. Haría una salsa negra, densa, con ese punto de dulzura que ella sabía dar. Una salsa donde poder untar un trozo de pan y convocar el placer de los buenos recuerdos. Aunque estuvieran teñidos de negro... Al fin y al cabo, se dijo satisfecha, estaba convencida de que había rescatado lo mejor: la vida, con sus hijos creciendo, sus toros en el horizonte, sus reposterías caseras, su yoga, su bienestar y Zuri.

A él le dejaba los triunfos, las mentiras, sus amores, sus venenos, su condena y sus novelas de amor.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Asunto: Rechazo

18 de abril

Estimado señor Velasco:

Mi amistad con el escritor William Urquhart es antigua, como usted bien dice, pero no tengo ninguna intención de actualizarla. Aunque resulte tentador abrir ese paquete misterioso del que me habla, no lo haré. Puede hacer con él lo que le venga en gana, salvo venir a entregármelo o enviármelo. Me permito sugerirle que lo devuelva al remitente comunicándole mi rechazo. Espero que este pequeño contratiempo —en el que lamento se vea envuelto— quedará olvidado.

Por mi parte, debo informarle de que el señor Urquhart conoce perfectamente que no es en la ciudad de Salamanca donde resido, sino en una finca de ganadería brava a una hora en coche y cerca de Ciudad Rodrigo. Aquí regento un pequeño hotel rural, El Cielo Azul, donde pueden verse los toros en el esplendor del campo. Es un remanso de paz que no pienso contaminar con nada relacionado con William.

Agradeciéndole su cordialidad, le pido que me olvide.

Miranda Palazuelos

P. S: ¿Se ha planteado si podría usted estar siendo utilizado?

No se sintió cómoda, pero consiguió tranquilizarse. Ignoró el desasosiego que le había producido redactar aquella negativa y, como todo lo relacionado con William le levantaba sospechas, consideró que debía guardar copia de aquellos mensajes. Imprimió la misiva que le había enviado el abogado y su respuesta, luego albergó los papeles en una carpeta donde con trazo rápido escribió espontáneamente: «Ni contigo ni sin ti», el título de la copla que cantaba Joaquín Sabina. La metió en el tercer cajón de su escritorio, allí donde guardaba sus proyectos culinarios, un par de cartas de sus hijos, las viejas agendas llenas de pensamientos fugaces y esos apuntes que de vez en cuando necesitaba releer o buscar.

Se cruzó de brazos como si hubiera salvado la primera etapa de una escalada. Su perra, muy capaz de sentirla, levantó la pata y la puso sobre su muslo como diciéndole que no olvidara su presencia.

—¡Qué haría yo sin ti!

No podía alertar a nadie, especialmente a sus hijos y amigos, de que William había reaparecido mandando un valioso paquetito con su acostumbrada forma de atraer el agua a su orilla. «Amatxu, te mereces un hombre mejor que él», recordaba las palabras de Leire metida en su cama, rascándole la espalda con su mano suave y su voluntad de consuelo. «William no era bueno para nosotras».

Y junto a la traición estaba esa vergüenza social que se enquistaba en los rincones y que no permite llorar ni desesperarse. La que no te deja contar la verdad más que en el diván de un psiquiatra. «¿Ya no vives con el escritor? Reconoce que era extraño».

No podía despertar a la bella durmiente.

Insegura, volvió a abrir el cajón, sacó la carpeta y repasó lo escrito. Con toda probabilidad se arrepentiría de no haber sido un poco más clara en su

posdata. Se preguntó si su amargura resultaría tan evidente para el abogado como lo era para ella.

Parecía que William le había confesado que les unía un vínculo lo suficientemente ambiguo como para que aquel hombre se prestara a la entrega del misterioso paquete. ¿Por qué se lo había enviado precisamente a él? Alejandro Velasco se mostraba correcto y seguía las normas de cualquier hombre cabal; era amigo suyo y respondía a sus requerimientos. Conocería al escocés, pensó Miranda, pero no tanto como ella, que desde que llegó el mensaje oía el arrastrar de aquellas cadenas que la ataban a él como a un peso muerto.

En ese momento escuchó el ruido de un motor acercándose a la casa y salió entusiasmada de poder recibir a sus clientes. Tras enseñarles su habitación, les invitó a tomar una copa de vino en el porche. Aceptaron. Una vez allí les indicó las mejores rutas, ofreciéndoles la tarjeta del restaurante de Manuel para que cenaran y contemplaran la dehesa iluminada por la luna. Fue amable y acogedora, como a ella le gustaba ser, sobre todo en ese día en que hubiera pagado por tener alguien con quien charlar la noche entera.

De vuelta al silencio cerró la puerta colocando el cartelito para que llamaran al timbre y se fue a sus habitaciones, decidiendo que era un buen momento para sus ejercicios de yoga. Muy profesional, se puso unas mallas, extendió la esterilla y comenzó por unos estiramientos para después hacer tres o cuatro posturas. Trató de concentrarse en la respiración, en su cuerpo, en la vida... Tras media hora de infructuosa relajación abandonó. Incapaz de permanecer quieta se sumergió en la revisión de las facturas que debía entregar al contable. Los papeles eran una obsesión. Nunca acababa de saber en qué montón había que poner un gasto o el otro. ¿Reparar un espejo desgravaba? ¿Levantar un muro para que sus toros no tuvieran la tentación de ir a desayunar a la casa era un argumento fiscal? ¿Pagarle en negro a Lía las noches la perjudicaba?

Mientras trabajaba sonó el teléfono. Miró la pantalla y vio la foto de su hijo sonriendo. Su cerebro se puso en «modo madre» instantáneamente y todas sus desavenencias con Hacienda se evaporaron como por arte de magia.

—Cariño... Ya me ha dicho Marga lo que ha sucedido. ¿Has presentado la denuncia?

—Sí, ama, tranquila.

—¿Estás bien? Cuéntame.

Y su hijo le contó con una voz gruesa y dolorida que Elisa, su novia, se había ido y que la casa se le venía encima... Con un dedo, casi ajeno, apagó el ordenador y se tumbó en la cama contemplando el panel de fotografías donde sus hijos crecían a golpe de instantánea.

### 3

## No me digas no

«El afán de querer olvidarte es mi mayor ímpetu  
para recordarte».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Cuando llegó al restaurante Cornelia y empujó su pesada puerta le recibió un festín de bullicio y aromas. Caminó hacia la barra de la panadería que había en la entrada con la conciencia de su cuerpo acompañándole; se había vestido con uno de sus mejores trajes. Desde su enclave echó una mirada hacia el atestado comedor; Marcos, el camarero, situado al fondo del local, pareció verlo porque levantó una mano haciéndole un gesto cómplice e indicando una mesa donde Neus le esperaba ya sentada. Alejandro movió el pulgar hacia arriba para confirmarle que había entendido la señal y se dirigió hacia allí.

La gente guapa de Barcelona acostumbraba a acudir al recién abierto establecimiento donde, en un mestizaje de viejo colmado y restaurante neoyorkino, se respiraba un acogedor ambiente. Los platos tenían toques de cocina de fusión con productos de mercado y, aunque se comía poco y a un precio elevado, la calidad era excelente. La clave de su éxito residía en la necesidad que tenían los clientes de un cierto estilo y condición de dejarse ver, pretextar encuentros supuestamente fortuitos y mantener vigente una sonrisa despreocupada que perpetuara su visibilidad física.

El centro de negocios, la arteria que irradiaba diseño y vanguardia, seguía estando en un puñado de calles en torno al barrio del ensanche; galerías de arte, restaurantes, comercios de marcas internacionales, hoteles de vanguardia se repartían entre el final de Paseo de Gracia y la Diagonal. La mayor parte de los locales habían sido devorados por la avaricia que mostraba la ciudad ante la lucrativa avalancha turística. Sin embargo, aquel

local se había mantenido misteriosamente ajeno. Alejandro saludó a su paso a un colega con el que intercambió unas palabras y prosiguió camino hacia su destino atravesando el comedor, sorteando cubetas de vino y sillas. Aun siendo amplio, el restaurante reproducía un viejo mercado y los comensales soportaban en las horas punta un cierto hacinamiento revestido convenientemente de «aire desinhibido» tan demandado entre la progresía. Lo había elegido precisamente por aquella razón: no favorecía la intimidad, y se había asegurado de que le reservaran una mesa con un respaldo corrido que lo unía a las mesas contiguas.

Minutos antes, al salir del despacho se había topado con los vendedores de rosas, puestos de libros y una muchedumbre que celebraba el 23 de abril, la fiesta conmemorativa del libro: Sant Jordi. Compró una rosa envuelta en un papel con los colores de la bandera catalana.

Al llegar frente a la mujer que lo esperaba, besó distraídamente sus mejillas y depositó la flor sobre su plato. A su nariz llegó aquel perfume almizclado y poderoso que exhalaba la piel de Neus.

—Feliz Sant Jordi. ¿Cómo estás, preciosa?

—Mejor que tú. Tienes mala cara —observó la dama mientras situaba su teléfono junto al plato del pan.

—Yo también te quiero.

Neus se llevó la rosa a la nariz con un gesto mecánico, la aspiró sin ocultar un leve desagrado en el gesto y la depositó con una pizca de desidia junto a su móvil. Por primera vez desde que se encontraran levantó la cara y posó con intención sus ojos de cervatillo descarado sobre Alejandro.

—Gracias.

Una vez por semana comían o cenaban juntos. Repetían un rito que materializaba la volátil idea de que su comportamiento rutinario correspondía a una pareja madura enredada en el amor. Sin embargo, estaban lejos de serlo. Atenazados por sus cautelas, medían la dosis de ternura con el milímetro de la prudencia en un combate que acababa inevitablemente en la cama, único lugar de verdadero encuentro. A ambos les gustaba saberse deseados, tenerse el uno al otro en un simulacro de entrega. Los dos sostenían aquel litigio por distintas razones: ella había hecho de aquel vínculo un

destino, y él necesitaba un abrazo que le anclara a su cada vez más recalcitrante incapacidad de mantenerse en pareja.

Los días siguientes a sus encuentros reposaban en silencio, sin comunicarse, hasta que uno de ellos daba el primer paso y elegía un restaurante, un bar, una exposición, un concierto, una hora y un día de la semana. Acudían a la cita envueltos en una sensación de derrota ella, y de esterilidad él, pero con la excitación de lo irrenunciable.

Ella había conocido cuatro años atrás, cuando ella acudió a su despacho para requerir sus servicios con el fin de tramitar su segundo y conflictivo divorcio. Neus era una mujer atractiva, de cuarenta y tres años, que había ganado a los veinte un concurso nacional de belleza, de cuyas rentas aún vivía. Sumergida en su propia guerra contra las erosiones del tiempo, se mostraba algo superficial, con una estudiada indiferencia que administraba magistralmente. Era experta en ignorar a sus acompañantes como una diva de cine. Se había considerado una maestra en el manejo de las artes amatorias, poniendo su cuerpo a disposición de la cirugía y su tiempo al de la moda; pero aquel abogado se le resistía, tornándose una codiciosa presa a la que no conseguía abrazar sino desnuda.

Él, por el contrario, consideraba que el contacto con una mujer de aquellas características le mantenía en forma y a salvo de ternuras más peligrosas. Neus le aseguraba un necesario éxito social y sexual. Seducir era en ocasiones extenuante. Tenerla a ella resultaba especialmente tranquilizador y siempre recomendable a sus años. Todo estaba claro; una relación sin compromiso le exoneraba de sus sempiternas culpas. Socialmente formaban algo, uno de esos conjuntos vacíos pero presentes en la vacuidad social. El abogado sabía que la luz roja podría encenderse en cualquier momento y también que cuando eso sucediese probablemente ella desaparecería de su agenda.

—¿Qué van a beber? —preguntó sin mirarlos un chico delgado envuelto en un mandil impoluto que le llegaba a los tobillos.

—¿Compartimos un Somontano? —ofreció Alejandro dirigiéndose a su amiga con la más acogedora de sus sonrisas.

—Ya sabes que nunca bebo entre semana.

—Una botella de Vichy para la señora y una copa de crianza para mí — resolvió expeditivo Alejandro, ignorando el comentario con vocación de reproche que su invitada había susurrado.

La llegada del camarero había interrumpido la intensidad inútil de la mirada de los preciosos ojos azules de Neus. Ella había lanzado el guante y Alejandro, maestro en disimular la percepción de sus impertinencias, no lo había recogido. Unos segundos después, mientras otro empleado ponía en la mesa dos diminutas croquetas, él aprovechó para sonreírle con sinceridad y apartarle un mechón de la cara con toda la delicadeza que encontró a mano. Mientras se esforzaba en romper el hielo en el que ella se conservaba intacta, se preguntó por enésima vez si sería aquella la última cita contra la que estrellaría su soledad. Entonces ella se abrió el botón de su chaqueta y dejó a la vista el inicio de sus pechos redondos y bronceados.

Apartó sus pensamientos concentrándose en tirar de la punta de una de aquellas historias que conseguían neutralizar las intenciones de su amiga. Charlaron sobre banalidades, se rozaron las manos, pasaron revista a la actualidad y comieron frugalmente. A los postres, ella le entregó un libro de poemas de Gil de Biedma.

Alejandro le cogió con suavidad la mano y depositó un protocolario beso.

—Gracias, reina.

Abrió las páginas y al azar leyó:

*Irán amontonándose las flores cortadas, en los puestos de las Ramblas, y silbarán los pájaros — cabrones— desde los plátanos, mientras que ven volver la negra humanidad que va a la cama después de amanecer. Acuérdate del cuarto en que has dormido.*

—Has acertado. Me gusta y he perdido el ejemplar de su antología. Gracias.

Era uno de esos momentos bendecidos y escasos. Neus aprovechó para contarle que tenía previsto irse unos días a su casa del valle de Arán.

—¿Por qué no vienes el fin de semana? —Casi susurró, conformando los labios carnosos en un ovalo perfecto.

—Quizás.

—Necesitaría que me lo confirmaras antes del viernes. Tengo amigos a los que quiero invitar, pero... —puso su mano sobre la de él—, preferiría que vinieras tú.

—Ya sabes que el domingo tengo que volver. No me gusta llegar cansado el lunes, es un día de mucho trabajo.

Alejandro ponía un cuidado especial en las palabras que pronunciaba y que concernían a cualquier compromiso. Era muy consciente de la constante manipulación de su amiga y trataba de refugiarse en la ambigüedad. Era abogado y amaba la retórica.

—Lo imagino. ¿Eso es un sí?

—Sí.

Ninguno de los dos hizo ademán de querer acercarse al otro. Ambos parecían distraídos en un cortejo en el que no se ponía de manifiesto la necesidad de la otra piel ni la voluntad de iluminarse con más deseo que el de compartir unas horas. No se buscaron, ni empujaron sus pasos hacia un lugar donde encenderse. Se separaron con un beso en los labios que ella hizo amago de prolongar y del que él se desasíó sin dificultad. Había demasiada gente en la acera y el bullicio de la festividad, con sus tenderetes y su trajín, no invitaba precisamente a la pasión. Se quedó a su lado hasta que un taxi paró y se la llevó hacia su refugio en la parte alta de la ciudad.

Siempre que pasaba un rato con ella la despedía sintiendo una pizca de liberación, como cuando alguien se desprende de unos zapatos incómodos y camina descalzo por una mullida alfombra. Decidió remontar el Paseo de Gracia, disfrutar de la alegría de los viandantes, de las casetas de libros repletas de curiosos. Necesitaba relajarse y desorientar aquella sensación de infelicidad que se le amontonaba todas las primaveras. Compró un par de ejemplares huyendo de las colas que los nuevos e influyentes protagonistas mediáticos provocaban.

Cuando llegó al despacho estaba vacío. Los jóvenes abogados se prendían a las tradiciones que diluían la impersonalidad de la ciudad y Lidia, su hermana y comandante de aquel territorio, les había permitido escapar. Su secretaria le había dejado sobre la mesa un ejemplar firmado de la recopilación de cuentos de Javier Otaola, un compañero abogado y escritor, deseándole un día pletórico. Lo tomó entre las manos sonriendo. Se quitó

chaqueta y zapatos y se acomodó en el sofá donde echaba sus confortables siestas.

El varón de los Velasco había heredado, además del negocio y la profesión, la genética de su padre. Era un hombre de aspecto recio y complexión atlética que no pasaba del metro setenta y cinco. Tenía un pelo tupido y abundante del que se sentía especialmente orgulloso. Cada cierto tiempo un teñido escogido y paciente distraía el blanco total de su cabeza para prolongar un aspecto joven del que no quería desprenderse. Vestía con elegancia y jamás descuidaba su aspecto.

Educado por unos progenitores rectos, disciplinados e inflexibles en la asunción de responsabilidades, no descuidaron su mundo emocional. Tenía bondad, ternura y el recuerdo de veraneos en la casa familiar de Sitges, habitada ahora por su hermana y sus sobrinos. Poseía además una afabilidad natural que le había servido para detentar una discreta fama de mediador eficiente en cualquier conflicto en el que se requiriera templanza. Eso y alguna que otra cosa más le había llevado a un más que discreto éxito profesional. Mantenía algunos sueños: era un hombre solidario, incapaz de traspasar los límites que circundaban su ética y comprometido con causas sociales. Sonreía espontáneamente y sus ojos vivaces, oscuros e inteligentes desaparecían en una raya cuando lo hacía, por eso su hija, con su lengua de trapo, le llamaba *el chinito*. Nada en él era destacable o sobresaliente y su encanto residía precisamente en que era uno de esos hombres que parecía ser lo que era en realidad.

Iba a cumplir cincuenta y cuatro años, tenía buena salud, jugaba al tenis dos veces por semana y se deslizaba por la vida aplazando una felicidad redonda con la que siempre había soñado, aunque no acabara de llegar. Le gustaba el bienestar, el calor del hogar y las cosas sencillas.

Había estado casado en dos ocasiones. La primera vez con un amor de juventud y de la que poseía unos recuerdos desvaídos. Tras aquel fallido compromiso, desfilaron por su corazón y su cama muchas mujeres hasta que apareció Mariana, el gran amor de su vida. El matrimonio había durado quince años, diez de los cuales estuvieron marcados por el tenebroso resplandor de una tragedia: la muerte de su hija Elena.

Hasta aquel aciago día, Mariana y él habían sido una pareja cómplice, feliz, y con intenciones de seguir siéndolo hasta el final de sus días. Ambos estaban convencidos de que aquella sólida plataforma no sería alcanzada por ningún temporal capaz de hundirla, pero su vínculo no resistió la brutal y definitiva embestida de la vida. Se esforzaron, cada uno a su modo, en poblar el vacío, en consolarse, en construir con los restos de lo que no había arrasado la tragedia una nueva existencia. No consiguieron desprenderse de su culpa y su derrota. Las fisuras en lo que creían inquebrantable hicieron su aparición hasta hacerlos vivir como dos extraños.

Se habían separado hacía ocho años. Desde entonces vivía solo. Gloria, su ángel de la guarda y chica de servicio, iba tres veces por semana, planchaba las camisas y ponía un poco de orden en un comfortable ático de la calle Gerona en el ensanche barcelonés.

Su exmujer se había quedado en el piso de la calle Mandri. A él le asfixiaban sus paredes y a ella le parecía imposible abandonar el hogar donde su niña había vivido. Después de destrozarse se había convertido en una suerte de fantasma inestable y superficial. Negaba su pasado subida sobre los tacones de un dolor y una culpa que no había podido superar. Pensar en ella siempre le hacía daño. Se esforzaba en llamarla una vez al mes, pero tras una conversación superficial y deshilvanada se sentía vacío.

Alejandro Velasco repartía su tiempo laboral entre su reputado despacho y una ya larga colaboración en CEAR, la Comisión Española de Ayuda al Refugiado, donde prestaba servicio de asesoría jurídica. En ella trataba de lidiar con la inhumana y farragosa administración un día por semana.

Le gustaba el cine, la lectura y su cada vez más escogida vida social. Los viajes ocupaban un lugar privilegiado en su vida. Una vez al año escogía un país lejano, lo recorría durante veinte días aspirando su manera de vivir, dejándose empapar en sus costumbres y flotando en otras realidades. Lo hacía con su hermana Lidia y sus sobrinos, en ocasiones con Carlos, un amigo de la infancia que prolongaba la vida a su lado, o en soledad. Durante el invierno escapaba de Barcelona con más frecuencia de la que él mismo reconocía; dos días, tres, con la peregrina idea de encontrar un rincón donde envejecer. Aquellos viajes le servían para reunirse con el Alejandro sepultado

que sabía caminaba consigo, pero que no acababa de emerger desde que la tristeza lo enterrara.

Delegaba el trabajo sin ofrecer resistencia en los socios jóvenes que se incorporaban al bufete, más combativos y expeditivos que él, reservándose la veteranía para supervisar y mantener la firma al amparo de aventuras. No pensaba jubilarse hasta que detestara el contacto con la jurisprudencia, cosa que empezaba a suceder.

Sistemático pero curioso, le incomodaba dejar flecos sin solucionar. Por esa razón, al llegar a su casa al atardecer, abrió su portátil y revisó sus correos. Esperaba noticias de William. La mencionada y prometida llamada no se había producido, pero albergaba la esperanza de que le enviara un mail para comunicarle su paradero. Ya había comprobado que su familia no residía en el viejo domicilio de Edimburgo. Su secretaria había pasado tres días llamando a los números de teléfono que poseía de su amigo sin obtener resultados, pero Lourdes no se rendía tan fácilmente y se las había arreglado para que alguien le pusiera al corriente de que la familia Urquhart se había mudado a otro país.

En una de sus últimas conversaciones, el escritor manifestó la posibilidad de trasladarse a vivir a un lugar más cálido. Su mujer y él, según le comentó, contemplaban Francia como un destino posible. Aquello coincidía con la procedencia del paquete. Buscó en las guías telefónicas francesas, pero no encontró nada.

Se sentía obligado a responder a Miranda Palazuelos ofreciéndole algo más que suposiciones. Necesitaba un margen de tiempo para que William apareciera y le liberara de aquel incómodo compromiso. Releyó el mensaje que la mujer le había enviado días atrás; no había encontrado la manera de escalar aquella muralla.

Tecléo el nombre del hotelito. Encontró la página web, así como las referencias profesionales en las principales empresas de viajes y reservas hosteleras. La página principal incluía reseñas sobre las actividades ligadas al establecimiento, que decía haberse fundado en 2011. Vio fotos del campo en el que estaba enclavado y de la finca Campocerrado de la que formaba parte el terreno. Exploró la cercana Ciudad Rodrigo, sus murallas, la gastronomía y las fiestas patronales. Pinchó en la fachada del hotel, en las habitaciones de El

Cielo Azul y en los comentarios de algunos clientes que hacían hincapié en el espléndido desayuno con repostería casera que se servía.

Con paciencia y rastreando como un sabueso encontré tres o cuatro reseñas de prensa salmantina que giraban en torno a la polémica despertada por las declaraciones de la hostelera que, sin declararse antitaurina, reclamaba un replanteamiento de la fiesta. Buscó, pero no encontró imagen alguna de Miranda Palazuelos, la mujer a la que William insistía debía entregarle personalmente su envío y que se había convertido en una chincheta en su zapato.

Su intuición le decía que aquel inocente recado podía no serlo tanto. ¿Dónde demonios estaba William? ¿Por qué no podía hacer él mismo la entrega o enviarla por un transporte seguro? El embrollo podría tratarse de uno de sus asuntos de faldas.

Alejandro se dijo a sí mismo que al carecer de armas iba a verse obligado a poner toda su sabiduría y experiencia en su siguiente misiva. Era experto en negociaciones, así que para poder desembarazarse de aquel entuerto tenía que desempolvar su mejor retórica. Al menos que ella lo aceptara... se dijo.

William era otro asunto. Aparecería tarde o temprano.

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Asunto: Lealtad

23 de abril

Estimada Miranda:

Siento enormemente haber sido el mensajero de alguien que, evidentemente, dejó en usted un amargo recuerdo. Mi relación con William Urquhart se remonta a mis años de adolescencia, cuando viajé a Escocia para ese perpetuo aprendizaje de la lengua inglesa, allá por mis jubilosos veinte años.

Como usted sabe, en esa época de la vida la amistad fragua y consolida sin esfuerzo, sin pedir demasiado y esperando aún menos. Durante todos estos años hemos seguido en contacto, a veces con una discreta correspondencia y otras coincidiendo aquí en Barcelona o en otros lugares. Él es escritor y yo amo los libros. Su profesión hubiera sido suficiente estímulo para mantener mi interés en él, pero se da la circunstancia de que, durante estos treinta años, en los que la vida unas veces nos ha premiado y otras castigado, hemos tenido oportunidad de acompañarnos y

confortarnos. No obstante, he de reconocer que ha sido precisamente este inusual encargo lo que me ha hecho detenerme y reparar en el largo tiempo transcurrido desde sus últimas noticias. Lo último que supe de él fue que tenía intenciones de trasladar su residencia familiar a Francia.

He intentado ponerme en contacto para transmitirle su rechazo y demandarle instrucciones; el último número de teléfono que figuraba en mi agenda no está activo. Intentaré dar con su paradero, no creo que sea difícil dado el rastro desmedido de nuestros pasos por los caminos tecnológicos.

En la nota que acompañaba a su destinado objeto, William me advierte que se pondrá en contacto conmigo, cosa que hasta el momento no ha sucedido. Lo que puedo decirle es que en el sobre postal no figura remitente alguno, algo inusual. Una cierta prudencia me hizo detenerme en el matasellos; ha sido expedido desde una localidad francesa. Siento no poder arrojar más luz, pues mi búsqueda a través de las *pages blanches et jaunes* no ha dado resultado alguno.

Me coloca usted en una apurada situación. Como le he dicho, la lealtad me obliga a entregarle el envío a su destinatario, pues, aunque quisiera, no me es posible reexpedirlo y tampoco puedo permitirme quedarme el obsequio o abrir el paquete que, supongo, se trata de algo personal del que soy simplemente un depositario temporal. A William le debo favores que no viene al caso explicarle. Creo firmemente que solo a aquellos que están redimidos de antemano podemos concederles la pequeña tutela de nuestras facultades.

Necesito entregarle este regalo, Miranda. Usted es su destino y para mí no es sino una obligada tutela de la que deseo liberarme, así que le ruego me ayude a tomar una conciliadora decisión de la que usted deberá forzosamente tomar parte.

Me he permitido la libertad de curiosear en la página de su negocio. Francamente, la felicito por el cuidado que ha puesto en su establecimiento. Me han entrado ganas de reservar la habitación Romero de Torres y esconder el dichoso paquete bajo los flecos del mantón de Manila que aparece en la foto para sentarme después a contemplar ese campo que usted siente como «un remanso de paz».

Hoy Barcelona es una fiesta, y a falta de una flor le envío una frase del insigne pensador Montaigne:

«Aunque pudiera hacerme temible, prefiero hacerme amable».

Atentamente,

Alejandro Velasco

«Trufar una estúpida correspondencia con una anécdota personal, gotas de sentido del humor y la aridez de una discreta amenaza acostumbra a precipitar el éxito», se dijo a sí mismo, satisfecho. Permaneció unos minutos pensativo frente a la pantalla antes de dar por finalizado el mensaje. Releyó lo escrito. Le agradó la proximidad que exhalaba su misiva, pulsó la tecla de envío y se encaminó a tomar una ducha fresca y prolongada.

Gloria, la mujer que se ocupaba de mantener aquella casa con aire de hogar, le había dejado las toallas limpias sobre un taburete junto a la bañera.

Se las llevó a la nariz. Olían a «todo en su sitio», una de las frases que repetía en las notas que se dejaban. Era la auténtica dueña de su morada y aunque apenas se veían poseía la capacidad de intuir sus necesidades. Acudía a la casa cuando ella creía conveniente, tenía una hija que necesitaba cuidados constantes y le resultaba imposible cumplir un horario. Una vez al mes concertaban una pequeña cita en la que hacían cuentas.

Bajo el frescor del agua, evocó el aspecto de su amigo William. Alto, rubio, despeinado, con un aire a Beckham, el futbolista. Ligeramente desmañado, vestía con un estudiado desdén y siempre preservándose como un objeto de deseo. Imaginó que Miranda tendría que ser, a la fuerza, una mujer hermosa, similar a la colección de novias que le había conocido. Aunque estuviera casado, al escocés le resultaba natural la seducción. Miraba a las mujeres directamente a los ojos dejando patente con su lenguaje gestual que eran el único y precioso objetivo de su atención. Lo mismo daba si era la camarera que atendía en el restaurante o una señora que paseaba a su perro; tenía siempre una deferencia, hacía mención de algún detalle en su atuendo o aludía a un caprichoso gesto que le había llamado la atención... «Tiene usted una manera singular de arrugar la nariz». «Tu perfume me recuerda algo muy agradable». Le había conocido más de una dama dispuesta a cobijarle y paliar aquella natural orfandad que exhibía con descuidada intención y de la que tanto rédito sacaba.

William era refractario a cualquier reproche de su falta de lealtad. Argumentaba que se sentía obligado a vivir permanentemente enamorado y, naturalmente, no se refería al sentimiento que compartía con su legítima. Según su teoría, las musas se alimentaban del amor, concretamente de una sustancia que estaba en la reina de las emociones y que la ficción necesitaba imperiosamente para ser certera. Decía que mientras percibía su corazón palpitando hipotecado por el deseo de conquista de una mujer se volvía inmune a un virus que atacaba a los escritores, precipitándolos a la locura de malgastar la vida en escribir estupideces. Evocó una de sus conversaciones.

—Escribir es un acto tan devorador que he descubierto que solamente la generosidad del amor me mantiene cuerdo. Es como si supiera que cuando tenga que atravesar el desierto recordaré la existencia y ubicación de un pozo de agua fresca que solo yo conozco.

—¿Te deja dormir tu deslealtad?

—Perfectamente. Tú estás inmerso en la culpa por la civilización judeocristiana que te rodea, pero yo creo en la vida...

—¿Qué dice tu esposa de eso?

—Ella sabe que no puedo llevar una vida convencional... Hemos llegado a ciertos acuerdos. No pregunta y yo no cuento. Me paso la vida viajando y tengo siempre un hogar.

—¿Y las otras?

—Las amo de verdad.

—Un día te enamorarás y la vida te pondrá mirando a la pared.

—Hasta entonces...

Aquellas reflexiones habían acudido ahora a su cabeza cobrando importancia. Él no era quién para juzgar a nadie, pero agradecía no haber tenido que defender su honestidad hasta ese momento.

Conmocionado, recordaba la semana que compartió con él en Estambul. Su empeño por distraer la pesadumbre que su mujer Mariana y él arrastraban durante aquel viaje, al que se entregaron sin más vida que la que él les prestó. Le estaría eternamente agradecido por los esfuerzos que realizó por poner en el máspreciado lugar de sus existencias el recuerdo de su hija. La convirtió en una presencia etérea y redentora, transformando su angustia en bálsamo. Sin embargo, aun siendo leal a su recuerdo, y a pesar de ello, se reconocía incapaz de apostar, sin riesgo, cuando de la integridad de su amigo —en materia amorosa— se trataba.

No podía estar de acuerdo con sus teorías inspiradoras. Nunca entendió que la literatura justificara su continua necesidad de sobrevolar la realidad a lomos del amor que le proporcionaban las mujeres a las que mantenía engatusadas. Más de una vez había sucumbido a una refriega dialéctica en la que él demandaba el necesario límite con la ética y la decencia. Pero William insistía en hacer suya aquella máxima: la creación estaba por encima de él mismo, y nunca pareció inclinado a comprender que su egoísta teoría no era sino una patológica y adolescente necesidad de ser amado permanentemente. No se trataba de musas, sino de egos.

Su instinto, del que solía fiarse, había detectado un aire espeso, turbio e intrigante en aquel asunto del envío a Miranda Palazuelos. Algo valioso que

ella debía abrir (implícitamente, en su presencia o bajo su supervisión). La nota de William, sin remite y con consignas claras, no encajaba.

El escocés solía enviarle un par de largas cartas al año poniéndole al corriente de sus publicaciones, amores o parajes en los que vivía. Tenía una prosa incisiva, divertida y muy descriptiva. Servían para mantener a raya el olvido de la efímera y circunstancial naturaleza de aquella amistad. Alejandro no se había parado a pensar en su ausencia, como le había confesado a Miranda, hasta que recibió el paquete.

La respuesta de la misteriosa mujer había sido ruda, feroz y cuidadosamente medida. Le había dejado literalmente contra las cuerdas. No era difícil pensar que la coraza escondía alguna afrenta irresoluble. ¿Por qué implicarse en algo que no le concernía?

Mientras se secaba vigorosamente el cuerpo, trató de hacer memoria. Recordó a Frances, su única y legítima mujer, con la que el escocés se había casado. Pecos, pelirroja, algo hosca y con aire de tomar decisiones sin que se le moviera uno de sus preciosos rizos. La había visto solo en una ocasión y posteriormente en una fotografía en la que posaba, con cara de pocos amigos, junto a los tres hijos del matrimonio, un perro, William y una mansión vetusta de piedra a su espalda. Se la había enviado una Navidad, cinco o seis años atrás, comunicándole que su vida profesional necesitaba un cambio y que planeaba una cierta estabilidad con un contrato en una universidad francesa. Alejandro siempre pensó que la escocesa iba a ser sustituida por Graziela, la preciosa italiana con la que vivió en Estambul, pero al parecer no había sido así.

William viajaba por las universidades del mundo dando cursos de literatura inglesa y no le afectaba demasiado el lugar de residencia de su familia, pues se ausentaba constantemente. Hizo un esfuerzo para recordar la última vez que había estado en Barcelona. Vio nítidamente el lugar donde habían comido, un restaurante que había cerrado poco después y que pertenecía a un cliente del bufete. Trató de hacer memoria... Hacía de aquello cinco o seis años, estaba seguro, y a los postres le había confesado que estaba enamorado de una vasca; por lo tanto, no se trataba de Miranda.

Escogió ropa cómoda, se sirvió un *gin-tonic* y salió a la terraza. Anocheceía y el horizonte sostenía los colores del día con aquella

conmovedora belleza mediterránea. Se tumbó en un diván y pulso al *play* del minúsculo reproductor de música que le habían regalado sus sobrinos. Dio un trago a la bebida y se puso los auriculares. En ese momento sonaba una vieja canción de Janis Ian. Quiso pensar en Mariana, pero no pudo. Después de un par de canciones, y una vez terminada la copa, se levantó para comer algo. Al pasar por la mesa, el ordenador emitió un pitido. Había correo nuevo. Se puso las gafas y lo abrió.

De: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Para: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Asunto: Promesas

23 de abril. Diez minutos después

Estimado Alejandro:

Lamento sinceramente que mi respuesta le haya puesto en la encrucijada que describe. Tiene usted razón en cuanto a la amargura que la aparición de William ha provocado en mí, por ello le ruego encarecidamente que ceda en esta ocasión a su desmedida lealtad y no cumpla sus deseos, porque le aseguro que en materia de promesas el mencionado anteriormente no es precisamente un cumplidor. Él no se merece su moralidad y si persiste en su empeño voy a verme forzada a desintegrar la imagen que posee de su amigo.

Para liberarle, y dado que usted es abogado, adjunto le envío escaneado, y firmado de mi puño y letra, lo más parecido a una declaración de cesión del maldito envío.

Agradezco su elogio a El Cielo Azul y, en cuanto a la habitación Romero de Torres tiene las tarifas en la web, así como la disponibilidad y enclave de mi establecimiento. Le gustará y prometo hacer lo posible para que se sienta cómodo.

Celebro con usted esa fiesta envidiable donde objetos tan preciados como un libro y una rosa se vuelven imprescindibles. Vive en una ciudad por la que es imposible no sentir deseo.

Atentamente,

Miranda Palazuelos

Alejandro abrió el adjunto, que decía:

Yo, Miranda Palazuelos Goiría, cedo la propiedad del contenido del paquete enviado por William Urquhart a don Alejandro Velasco Caula, y para que conste a todos los efectos expido la presente en Águeda del Castillo a veinticuatro de abril de 2014.

El abogado releyó perplejo la misiva. Se puso otro *gin-tonic* y tomó un generoso trago como si lo necesitara para digerir la reciente lectura.

«¿Qué demonios le has hecho a esta mujer, William?», dijo, lanzando la pregunta al aire. «Testaruda, un poco arrogante, se pasa de digna y tiene unas curiosas pinceladas de inteligencia... Me gustas, Miranda, y siento enormemente que estés aquejada de desconfianza...».

Cogió uno de los CD que se alineaban en el mueble y lo introdujo en el reproductor. La sonata número 11 de Mozart lanzó sus armonías, como si se tratara de confeti, sobre la estancia. Con las manos enlazadas a la espalda, caminó descalzo por su salón sorteando los muebles, rodeándolos en un baile acunado por el efecto del alcohol. Solía hacer eso cuando reflexionaba o necesitaba tomar una decisión, el movimiento le ayudaba. Tras dar unas cuantas vueltas se sentó de nuevo ante su escritorio y cogió el cuaderno que siempre tenía a mano. Anotó cuantos datos podían extraerse de los mensajes recibidos, redondeando el segundo apellido de Miranda «Goiría». ¿Sería ella la vasca a la que William había mencionado en su último encuentro? El Cielo Azul no tenía muchos años... Hizo cálculos. Buscó las páginas amarillas y las blancas y procedió a un par de búsquedas con el nombre completo de la dama.

Además del teléfono del establecimiento, Miranda poseía otro número que correspondía a una población cercana a Bilbao; Algorta. Fue consciente de que las zonas de su cuerpo sensibles a la curiosidad se despertaban. Nada había tan excitante como el asalto a un camión blindado. Miranda había dejado entrever la traición de alguien que no se parecía al hombre al que él debía lealtad; ella era el amor vasco de William y él le había mencionado una «residencia familiar». Sin querer había apretado el botón rojo.

Se puso frente al ordenador y, nuevamente, sin pensar demasiado escribió su respuesta.

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Sin asunto

24 de abril. Media hora después de medianoche

Querida Miranda:

No necesitabas enviarme esa certificación de cesión para hacerme sentir un poco derrotado y muy perplejo. No temas. Mi tenaz lealtad no hará que llegue la sangre al río.

A veces nos obstinamos en seguir alimentándonos con el veneno del rencor. No te culpo, pero quizás lo mejor para todos sea que aceptes este regalo y hagas las paces con lo que quiera que provoca esa amargura que asoma entre las líneas y que, perdóname, no soy capaz de ignorar.

Es ella la que me lleva a responderte con esta cercanía del tuteo. Hace una noche hermosa que no quiero estropear exigiéndote la parte contractual de este entuerto en el que me hallo gracias a la, conocida por ambos, «tolerancia» de William.

Desconozco la relación que te unió a nuestro amigo. Si te sirve de algo, no hay remanso de paz posible cuando se tiene una guerra pendiente y ni el campo charro ni el rincón más precioso de este planeta será capaz de anegar el torrente de una contienda.

El paquete que no has visto, ni al parecer quieres ver, tiene el aspecto del reconocimiento de un perdón. Es una pequeña caja, presumo de joyería, y está envuelto en una bolsa de seda verde que posee las características de lo que se ofrece a quien se reconoce y valora. Viniendo de William, al que no se le estima precisamente por su generosidad, me parece algo a tener en cuenta.

Me ha gustado lo del deseo por Barcelona, que hayas empleado precisamente esas palabras y no otras, el verdadero amor eterno es aquel que se profesa a la ciudad que te ha visto crecer y a la que uno, suceda lo que suceda, siempre tiene ganas de volver.

Y ahora, permíteme un momento de franqueza. Empiezo a contemplar la posibilidad de acercarme hasta ti en un par de días para hacerte la entrega personalmente y liberarnos de este partido de ping-pong. Además de mi ejercicio como abogado me gusta recopilar datos, tesis y escritos sobre Montaigne. Soy un hombre disciplinado y, como habrás comprobado, detesto no terminar lo que empiezo.

Hace tiempo que comparto correspondencia con un salmantino estudioso del pensamiento de mi francés favorito y gran unamuniano. Montaigne, autor que quizás conozcas, vivió en el siglo XVI, pero sus pensamientos contienen una autoridad moral intemporal que me reconcilia con la vacilación de estos tiempos.

El historiador al que me refiero se llama don Antonio Damas y es un erudito profesor jubilado. He aplazado su invitación a pasear, de mano de su sabiduría, por esa hermosa ciudad en reiteradas ocasiones y creo que no debo despreciar ese lujo. Ahora poseo el pretexto perfecto para aceptar su compañía y de paso explorar tierras charras, ver su gótico plateresco y si acaso acercarme a tu finca para compartir un *gin-tonic* y hacerte la entrega de lo que en justicia te pertenece. Después podrás hacer con ello lo que desees. ¿Qué te parece?

Un abrazo,

Alejandro Velasco

P.S. ¿De dónde viene tu sugerente nombre? ¿Y ese segundo apellido?

Después de enviarlo lo releyó. Su carta tenía una empalagosa y conciliadora prosa. Chasqueó la lengua como lo hacía cuando se sentía incómodo. Había actuado como un conciliador de parroquia cristiana

recomendando el perdón de los pecados... Quizás también como un cretino, añadió para sí mismo. Se había permitido la libertad de aconsejarle, y eso no procedía. En su defensa, se dijo, podía aludir que no soportaba el dolor inútil, la estela de rencor que en ocasiones se cuidaba y regaba como una enredadera que acababa inevitablemente invadiéndolo todo. El dolor, el verdadero, el desgarrador que un ser humano podía llegar a sentir era un escozor profundo que hacía opaca e irremediable una vida gris. Y además se había tomado dos *gin-tonic*.

Miranda estaba enrocada en su posición de defensa, cualquiera que fuera su guerra. Parecía presta al combate y su experiencia le decía que, aunque intercambiaran cien correos, no iba a aceptar el envío de William. Debería ser él quien fuera hasta ella y facilitara la entrega o en su defecto el definitivo rechazo, pero su acción tenía tintes de desafío y eso, aunque le gustara, era una bomba de relojería. Ausentarse del despacho era sencillo, Lidia, su hermana, junto a su sobrino comandaban con éxito aquel barco, y pasear por Salamanca en mayo debía de resultar gratificante.

Abrió un libro y se tumbó en el sofá con la intención de escapar de sus pensamientos, pero no lo consiguió. Se había reblandecido como un postre pasado de fecha apartándose del tuteo inicial, y ahora no sabía si había cometido un error o dado en la diana. El sueño le venció.

Cuando despertó a las tres de la mañana, antes de apagar las luces e irse a la cama, vio el aviso parpadeante de su servidor de correo. Se acercó, tambaleándose, sabiendo que iba a desvelarse de manera definitiva.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)  
Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)  
Asunto: Insistencia  
25 de abril

Su innecesario tuteo y la poderosa evocación de la presencia siempre omnisciente de William exponiendo a un desconocido mi relación con él me han predispuesto a mantener una actitud distante con usted. No la disolveré con una proximidad que no deseo.

Ambos desconocemos las relaciones que nos unen a este escritor viajero. La diferencia es que yo nunca me aventuraría a pensar que ustedes sostienen una complicidad distinta a la de camaradería entre colegas, eternamente generosos el uno con el otro, que hacen recados con

paquetes misteriosos, tan habitual en el territorio masculino, ni le aconsejaría sobre cómo adiestrar sus amarguras.

La soledad del campo y la nobleza del mundo animal me han hecho aceptar que el silencio es, en ocasiones, la mejor respuesta. Con respecto a William no tengo ninguna duda de que así es. Haré una pequeña excepción con usted, ya que se encuentra en una encrucijada moral, y pasaré a darle algo más de luz sobre este asunto puesto que no parece haber comprendido que no quiero saber nada del mencionado paquete ni de usted.

Me niego a tocarlo y mucho menos a abrirlo, pero en el probable caso de que la curiosidad le carcoma o le impida dormir hágamelo saber. Quizás despierte mi vena literaria y le cuente una historia. De cualquier modo... ¿Podría saltarse el trámite de traerlo con usted? Espere a su amigo William. Si lo conoce sabrá que él siempre vuelve a los lugares donde ha sido feliz.

En cuanto a su visita, es usted un ciudadano libre, pero no es preciso que venga hasta Campocerrado. Mi finca, no es mi finca, no al menos en su totalidad. Me limito a vivir en un pequeño reducto. Unas hectáreas entre las encinas donde poder contemplar estos bellos animales salvajes que son los toros, mientras me encargo de regentar una casa familiar reconvertida en un pequeño hotel rural y atender a los turistas ofreciéndoles la belleza del animal en libertad y espectáculos de recortadores, aunque eso creo que usted ya lo sabe a juzgar por su espionaje virtual.

El aislamiento del campo me ayuda a mantenerme cerca de mí misma, a no tener la tentación de ser quien no soy y, por qué no decirlo, a convivir en paz con mis secretas amarguras. Tengo una vida bastante dichosa, al menos hasta que el pasado ha aparecido, y soy una mujer perfectamente normal a pesar de no contemplar la redención de su amigo. No me atribuya, por favor, patológicas soledades rurales ni desesperaciones incontroladas desde su mediterránea ciudad. Más bien créame si le digo que en la vida se levantan murallas que no conviene tumbar.

He releído lo escrito y no voy a cambiar ni una de mis palabras. A cambio de mi rudeza hacia alguien que no es sino un mensajero, le ofrezco mi educado comportamiento. Si es que visita Salamanca por motivos profesionales o de relación con los amigos de Montaigne estaré a su disposición con una única condición: que no me hable de quien usted sabe.

No soy una experta en pensadores, sí una rendida admiradora de quien emplea la inteligencia para redimir la vulgaridad de los que necesitan enviar paquetes para remediar lo irremediable.

Atentamente,

Miranda Palazuelos

P.S. Sopesé la posibilidad de que ambos hayamos conocido a dos Williams distintos.

Noqueado, se quedó frente a la pantalla durante unos minutos, incapaz de digerir lo que estaba comenzando a ser un duelo epistolar. Aquella mujer poseía las cualidades de un duro contrincante dialéctico y lo había tumbado. Tuvo que refrenar las ganas de sentarse a devolverle la bola, pero, con toda probabilidad, en su confuso estado, resultaría desacertado. La rabia que destilaban sus palabras era evidente. Si la tuviera cara a cara, las cosas podrían cambiar; la conversación no se interrumpiría, los gestos acentuarían

la acepción de las palabras y el escenario no tendría que ser relatado con precisiones personales. La virtualidad era la virtualidad; lo dejaba a uno con un palmo de narices.

Apagó el ordenador, dolorido por la mordacidad y contundencia de Miranda. Se fue a la cama notando un estímulo que hacía tiempo no sentía. ¿Por qué le parecía que William le ofrecía un desafío?

Al día siguiente amaneció con dolor de cabeza. Apenas había dormido. Siguió sus acostumbrados rituales y cuando se duchó, vistió y tomó un zumo de naranja se percató de que no había café. Dejó sobre la encimera de la cocina dinero y una nota para Gloria pidiéndole que le llenara la nevera con una lista confeccionada con prisa. Recogió su equipo de tenis y bajó las escaleras ignorando el ascensor. Mientras descendía pensó en Miranda; el tiempo había conseguido que prefiriera prolongar un prelude antes de caer en la decepción frecuente de lo previsible de un desenlace. Aquel ir y venir virtualmente de Salamanca a Barcelona le gustaba. Pero había que encontrar a William. Entró en uno de sus establecimientos preferidos para desayunar el «Bracafé», y se sentó junto a la cristalera dispuesto a disfrutar de un café largo y el montadito de jamón con su pan tostado con tomate y aceite. Desde su emplazamiento veía Paseo de Gracia; las riadas de turistas habían madrugado y un montón de jóvenes chillones se encaminaban en tropel paseo arriba. Ellos eran una vía de ingresos fácil pero, a cambio, ¡qué precio tan alto estaba pagando su ciudad!

Al llegar al despacho, Lourdes salió a su encuentro con su acogedora sonrisa y le recitó las llamadas que había tenido recordándole lo ineludible de su agenda.

—Señor Velasco, le he dejado sobre la mesa una copia de la resolución de la sentencia de Sempere. ¿Le envió el archivo al cliente por mail o prefiere que lo haga con un mensajero?

—Mensajero, mejor mensajero Lourdes, así firma el recibí.

Se sumergió en su trabajo que aquel día consistía fundamentalmente en reuniones con otros abogados para supervisar los casos y definir las estrategias. Cuando pudo relajarse se tomó un tiempo para sus asuntos.

Tras teclear el nombre de su amigo en el buscador, un listado de los títulos de sus obras apareció en la pantalla arrancándole una sonrisa. Publicaba una novela más o menos cada dos años. Casi todas pertenecían al género de intriga o suspense, y una de sus características era que las escribía desde un país distinto y con un protagonista llamado Charles Doyle, un enamorado investigador de asuntos más o menos turbios. Todas tenían una factura similar; una buena estructura, personajes sin escrúpulos que se empeñaban en conseguir lo que fuera y a los que les pasaban infinidad de cosas. Su principal mercado estaba en los países anglosajones y solo tres de sus novelas habían sido traducidas al español. En una de ellas, William había tenido el detalle de hacerle un guiño y retratarlo en un personaje secundario; un abogado, más bien un inquisidor leguleyo, que perseguía la prostitución en los barrios lujosos de Ciudad de México.

La editorial era siempre la misma, Book Noire. Su última novela había aparecido hacía cinco años y había sido escrita en España. ¿Había dejado de escribir? Buscó las referencias de la editorial y encontró su ubicación en Londres. La página proporcionaba dirección electrónica de contacto y teléfono. Sin pensárselo dos veces se decidió por la última opción. Era más inmediata y no quería perder el tiempo.

Una mujer respondió. Se presentó, explicando que debía contactar imperiosamente con el autor William Urquhart con quien le unían vínculos de abogado cliente.

Al otro lado de la línea, la inglesa desarrolló con armoniosa sequedad toda una teoría acerca de la privacidad de los datos personales de los autores y de la política de discreción de la empresa, levantando un cortafuegos a prueba de cualquier paciente mortal. Alejandro, que conocía bien los laberintos legales anglosajones en los que podía uno pasar la tarde, respondió con su perfecto acento, argumentando como si estuviera ejerciendo frente a un tribunal.

De nada sirvió su elocuencia, salvo quizás para acrecentar la mala leche que le generaba el torrente de irónicas disculpas frente a sus reiteradas preguntas. La inglesa de la editorial era una mujer refractaria y tenaz, que le esquivaba con maestría y plural mayestático. «Se sentían desolados, estaban conmovidos, lamentaban no poder ayudarle...». Al final se rindió y aceptó

sugerirles la posibilidad de que fueran ellos los que se comunicaran con William, haciéndole saber sus intenciones. La lady, previa consulta con dos o tres superiores, tampoco estaba por la labor de aceptar sin más su propuesta y le despachó adoctrinándole sobre la diferencia que había en la relación de la editorial y el agente; en su caso tenía que contactar con un tal Arthur Lloyd, agente literario y de imagen de William, del que, por supuesto, no estaban autorizados a proporcionar teléfono.

Cuando colgó le dolía aún más la cabeza, y esta vez no había contrapartida placentera. La contrariedad y la cólera reprimida le provocaban migrañas. Unos golpecitos en la puerta le arrancaron de sus reflexiones. Su hermana entró en la estancia con su acostumbrada determinación.

—Ali, perdona que te interrumpa, ha llegado Arturo Juvens, recíbelo tú y llévale a la sala de Juntas, le presentas a Joan y...

—Sí, tranquila, voy para allá —dijo cerrando las páginas abiertas en su pantalla.

—¿Estás bien?

—Claro.

—Tienes aspecto cansado. ¿Duermes?

—Como un tronco —mintió.

Su hermana era un ángel que el Creador había puesto en su camino para atenuar la ojeriza que le reservaba su destino. Eso acostumbraba a decir. Se acercó y la besó en la mejilla.

—Creo que voy a tomarme unos días —adelantó Alejandro evocando la capital salmantina.

—No hay problema, pero avísame con tiempo. Hay movimientos extraños en mi vida doméstica, Jon se hace mayor y se está poniendo quisquilloso.

—¿Qué le pasa?

—Cosas de la empresa. Están haciendo cambios. Le digo que se jubile, pero...

Al terminar su reunión seguía doliéndole la cabeza. Un azul irresistible envolvía su ciudad. Incapaz de apaciguar la inquietud que le había dejado la

conversación con la editorial inglesa, se detuvo frente a la biblioteca y extrajo el libro de los ensayos de Montaigne. Buscó el capítulo dedicado a los embajadores. Al fondo del hueco, la bolsita de seda verde parecía un insoportable secreto.

*[...] Debe considerarse, además, que la obediencia estricta no es pertinente sino en el caso en que las órdenes sean bien prefijadas y determinadas. Los embajadores tienen por lo común una misión más abierta, que en muchos casos depende de su albedrío; no son solo simples ejecutores, sino que dirigen con su consejo la voluntad del soberano...*

Al salir agarró su bolsa de deporte, paró un taxi y le pidió que le llevara al club de tenis de Pedralbes. Tenía verdadera necesidad de practicar su revés.

## 4

# Un vestido rojo y ceñido

«En las cortesías antes se ha de pecar por carta de más  
que de menos».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El campo le había enseñado mucho a Miranda durante aquellos años. La evidencia de la naturaleza revelándose única era una de ellas. En la parte sur de la casa, donde estaba su habitación, se había reservado un trozo de tierra que con los años comenzaba a tener su propia identidad. Unos nogales, un par de avellanos y tres higueras proporcionaban sombra y perfume. Los parterres de flores coloreaban su refugio y por fin sus arbustos de rosa mosqueta rebosaban de frutos con los que hacer aquel aceite cosmético tan efectivo para la piel de las mujeres maduras.

Miranda eligió aquella mañana para ocuparse de sus plantas. Hacerlo le proporcionaba tranquilidad. No había dormido bien. Se quedó hasta muy entrada la madrugada rastreando la web en busca del abogado. Nadie podía permanecer a salvo de aquel cotilleo global que referenciaba los pasos de los ciudadanos del primer mundo. Comprobó que no tenía Facebook ni Twitter. Encontró la dirección y el teléfono del despacho y un par de referencias periodísticas, en una de las cuales era citado como defensor y colaborador de una conocida ONG que se ocupaba de refugiados y en otra, en la que había una foto de grupo de unas cincuenta personas, se le nombraba como parte del cuerpo docente de una escuela de negocios. Fuera de aquello no había nada interesante.

De: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Para: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Asunto: Disculpas

27 de abril

Querido Alejandro:

Me siento culpable por mi último mensaje.

De acuerdo, no soy buena comunicadora cuando estoy enfadada y tampoco manteniéndome firme sin estar segura de hacer lo que debo. Acepto que nos tuteemos. No quiero que pienses que soy un tipo de erizo cuya caza resulta agotadora. Bastante tienes con el embarque en que te ha metido William.

Sin embargo, estimado letrado, tengo que confesarte que no estoy en paz. No tengo ni idea de por qué me he metido en esta espiral de mensajes, ni entiendo la razón por la que estoy manteniendo este desatino epistolar con un desconocido que quiere entregarme un paquete del que no quiero saber nada y que me cuenta que se tranquiliza leyendo y recopilando datos de la vida de Montaigne.

El campo algunos días me parece grande y con un horizonte escandalosamente recto. Echo de menos mi tierra, más sinuosa, con una aparente oferta natural múltiple y atractiva. Quizás por ello he tenido que mirar a mi alrededor y comprobar que nada es lo que parece. Aquí la naturaleza me ofrece unos cielos tentadores como la Gioconda, unas luces al atardecer que no supera el *skyline* de ninguna deseada urbe. Me refugio en mis plantas, mis mermeladas caseras y la confección de mis cosméticas naturales. Todo eso hasta ahora me prestaba una disciplina benefactora y suficiente.

Ahora escribo mails a un abogado y anoto pensamientos, que es una costumbre que arrastro desde mi adolescencia. Esto de teclear a un desconocido me ha desatado el verbo. Cuando escribo, como cuando cocino, habito un territorio del que soy dueña y soberana. Manejo el tiempo y el espacio con una haraganería deliciosa en la que tengo venia para empezar y no terminar nada. Creo que es usted muy distinto, perdón, parece distinto. Yo casi nunca recopilo, y reconozco poseer tendencia a tirar las cosas y arrepentirme de haberlo hecho con posterioridad.

Para tranquilizarme ordeno mis armarios, archivo por fechas de caducidad mis mermeladas y me entrego sin limitaciones a mi repostería. Quizás tu pensador cause el mismo efecto en ti que mi soledad campesina. Me he acostumbrado a quedarme con ese pequeño porcentaje de milagro que posee la vida sencilla. La historia y las convenciones sociales nos hacen creer que no tenemos elección, pero en realidad la tenemos. Por eso debo volver a comunicarte que no abriré ese paquete, y te ruego que no sucumbas a la curiosidad que presupongo ni me hables de la seda que lo envuelve. Lo siento por ti, pero no lo acepto.

Me dices que eres disciplinado. Yo no. Sé que dejar el peso de los días en manos del azar, o, lo que es lo mismo, del deseo de que suceda lo que uno necesita que suceda, es como tirarse al vacío sin red, pero esta vida no viene con manual, aunque trae un pequeño equipo de instinto para la supervivencia. El kit del instinto no me funcionó cuando conocí a William. Hubiera debido encenderse esa luz roja que avisa de peligro en las habitaciones contaminadas, pero no se encendió.

Mi nombre es un regalo de la fascinación que sentía mi padre por Carmen Miranda, una mujer que cantaba con un frutero en la cabeza, allá por los años cincuenta, mientras bajaba las

escaleras con una sensualidad que hubiera podido sostener la selva tropical. Si hubiera nacido en Andalucía, donde hay que abrir la puerta para que corra el aire, probablemente no hubiera supuesto el peso que ha tenido mi nombre en mi vida, pero nací en un pueblo costero cercano a Bilbao, y naturalmente he sido la única Miranda de mi entorno. Todo el mundo se detiene a mirarme cuando lo pronunció y, claro, se acuerdan de mí, así que no he podido romper casi ninguna regla, pues estaba sentenciada a que me descubrieran.

Aquí, cuando cae la tarde y el sol se empeña en embobarme con sus insospechados y hermosísimos colores, me quedo en silencio y creo que este mundo tiene remedio. Suelo ponerme un par de copas de vino que me bebo lenta y apasionadamente en compañía de mi perra Zuri, una labradora depositaria de toda mi ternura. A veces acompañamos ese momento excelso con un poco de música a todo volumen y hasta nos atrevemos con el brindis de *La traviata* (Zuri canta con mucho sentimiento). Los toros nos envidian, pero ellos viven como reyes en la dehesa y no les gusta el alcohol.

Hoy, cogiendo fuerzas para apearme del usted, te respondo después de meter las manos en la tierra y del brindis sin garantizarte que cuando se me pase el efecto de este rioja de sabor afrutado (hoy he pasado mi límite y me siento deslenguada), vuelva al usted y baile como en la adolescencia, con esa mano poderosa empujando el pecho del caballero impidiendo el temido acercamiento.

Ha hecho un calor inusual. Yo estoy hecha para la brisa y estos días se me desfonda la voluntad y me vuelvo perezosa. A pesar de haber estado todo el día medio escondida, un par de neozelandeses me han buscado con insistencia; quieren que les hable sobre la Virgen de las Majadas Viejas (ayer hubo una procesión en el robledal de La Alberca). El turismo despierta mi parte zen, así que voy a tener que dejarte para contarles estas tradiciones que hay que aceptar más que comprender en este país donde modernidad y tradición bailan tan bien. Les diré que la española cuando besa, besa de verdad y que la Macarena tiene platea en la bóveda celestial. A ver si me hago entender.

Miranda

P.S. Me encanta sucumbir sin remordimientos.

Quizás se había pasado escribiendo, contándole aspectos de su vida con un humor que probablemente el abogado no entendiera. Reinventar su imagen frente a alguien que conociera a quien tanto amor y dolor le había hecho experimentar le tranquilizaba. No obstante, se sentía culpable. «Él no ha hecho nada, salvo seguir las instrucciones del otro. ¡Pobre hombre!», se dijo al releer el mensaje.

Después de unas horas de horticultura y regadío se había duchado; luego había abierto una botella de buen vino para relajarse y el alcohol había empujado su natural sociabilidad.

Era un mes luminoso pero inestable. Los últimos días estaban resultando opacos y calurosos. Unos nubarrones de algodón aparecían al atardecer sofocando esa hora de dulce ocio al finalizar la jornada. Se entretuvo revisando el libro de reservas. El ritmo de los viajeros extranjeros era más o menos el mismo, pero en aquella época en El Cielo Azul se hospedaban españoles y gentes de la región; parejas enamoradas e infieles que buscaban atesorar recuerdos sabiendo que aquella ceguera se curaría con el tiempo.

Miranda aceptaba un solo carné de identidad, generalmente el del hombre, y evitaba mirar a los ojos a la mujer que se escondía tras la resolutiva espalda que más tarde la abrazaría. Curiosamente, mientras el país se retorció económicamente dando vuelta al cuello de las camisas, los que pagaban sus impuestos decidían amarse, los turistas aumentaban y la solidaridad se hacía patente. La digna pobreza en la que flotaba aquella España le hacía daño y en ocasiones, y dependiendo del atuendo y de la juventud de sus amantes, hacía concesiones a su intuición.

—Habéis tenido suerte. Hoy la habitación de los boleros está a mitad de precio.

Le resultaba fascinante comprobar que, a pesar de los pesares, el ser humano se empeñaba en sobrevivir sacando lo mejor de sí mismo. Las chicas se pintaban los labios durante las guerras, los niños jugaban en los socavones y las viudas se ajustaban el vestido que en otros tiempos tuvo poder de seducción. Igual le había pasado a ella; tras casi morir, la vida se había abierto camino.

Sonó el teléfono. El nombre de Leire en la pantalla borró de un plumazo cualquier pensamiento.

—Amatxu... Me ha salido un grano enorme que me duele mucho. No puedo ni moverme. Me he puesto la pomada que me dieron la otra vez, pero... ¡estoy fatal!

—¿Dónde está el grano?

—Ahí... Donde la otra vez, pero en el otro brazo.

—No te preocupes, cariño, será un pelo que ha crecido hacia adentro y se ha infectado... un golondrino. ¿Por qué no te pones un trozo de cebolla?

—¿Cebolla?... Ama, ¡estás loca! Cebolla ahí...

Miranda sonrió ante la indignación de su hija y aquel «ahí» que ella pronunciaba enfatizando. Al otro lado se oía un gimoteo.

—¿Estás con aita? —preguntó Miranda.

—Sí, pero ya sabes, está a lo suyo y dice que no exagere... ¿puedes venir?

—Pido una cita con el doctor Gardeazabal, el dermatólogo. Te llamo luego.

—Amatxu, te quiero.

—Yo más, mi corazón.

Buscó el teléfono del médico y consiguió una cita. Podía ser una espinilla, un grano o un divieso gigante, que ella correría al lado de sus hijos. Dos veces al mes volvía a Algorta y se quedaba tres o cuatro días para saciar su necesidad de abrazarlos.

Fue hasta la cocina y se dispuso a preparar la repostería del desayuno. Le tranquilizaba subir las claras a punto de nieve, batir la mantequilla, azucararla hasta que alcanzara aquel punto de pomada suave tan deliciosa. Cocinaba en soledad, y elegía el momento de la tarde cuando Lía y Marga ya se habían ido. Mientras engrasaba los moldes y comprobaba que el horno estuviera bien caliente sus pensamientos se trasladaron a la cita que esa noche tenía con Manuel.

Sin querer, se encontró analizando aquella imposibilidad que padecía de entregarse por completo a un hombre desde que William salió de su vida. No volvería a vivir en pareja. Estaba segura. Su amigo Manuel intentaba romper su disciplina con aquel juego que se traían entre manos y en ocasiones la había hecho dudar de sus certezas. No podía negar que de vez en cuando le agradaba enormemente ser el objeto de los ojos del deseo.

Se enjabonó las manos y dejó que el agua caliente se llevara los restos de grasa. Notó su piel áspera y descuidada. La vida en el campo no era la misma que en la ciudad, el aire, el sol y el polvo volvían inútil el cuidado y el mimo con que se escogía el atuendo o el peinado. Los toros, los caballos, Zuri o los turistas no la iban a nombrar reina de la elegancia y la belleza, pero de vez en cuando se miraba al espejo tratando de imaginar cómo la verían los demás.

Cuando compartía su cuerpo y se sabía amada, su imagen frente al espejo le evocaba las manos de su amante, su epidermis resplandecía guardando la memoria de las caricias, la piel era un libro donde los amantes escribían su nombre. La piel, ahora, se había vuelto solo una superficie que, envolviéndola, había que hidratar, limpiar y mantener elástica. El rechazo del amor la asemejaba a una anoréxica que, extremadamente delgada, se veía acolchada de grasa frente al espejo. Ella se proyectaba sola, como si fuera un islote en medio de una bahía y tuviera un eczema que rebrotaba con cualquier contacto que contuviera pasión. Eso podía contarle al abogado. Eso y mucho más.

—*Excusez-moi...* —escuchó a sus espaldas—, *je vous dérange?*

—*Non... Allez-y...je fais la cuisine* —contestó Miranda secándose las manos.<sup>1</sup>

Uno de sus clientes quería información. Miranda le ofreció una copa de vino. El hombre era cámara de cine, trabajaba en Bruselas y había visto un reportaje sobre tauromaquia que le había subyugado. Hablaba español, pero no comprendía el lenguaje taurino y desplegó un papelito donde había apuntado algunas palabras que pronunció como si recitara una fórmula secreta; gualda y oro, canela y azabache, azul pavo y oro, tabaco y oro, vino de Burdeos y luto, azul purísima, azul rey y plata, tabaco puro y plata, verde oliva, nazareno, canario y azabache, sangre de toro y oro, primera comunión y plata, luto y azabache, catafalco y oro.

—Son las combinaciones de los colores de los vestidos de los toreros... Aquí las palabras se cargan de tradiciones, de vida, y hasta de espanto. El vestido del torero es algo emblemático.

—¿Vestidos?

—Sí, hay muchas palabras femeninas en el lenguaje taurino y explicar lo que es el color nazareno o el purísima es bastante complicado, casi todos esos nombres hacen referencia a vírgenes, cristos y liturgias religiosas.

El belga miraba a Miranda tratando de asimilar lo que le contaba. Meter aquella España primitiva y apasionada en el cerebro de un europeo era un arte complejo, pero lo intentaba; ya conocían a Almodóvar, así que algo se había adelantado. Ella añadía recomendaciones aclarándoles que el norte no era lo mismo que el sur y que Galicia no era el País Vasco; Extremadura no era

Castilla ni en Cataluña el aire olía como en Valencia. Tenía ya aprendidas ciertas fórmulas para que no se llevaran la misma imagen que traían; que era un país de burros donde se comía bien y se permitía casi todo.

Le gustaba mantener contacto con personas que poseían inquietudes, viajaban, buscaban, se sorprendían y que, a su vez, le contaban que en Alemania tampoco era lo mismo el este que el oeste. La vida de los demás nutría la suya y en Navidad recibía mails de las cuatro esquinas del mundo a los que contestaba feliz. Sus turistas no se habían detenido, rodaban expuestos a las emociones, y aquello le recordaba que ella no debía poner puertas al campo y que, aunque tuviera tendencia a buscar cobijos y recodos, el único posible era el que uno se construía.

Gilles, que así se llamaba el belga, le agradeció la copa y la información, y fue en busca de su señora.

Contempló su obra; el cake de frutas tenía un aspecto apetecible, las magdalenas de pasas y nueces eran esponjosas y el bizcocho de chocolate y avellanas, oscuro y compacto, era digno de un chef con estrellas. Dejó la repostería sobre la mesa de madera de la cocina, no sin antes apartar algunas piezas para llevárselas a Manuel.

Un ahogo de vieja angustia le subió al pecho mientras, tras una ducha, se extendía una crema perfumada. Le había sucedido desde que su correspondencia con el abogado se había iniciado; el recuerdo del escocés — como un visillo echado sin ganas sobre la memoria— reaparecía. Alto, rubio, con sus ojos color océano tranquilo y aquella manera de moverse desgarrada y elegante. Con su conciliadora escritura, Alejandro Velasco había conseguido descender la cortina del pasado, inquietar el futuro y desesperar el presente. No era fácil volver a meter el polvo bajo la alfombra.

En el intercambio de mensajes había sido ella en todo su esplendor; se había puesto chula, indignada por aquel tuteo campechano, combativa con un desconocido que no era más que una herramienta en manos de William. Luego, como acostumbraba, se había arrepentido y, tras beberse tres copas, le había contado su vida.

«No tengo remedio, no lo tengo».

Eligió un vestido rojo algo ceñido y decididamente escotado que hacía mucho tiempo que no se enfundaba. Para completar el atuendo se calzó unas

sandalias de tacón que desafiaban su estabilidad. El campo no era un lugar propicio para andar trepando por las frágiles escaleras de la estética femenina, pero esa noche necesitaba desplazar la angustia, provocar, que sucediera algo que le robara el desasosiego, estar pendiente de su silueta; y, por una vez, intentar no caerse desde aquellos quince centímetros iba a mantenerla entretenida. Caminar dejando caer perezosa y sensualmente las caderas hacía que sintiera aquello que también William le había robado: las ganas de seducir y ser seducida. Cuando se miró al espejo se sorprendió. Una vieja conocida había reaparecido hermosa, sin rastro de viejas penas. «Aún brillo», pensó.

En la cocina, Lía disponía la vajilla en su sitio.

—¡Qué guapa, jefa!

—No me llames así. Es viernes, voy a cenar en El Sur.

—¿Y te has puesto así por Manuel?

—No. Me he puesto así por mí.

—Pues deberías hacerlo más a menudo. ¡Estás cañón!

De camino a su coche se sintió hermosa. Sentía el vestido pegado a su cuerpo menudo, pero bien torneado; aspiraba el vapor de su propio perfume y los tacones le hacían caminar con atención a la forma en que pisaba, elevaba sus piernas o sus glúteos; las leyes de la física que los complementos estéticos imponían. Antes de arrancar buscó un CD de blues que le volvía del revés. Condujo hasta su destino con las ventanas abiertas.

Entró en el restaurante vigilando el aire que la envolvía, consciente de que se había vestido pensando en una primera cita. Manuel llevaba una camisa blanca y planchada. Charlaba con unos parroquianos en la barra del bar y Miranda sonrió al verlo, imaginando que también él, como cada viernes, se había atildado queriendo convocar las miradas femeninas. El comedor estaba situado al fondo del local tras unas puertas batientes que los fines de semana el personal empujaba sin cesar. El establecimiento se llenaba de jueves a domingos de solitarios empresarios rurales, aprendices de toreros y algún despistado turista que buscaba romper su aislamiento viajero. Tenía una buena cocina, pero quizás lo mejor que poseía aquel local era la simpatía

de Manuel y un aire indefinible y acogedor que poseen determinados lugares. Caminó hacia él sabiéndose mirada. Al llegar a la altura del grupo la esperaban silenciosamente sonrientes. Saludó a sus acompañantes y le abrazó a él con cálida camaradería. Manuel palmeó a los hombres en la espalda despidiéndoles, y se giró para tomarla del codo y acompañarla al comedor. Antes de llegar la apartó del bullicio y la miró de arriba abajo.

—¡Ay chiquilla!... ¿Dónde estabas?... Son las diez y media, me tienes muertito de hambre, pero como te has puesto tan guapa voy a perdonarte... ¿Qué tienes hoy que llevas los ojitos encendidos?

—Toma... —Le tendió las magdalenas empaquetadas con primor—. Para que untes el café con leche como te gusta, dulcemente.

—Yo pongo el café y desayunas conmigo. —Manuel se acercó a ella y le susurró al oído—. Me voy a hacer viejo esperándote...

—¿Esperándome? —comentó irónicamente—. ¡Pero qué morro tienes!

—Que sí, Miranda, que me hago el tonto, pero eres la mujer de mis sueños...

—¿Te ha llamado Blanca? —Miranda cortó las zalamerías de su amigo.

—Sí... Está con Carlos. Hoy tú y yo cenamos solitos, así que prepárate para saborear el verbo lorquiano de este humilde enamorado.

—¿Qué haría yo sin tus mentiras?

Le había conocido al poco tiempo de iniciar la reforma en El Cielo Azul. Se había presentado para averiguar si los rumores que corrían por la comarca eran ciertos. «¿Una antitaurina, con un hotel dentro de una finca?». «No soy antitaurina, soy antisacrificio». «Lo que quieras... Lo que está claro es que eres la mujer que necesitaba el campo charro».

Manuel había sido de gran ayuda. Su presencia coincidió con los peores momentos de Miranda, y cuando comenzaron a tener contacto acabó confesándole que su amor, un escritor escocés, y ella tenían previsto acometer el proyecto en la finca Campocerrado juntos, pero que, dado que a él le acompañaban multitud de mujeres, había decidido hacerlo sola. «Mejor sola que mal acompañada, princesa».

Siempre aceptó que, tras la huida de William, no habría conseguido su objetivo de no ser por Manuel. Volver a ser ella y abrir El Cielo Azul no había resultado fácil. Él le puso en contacto con proveedores, apoyándola en

las gestiones burocráticas, acompañándola, enviándole clientes y cortejándola hasta que la relación se convirtió en una camaradería sazónada por aquel eterno juego de tentativas. Tenerlo era un regalo. Educado, atento, con gran sentido del humor. El andaluz era generoso, buen compañero, pero, por encima de todas esas cualidades, la hacía reír. Cuando descubrió que era precisamente eso lo que necesitaba, su amistad se volvió imprescindible. Ambos compartían afición por la cocina, el cine, la música... Se homenajeban mutuamente con sorpresas culinarias y se acompañaban para ver o escuchar conciertos en la cercana Salamanca. A su amparo, también se había relacionado socialmente y los viernes solía acudir al restaurante para encontrarse con amigos.

Se habían acostado en un par de ocasiones sin experimentar nada inesperado. Miranda necesitaba constatar si podía retomar un abrazo, pero no resultó. Prefería quererle sin pasión y, aunque jugaban al equívoco por si en algún momento las musas volvían a inspirarlos, ambos sabían que era el alma y no la piel lo que les unía. La región estaba llena de mujeres que pretendían a aquel vividor guapo, extrañamente solitario y encantador. Miranda era una compañía con la que compartía el eterno misterio de lo imposible.

Cuando Manuel se sentó poniendo un plato de jamón recién cortado entre ellos le preguntó:

—¿Va todo bien, vasquita?

—Sí...

—¿Tienes invitados?...

—No. Me voy a ir a Algorta. Echo de menos la humedad, el olor del salitre, las mareas y, desde luego, a mis hijos a los que les salen granos y sus novias se van a Australia.

—¿De qué demonios hablas? Ahora sí que me he perdido.

—Nada, cosas mías. Tú eres lorquiano y yo unamuniana. Ponme un poco más de vino.

—En fin...Y... ¿el negocio? —Manuel parecía buscar algo.

—¿Qué pasa? ¿Estás haciéndome una encuesta?

—A mí nada, pero a ti sí. Estás extraña, vestida de rojo, con tacones, y te has bebido un par de copas antes de venir. Eres un semáforo, preciosa. Pides guerra, o a lo peor tienes un ataque de desesperación y quizás solo

necesites un par de abrazos y no sepas cómo pedirlos. Detectando síntomas soy un lince; te has vestido como si me fueras a echar los tejos de verdad, cosa improbable, aunque deseable. Has venido directa a la mesa y no has visto que Patricia tiene una mano escayolada...

Miranda miró a una de las camareras para corroborar lo que decía Manuel.

—¿Te parezco una mujer valiente? —volvió a soltarle Miranda.

Manuel abrió los ojos desmesuradamente. Iba a decir algo cuando se percató de que su amiga parecía a punto de romper a llorar.

—Déjame pensar mi respuesta... —La miraba con curiosidad—. Sí. Tengo motivos para creer que eres lo que los hombres solemos denominar una tía con un par.

—Cuando una mujer os cuestiona el cobijo para el que estáis diseñados se os rompen los esquemas, pero no os atrevéis a preguntar lo que verdaderamente pasa en el interior de ella. ¿Un par de qué?

—Eres muy hermosa y siguiendo con nuestro primitivo diseño despiertas el instinto de caza.

—¡Joder, Manuel!

—No te cabrees... Como a una obra de arte, a ti nunca se te termina de ver —añadió bajando la voz—. Tu libertad tan poco libre me pone.

—Ya sé por qué te quiero tanto Manu... Sabes engañar sin causar daño. Eso es una cualidad que sé valorar.

—Se te está subiendo el vino a la cabeza, así que tengo que respetarte.

—A pesar de que es precioso eso que has dicho, te equivocas. Soy una cobarde. Me da miedo perder lo que quiero, desaparezco cuando amo, permito lo no permitido y estos días me estoy dando cuenta de que no soporto vivir asustada, con este miedo inconcluso. Nunca desaparece, se despierta como un monstruo que hiberna. Es una mierda, Manuel, y me parece que nunca seré dueña de mí.

—¡Alto, ni una palabra más! —Terció Manuel acariciándole la mejilla—. ¿Qué le pasa a mi niña? ¿Han vuelto los fantasmas? —Secó una lágrima que rodaba por la mejilla de su amiga—. Te comiste una seta venenosa, pero ya pasó. ¡Cuánto tiempo vas a estar con aquel cabrón en la cabeza!

—Ha vuelto.

—Vamos a cenar, después te vas a venir a mi casa y vamos a hablar hasta que se borren las estrellas y el miedo del que hablas...Te puedo ofrecer un cigarrito de la risa.

—Me he retirado de todo.

—¡Ay, Miranda! ¡No hay como mentar la bicha para que aparezca! Tú nunca te retirarás de las ganas de que te quieran como Dios manda. Y yo tampoco, por cierto.

—Me han robado el alma.

—¡Qué demonios te van a robar a ti el alma, niña! Si se te sale por los ojos... De momento vas a comer un poco y después si hay que llorar se llora, pero con el estómago lleno.

—A ti te quiero Manuel —susurro Miranda agarrándole la mano.

—¡Qué más quisiera el olmo que dar peras!

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Asunto: Cualquier cosa

28 de abril

Querida Miranda:

Me hubiera gustado contestarte minutos después de haber leído tu interesante y espontáneo correo (olvidemos el Rioja), pero he tenido unos días complicados y no he gozado de la calma suficiente para sentarme a responderte como mereces. Hoy, tras releer lo escrito por ambos, me atrevo a decir que quien tú sabes, y al que a partir de ahora llamaremos W el innombrable, me ha hecho un regalo disfrazado de encomienda. Tú, hostelera vasco salmantina eres un regalo.

Reconocerás que mi tenacidad y tu terca posición han conseguido, finalmente, encontrar tu tono amistoso y así lo demuestran esas confianzas que me haces sobre tu entorno, tu vida, lo que amas y detestas, reconciliándome con una misión que empezaba a fastidiarme.

Aunque no has valorado en mucho mi admiración por Montaigne, te diré que su estudio me ha proporcionado una luz indispensable para la toma de aquellas decisiones que parecían irresolubles. Montaigne es mi *I Ching* particular.<sup>2</sup>

Acudí a él precisamente para comprender y aceptar mi misión frente al empecinamiento de tu incomprensible rechazo y cerrazón. Ayudado por su sabiduría y empujado por el desafío (prohibir algo es despertar el deseo), he llegado a la conclusión de que no soy sino un embajador que ha tramitado diplomáticamente y hecho lo que estaba en mi mano para cumplir con mi compromiso; por tanto, mi conciencia de caballero así como mi lealtad quedan justificadas. Mi misión ahora será custodiar el paquete hasta que pueda remitírselo a W en cuanto tenga una dirección fiable. Estoy en ello. O líame la manta a la cabeza y presentarme en tu casa.

Liquidado este trámite quedamos exclusivamente nosotros. Un abogado barcelonés cuyo aspecto desconoces y que aquejado de su lealtad se convierte en embajador de un país fortificado (*Miranda country in the bull Paradise*) del que apenas tengo datos y por el que comienzo a desarrollar una curiosidad inaplazable.

Me mata no saber a quién escribo, de dónde procedes y cómo llegaste a regentar tu «cielo azul». Conozco tu nombre de vedette, que eres nacida en los años sesenta, que te apasiona la vida, que tu labradora te acompaña y dices que te gusta escribir. Escríbeme y dame algo para que pueda imaginarte.

En mi juventud me entretenía redactando argumentaciones en las que, queriendo emular a Quevedo, encriptaba el pensamiento sin ninguna gracia; el lenguaje jurídico es una liana que trepa y trepa para llegar a ningún lugar. Acaba dejando medio mareado al cliente haciéndole creer que ha pasado a un mundo en el que no puede prescindir de la tutela de un leguleyo. Con los años he tranquilizado la retórica; prefiero leer a mi pensador francés y ahora a ti (escribes siempre entre las diez y media y las doce de la noche), que acortas milagrosamente la distancia y la supuesta inutilidad de nuestras epístolas.

Entrando en asuntos más íntimos, creo que te debo algo de información sobre mi vida, pues mucho me temo que acabe como en mi juventud, mareando la perdiz y escribiendo tonterías para llenar ese vacío que produce la ansiedad de hablar de uno mismo.

Cómoda en la superficie, mi existencia, como el buen jamón se entrevera con alguna amargura (de ello nadie se libra). Tengo un trabajo que me agrada, un patrimonio que me permite no pensar en mi economía y una trastienda que trato de visitar lo menos posible. Esa fue la razón por la que me permití «tramitar tus amarguras» y decirte que no hay un rincón del planeta donde uno pueda ocultarse de sí mismo. Me casé a los treinta y dos años, sabiendo cuáles eran mis objetivos: soy un hombre sencillo, quería una familia, una vida como cualquier otra.

Tardó un tiempo en llegar nuestra hija Elena, y muy poco en irse. Murió a los cinco años en un desafortunado accidente. Su madre y yo no pudimos salir de aquel abismo y decidimos caminar separados tras intentar olvidar nuestra pena durante diez estériles años.

Quizás no haya recuperado esa parte de la consciencia que alberga la esperanza de rehacer lo que se poseyó, pero me desenvuelvo bien y me dejo acompañar cuando se da la oportunidad. Soy moderadamente optimista. Me gusta la vida y no quiero demorarme en los litigios que inevitablemente se mantienen con ella (de ahí mis consejos).

No sabes cómo lamento que te fallara el instinto el día que conociste a W, pero algo me dice que cualesquiera que fueran los daños ocasionados en la batalla, la has ganado, así que te ruego guardes las armas y borres las fronteras. Te adorna —en mi opinión— una sabiduría suficiente para no necesitarlas. Estoy seguro de que eres una mujer culta, inteligente y probablemente hermosa (como todas las elegidas por el innombrable), así que a vivir (¡vuelvo a aconsejarte!).

Al parecer, a mi amigo Antonio le han hecho una pequeña intervención y me aconseja esperar a que recupere las fuerzas, así que deberé contener mi entusiasmo en visitar Salamanca. Si añadimos a esto que no has demostrado un entusiasmo arrollador por conocerme, pospondremos el *gin-tonic* o el vino, y mientras tanto me conformaré con prolongar esta correspondencia.

Cordial, educadamente, y con ganas de conocerte se despide tu embajador de la Dordogne.

Alejandro

P.S. La referencia a la región francesa tiene relación con el origen del envío. El innombrable debe de vivir en esa prefectura o está visitando algún viñedo aquitano. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Había leído el mensaje absorbiendo la intimidad que sobrevolaba el texto, bebiendo a pequeños sorbos aquella dulce copa de vino del atardecer. Le gustaba cada día más aquel insistente abogado; sin embargo, la referencia que hacía a la Dordogne francesa detuvo de golpe toda su paz. Desde que aquella revolución se había iniciado la mente de Miranda saltaba por su pasado como si recogiera los restos de un naufragio en la playa de sus recuerdos. Y justo eso era lo que le estaba sucediendo.

Revolvió los cajones de su escritorio hasta que encontró una vieja agenda. Manuel tenía razón, no se podía retirar uno de la necesidad de ser amada. Ella se sentía a salvo allí, mirando la dehesa, la majestuosidad de los toros, y con la satisfacción de hacer lo que le gustaba. Pero el rechazo que volcaba sobre el abogado debía verterlo en William.

Encontró lo que buscaba, la vieja dirección de la casa familiar de su esposa y sus hijos. No se la había proporcionado él. William era extremadamente celoso respecto a lo que denominaba su «antigua familia». En una ocasión, y tras haber bebido algo más de lo acostumbrado, le escuchó contar a uno de sus invitados que su mujer, Frances, había recibido como regalo de boda aquella casa victoriana. Estaba en Edimburgo, cerca del parque Bruntsfield, y tenía un montón de habitaciones, las ventanas emplomadas y un jardín trasero donde sus tres hijos podían jugar. Su foto aparecía en varias guías turísticas. Unos días después ella le pidió que se la mostrara, pero, como hacía cuando algo no le interesaba, le dio largas. En otra ocasión, por azar, mientras colgaba una de sus chaquetas encontró un sobre que sobresalía de uno de sus bolsillos. Estaba dirigido a él y a la dirección de la que, en teoría, había sido la casa familiar. Siguiendo su instinto lo anotó en una de sus agendas.

William no le había ocultado la existencia de sus vínculos, pero sí le había enredado en una rocambolesca historia respecto a los hacendados parientes de su esposa. Al parecer, según su versión, se trataba de una familia que, además de poseer una inmensa fortuna, tenía fuertes convicciones morales. Sus integrantes femeninos percibían una suculenta renta con el fin

de cobijar a sus herederos. Al casarse firmaban un contrato para que aquel estipendio se prolongara a lo largo de toda su vida conyugal, pero también una condición indiscutible: no podían divorciarse. «Soy un hombre libre en mi corazón, aunque atado contractualmente».

El escritor le había confesado el estado «inactivo» de su matrimonio desde hacía años, la frialdad de su esposa, el sufrimiento que le ocasionaba escuchar sus amenazas de no ver a sus hijos si se separaba de ella. No iba a divorciarse. Ninguno de los dos quería perder aquella pensión que les facilitaba la vida y aseguraba la educación de su prole. Según le contó, tenía una necesaria y cordial relación con su ex. Visitaba a sus hijos cada quince días y se alojaba en el hogar familiar para perpetuar socialmente la mentira de aquella unión. Eso explicaba que a veces desaparecieran prendas que reaparecían tiempo después. Le había pasado con una camisa que le regaló por su cumpleaños. A Miranda no le pareció extraño, las parejas convivían o dejaban de convivir con casuísticas variopintas y aquel trajín de ir y venir de su casa a la de sus hijos pasando por los hoteles, donde residía cuando impartía cursos le hacía vivir desorientado. Ella no necesitaba formalizar la relación con un compromiso, la lealtad era el mejor de los vínculos. ¡Qué estúpida se veía ahora!

Urquhart  
67 Bruntsfield Crescent  
Edinburgh EH10 4HH  
0131 229 1393

Antes de marcar los números de aquel teléfono pensó en poner un prenda sobre el altavoz con el fin de distorsionar su voz. Pero Francesc no la reconocería después de tanto tiempo. Habían pasado cinco años y pensaba mentir de la misma manera que lo hizo entonces. Tecleó el número de la casa familiar de los Urquhart en Escocia. Cuando una voz femenina contestó, saludó, disculpándose por la intromisión y presentándose como una profesora de la Universidad Pontificia de Salamanca. De manera un tanto atropellada le comunicó que necesitaba contactar con William en referencia a unas jornadas literarias a las que la universidad quería invitarle. Al otro lado se produjo un prolongado silencio solo roto por un carraspeo. Miranda, expectante, contuvo

la respiración. Por un segundo fue consciente de que su blusa, a la altura del pecho, tenía un imperceptible movimiento. Tuvo que mover las manos; un leve temblor la delataba. Ocultó su ansiedad haciendo uno de aquellos dibujos geométricos que la entretenían cuando hablaba por teléfono y que se superponían en apretado trazo hasta que el papel podía llegar a romperse. Quizás a esa hora de la tarde, pensó, la esposa de William habría cenado un sándwich de pepino con un huevo escalfado y estaría a punto de irse a dormir con un cielo oscuro como la boca de un lobo...

Entonces oyó la voz de la mujer, su tono menos afilado de lo que recordaba:

—*I understand, what you want...*

La escocesa se identificó; era un familiar lejano de la señora Urquhart, la había encontrado por casualidad porque William y su familia hacía mucho tiempo que se habían trasladado a vivir a Francia. Ya lanzada, la mujer dijo que, aunque no podía darle su teléfono, le proporcionaría su dirección.

—*Thanks you, thats enought.*

Tras unos segundos de bisbiseo ininteligible, la señora recitó pausadamente:

—*Le Couteau de Bel Bergerac. 24440 - Beaumont du Perigord. France.*

Agradeció su amabilidad y se despidió, evitando algunas preguntas que la señora formulaba y que Miranda dejó en el aire colgando el teléfono.

En ese momento visionó en su cabeza las fichas de un juego de letras, un *scrabble*, en el que había que componer la palabra más larga y valiosa. Las vio moverse y hasta creyó escuchar el peculiar ruido que hacían cuando se entrechocaban... Compuso Bergerac, con las fichas de su infancia y la luz se hizo.

Tuvo que sentarse. Boqueaba como un pez. Parecía que la falta de aire iba a hacerla desfallecer. Trató de tranquilizarse respirando y repitiendo su mantra. Una vez repuesta, se acercó a la librería, buscó un viejo anuario de hostelería francesa que sabía guardaba en algún lugar. Recorrió con la mirada los cantos de los libros. No recordaba el título, pero con claridad evocó el día en que William se lo había mostrado. Había sido poco antes de que todo se rompiera: «En la región de Aquitania, concretamente en el Perigord y la

Dordogne hay casas rurales que debieras mirar. Te he marcado las páginas interesantes».

Él acababa de volver de uno de sus cursos en París. Hicieron el amor con prisa y pasión. Él se levantó de la cama para sacar una revista de su maletín. A ella le emocionó el interés que mostraba y por un momento renovó su entusiasmo y se sintió levemente culpable por aquel germen de desconfianza que luchaba por aparecer. «Le he juzgado mal. El Cielo Azul le interesa, pero no quiere demostrarlo».

Los recuerdos fueron como un haz de luz blanca que iluminó la fecha en el calendario, la espalda grande sobre la que reposaban en aquel tiempo sus sueños, las manos sabias sujetando sus caderas, el jadeo de su impaciencia al tomarla y el rosario de promesas que salían de su boca... Fue a la estantería y encontró el volumen que buscaba. Lo hojeó y se detuvo en la página 43, donde William había escrito «*Fantastic!*».

*Enclavado en la ruta de las Bastidas, los vinos de Bergerac, la trufa y otros productos de esta tierra se encuentra este encantador y cuidado albergue comandado por Mathilde Sheredre.*

*El conjunto del siglo XII ha sido restaurado conservando la mansión, las caballerizas y la vieja capilla. En un área de seis hectáreas podrán encontrar tres hospedajes rurales independientes equipados con todas las comodidades.*

Tras la cortina de su evocadora actividad, escuchó los ruidos característicos de unos clientes subiendo las escaleras. Marga les recordaba los horarios del desayuno al mismo tiempo que les ofrecía la oportunidad de comprar embutidos ibéricos de primera clase a un precio razonable. Miró el reloj sonriendo. Dejó el anuario sobre la mesa y, sabiendo que quizás no fuera una buena idea lo que iba a hacer, se sentó frente al ordenador y tecleó el nombre del establecimiento. Era probable que los datos de aquella revista, que era de 2007, estuvieran actualizados en la red.

Las piezas del puzle se ordenaron con maliciosa rapidez... En cuatro segundos tenía en la pantalla los cientos de miles de resultados sobre su búsqueda: la web del «Hotê», la fotografía de un paraje maravilloso, las habitaciones escogidas, las palabras de la anfitriona, y una foto de William rodeando con su brazo a la pelirroja Francesc que mostraba una media sonrisa

forzada. Naturalmente, también había un teléfono, un fax y una dirección de correo electrónico.

*Vous viendrez au Relais d'Escosse pour tout cela et aussi pour l'accueil particulièrement chaleureux et spontané que l'on vous réservera. William et Francess vous mettra tout de suite à l'aise en vous proposant un pot d'accueil avec des vins de pays, tout en vous contant quelques anecdotes ou en vous aiguillant sur vos visites de sites et découvertes de la faune et de la flore locales.*

*Francess vous ravira avec ses petits déjeuners chaque jour différents: tout est fabriqué sur place (confitures, compotes, jus, gâteaux...) ou encore avec sa table d'hôtes chaque soir: des plats traditionnels revisités façon les Urquhart... Un pur moment de bonheur pour les papilles. Un dîner sous le grand tilleul ou dans la salle aux moellons et poutres apparents, de grandes bougies pour l'ambiance... laissez-vous emporter par la gourmandise et les petits bonheurs de moments tout simples!<sup>3</sup>*

No fue consciente del tiempo que permaneció observando, de uno en uno, los rincones de aquel enclave donde todo exudaba una felicidad contenida, ordenada y compacta. Un tilo florecido amparaba una mesa rústica vestida con un mantel de lino azul claro. Con desordenada elegancia, alguien había depositado en su superficie panes caseros, mermeladas artesanas y mantequillas en forma de corazón. En una de las fotos los anfitriones sonreían sentados en un banco de forja en mitad de un prado con un collie a sus pies y a su espalda una vieja edificación de piedra. Ella iba vestida con una blusa azul a juego con el mantel y él dejaba caer una mano grande y protectora sobre su hombro. Se había peinado como un niño en su primera comunión, con raya al lado, y llevaba una camisa de un blanco resplandeciente.

Pinchó sobre la fotografía, aumentándola hasta que los píxeles la deformaron; William había envejecido, no miraba igual, sus ojos se habían apagado y no parecía feliz a pesar de aquel imperante orden.

Leyó la fecha en la que el matrimonio había adquirido la propiedad y no le sorprendió comprobar que había sido el mismo año en que él huyó de su lado. Un hotel rural con pastelería artesanal, tal como ella le había contado y explicado tantas veces, al que la pareja había añadido una piscina climatizada. Aquello no se improvisaba. William y Francess habían debido

desarrollar el proyecto al mismo tiempo que ella. Y entonces recordó algo más.

A la vuelta de uno de sus viajes a Salamanca, Miranda había extendido los planos del arquitecto sobre la mesa de la cocina explicándole algunas modificaciones. William observaba con atención. «Deberían incluir una piscina. En verano hace mucho calor. Tienes terreno y es el momento; una piscina climatizada, eso les gusta a los europeos».

Volvió a mirar la fotografía, reconoció el cariño con el que él abrazaba a su esposa y quiso sentir el mismo dolor que su imagen le había hecho sentir durante aquellos cinco años. No existía. Si acaso, un recuerdo del abismo de una traición que solo le pertenecía a ella. Y rabia, mucha rabia.

La última vez que Miranda tuvo noticias de William había sido hacía tres años, a través de una postal donde se veía una calle de Edimburgo que le pareció Princess Street y en la que de puño y letra había escrito: «Mi corazón no encuentra la manera de perdonarse, no te olvido. Te guardaré conmigo».

Había sido remitida a la casa familiar de Algorta y, afortunadamente, fue ella misma quien la recogió del buzón.

Mientras esperaba que el mensaje de Alejandro se imprimiera recordó cuanto le había llamado la atención el dominio de la prosa castellana de aquella misiva. William hablaba varios idiomas y entre ellos el español, pero no lo dominaba hasta el punto de expresar que su corazón no podía perdonarse. En cuanto la leyó supo que alguien la había escrito por él o, quizás, el escritor hubiera usurpado aquel breve e intenso texto de algún amor desigual. A él, el idioma nunca le pareció una barrera, pero a ella le desesperaba hasta la amargura el hecho de que las palabras escogidas para expresar sus descubrimientos no atravesaran la piel del hombre que amaba. Había sufrido enormemente durante aquellos momentos en los que la intención que ponía en una frase se quedaba por el camino, sin alcanzar lo más íntimo de él: aquel lugar sagrado, sin traducción posible, donde se producía la fusión de los inhumanos átomos del amor. Le envenenaba que fuera precisamente un escritor quien no comprendiera su soledad al comunicarse con él, cuando ella tenía que mantener la hoguera de unas emociones infatigables que él necesitaba para escribir.

Los días fueron pasando llenos de pequeños quehaceres. El alcalde de un pueblo vecino quería su apoyo para el centro cultural, había que levantar el suelo del lavadero porque una de las tuberías filtraba humedad, una agencia de viajes italiana le proponía participar en un circuito de turismo verde y uno de los ganaderos de la comarca le manifestaba su inquietud por el mundo taurino.

Para aplacar la rebelión que empezaba a crecer en su interior se metió en la cocina, probando nuevas recetas, consiguiendo tener el arcón congelador dispuesto para atender una boda de cien comensales.

—Estaría bien saber —argumentó Marga, que la rondaba esos días mirándola de reajo— si esperamos a alguna concentración de seguidores de Julio Iglesias o está usted haciendo bizcochos para exportar al país vecino... —dijo con sorna y apeando el tuteo habitual.

—Ya sabes que cuando estoy nerviosa... —Miranda recordó que no había hablado con ella sobre su marcha.

—¿Por qué no te vistes de color fosforito y corres como todo el mundo? O haz ganchillo como yo... —le sugirió—. Llevamos tres días de horno. Entre mis sofocos y tus nervios ya no sé ni dónde tengo el termostato. Aquí no cabe ni una magdalena más... —refunfuño, mirando a su alrededor con una bandeja en las manos—. Y no cuentes conmigo para tirar la comida.

—Marga, ¿podrás quedarte al mando? Quiero irme tres o cuatro días.

—¿Solo tres días?

—Quizás cuatro...

—Estoy loca por perderte de vista y que salgas de la cocina y me dejes trabajar en paz.

—Me iré el lunes. Tómate libre el fin de semana.

—¿Qué hacemos con la repostería?

—Ya veremos...

En ese momento el teléfono vibró en su bolsillo. Al sacarlo, la foto de su hija sonriendo feliz le ensanchó el pecho.

—Tesoro...

—Ama, ¿estás ocupada? —Leire seguía teniendo una voz casi infantil.

Marga se quitó el delantal y le hizo una señal de despedida mientras recogía el casco. Ella vivía dentro de la finca y se desplazaba en un

ciclomotor ruidoso que espantaba a los animales.

—No, cariño. Te iba a llamar. Estaré ahí el lunes y tenemos la cita con el dermatólogo el martes.

Vio a Marga colocándose el casco cuidadosamente, arrancar la moto y salir despacito.

Habló con Leire durante una hora con aquella complicidad que ambas tenían y que a Miranda le seguía pareciendo un milagro.

—Vete a dormir, mi amor, es tarde y tienes que madrugar. El lunes sobre las doce estaré ahí. Te esperaré en casa. Ya he hablado con tu hermano, vendrá y comeremos juntos.

## 5

### La montaña inaccesible

«La libertad no hace felices a los hombres;  
los hace, sencillamente, hombres».

MANUEL AZAÑA

La casa de Neus se hallaba situada en los bajos de una colina de los Pirineos, cercana al pueblo de Arrós, en el centro del Valle de Arán y muy próxima del límite con Francia. Era una típica y vieja construcción hermosamente reformada que su segundo marido le había regalado para que practicara su deporte favorito, el esquí. El abogado, también aficionado a la nieve, conocía bien la zona. En otros tiempos Mariana y él habían alquilado varias temporadas una cabaña de madera cerca de Arties. La casa tenía el tejado de pizarra, travesaños de madera en los techos y nuevos y térmicos ventanales desde los que se veía el río Garona dirigiéndose caudaloso hacia Viella. La belleza de aquel lugar pesaba enormemente cuando aceptaba las invitaciones de su amiga.

La construcción tenía tres alturas y la habitación principal estaba situada en la segunda planta ocupando su totalidad. Alejandro no dormía bien desde hacía años, y mucho menos cuando se encontraba en predio ajeno, pero había aceptado aquella penitencia aplazando la eterna recomendación de su médico.

—Tómame un inductor del sueño. Dormir es imprescindible.

—Prefiero un *gin-tonic*.

A través de una espectacular cristalera que daba a la terraza entraba el sol. En ese momento despuntaba borrando la oscuridad y tiñendo las montañas de caprichosos matices. No se movió. Se quedó contemplando el infinito poder de la naturaleza al desplegar sus alas; la montaña casi siempre lo conmovía. A su espalda, Neus dormía abandonada, respirando

apaciblemente y desprendiendo un calor tibio. Cuando la luz ganó la partida e iluminó por completo la estancia, se volvió cuidadosamente hacia ella y la miró; le pareció hermosa y deseable. Tuvo tentaciones de despertarla, abrazarla, disfrutar de ella antes de que su cerebro encendiera la maquinaria que ponía en activo su ser social, pero se reprimió.

La tarde anterior habían cenado temprano en Eth Boths en Xalardú, uno de los lugares favoritos de Neus, y después habían dado un largo paseo por los alrededores haciendo recados domésticos como una pareja convencional. Al llegar a casa él encendió la chimenea y ella preparó un par de copas. Se habían sentado enlazados, saboreando una calma raramente experimentada. Había sido una velada perfecta, de las pocas que él recordaba en la que no había habido fricciones que desencadenaban ardientes reproches. Ya en la habitación hicieron el amor con una fiereza y ternura inusitada, disfrutando el uno del otro, sin prisas ni teatro; ahora, viéndola a su lado, se sentía inquieto ante aquel repetido e insaciable vínculo.

Apenas tapada, Neus yacía abandonada, con su cuerpo tenazmente esculpido, la espalda levemente musculada, la curva de su cintura y aquellas nalgas redondeadas que daban paso a unas piernas largas y bien torneadas. Era hermosa, de eso no cabía la menor duda, pero a pesar de la noche apasionada, se repitió a sí mismo como si necesitara convencerse, ella no podría sobrevivir más allá de la superficie de unas pocas jornadas; a los días les seguían los meses, los años, la vida...

Aquella mujer era uno de esos peces de acuario que aletean majestuosos exhibiendo sus colores como si supieran que su destino es ser contemplados por unos idiotas, olvidando que en algún momento pertenecieron a un mundo mortal, de riesgo y aventura. Neus no sobreviviría fuera de su pecera ni soportaría a un hombre sometido a pasiones. Un hombre que se angustiara de vez en cuando como él, que se quebrara para recobrase después, que amara la soledad, la compañía de un pensador, o la fantasía de encontrar un lugar ideal en el mundo construido exactamente para él... Ella necesitaba un guerrero social, un guardaespaldas económico, un templario fiel con juramento de sangre. Y él no lo era.

Hubiera sido gratificante, se dijo, compartir algo más que la pasión, sentir que también ella se deslizaba al olvido en el instante de inmortalidad

que poseía el sexo. El amor se le atascaba cuando la miraba en aquellos momentos de salvaje soledad, la certeza de que Neus no tenía la menor idea de que su fusión era una tregua en la ansiedad le escocía. La necesidad de pertenencia terminaba abruptamente cuando uno volvía en sí, calmado, satisfecho, regresando a la verdad de la vida, a la vida de verdad.

Permaneció un buen rato adormilado evocando sus abrazos, comparándolos entre sí. No era buena idea escapar mientras el pasado se empeñaba en darte alcance. Ya no era un adolescente como cuando iba hacia las mujeres empujado por un dulce destino; tampoco aquel que se entregó a su Mariana y a su pequeña Elena. Ahora era alguien que caminaba con excesiva cautela: no quería amar para no sentir la esclavitud de haber vivido aquella felicidad...

Se levantó y fue a darse una ducha, convencido de que no iba a ser capaz de abandonar aquel bucle de soledad compartida; no, al menos, con tranquila aceptación.

Cuando salió del baño, Neus se había incorporado entre las almohadas y parecía esperarle. Alejandro comenzó a vestirse y recoger sus cosas.

—No me gusta mi vida —dijo ella mirándolo, la voz espesa y grave—. Me siento mal queriendo que te quedes conmigo y sintiendo que no tienes ganas de hacerlo. Estás extraño. Crees que soy idiota, o al menos que mi manera de ser no tiene remedio, pero te diré una cosa: las mujeres como yo somos las únicas que podemos adaptarnos a ternuras como la tuya sin rompernos en mil pedazos.

Se le encendieron todas las alarmas al escucharla. Detuvo sus movimientos. Verla despeinada, sin maquillaje, mostrando aquella fragilidad tan inusual, resultaba inesperado. Le pareció que una veleta, en algún remoto tejado, había cambiado bruscamente de posición. Se paralizó. ¿Había escuchado sus pensamientos? Sin duda, se sentía más cómodo cuando se mostraba infranqueable, dura y algo pétrea, pero aquella confesión desesperada le hacía sentirse responsable. Se sentó a su lado y la abrazó en silencio.

—Tengo que irme —dijo con una voz apenas audible.

—Es domingo.

—Precisamente.

—No te entiendo.

—Me esperan cuatro horas de coche. No quiero coger tráfico. Mañana tengo un juicio a primera hora.

—Quédate a desayunar —le pidió frunciendo la boca en un gesto suplicante mientras se envolvía con sensualidad en un kimono multicolor.

Unos enormes deseos de escapar tiraban de su voluntad, pero cedió con educación y culpa a un zumo de naranja y un café denso como las miradas que ella le lanzaba sin disimulo.

—¿Volverás el fin de semana que viene? ¿Te he dicho que voy a quedarme aquí? Hace demasiado calor en Barcelona.

—Te sentará bien la montaña.

—¿Vendrás?

—No lo sé.

¿Cuándo llegaría el momento de liberarse, de hallar el sosiego? Neus se volvió con brusquedad hacia el fregadero y enjuagó las tazas entrechocándolas con violencia. Cerró el grifo y se quedó unos instantes con la cabeza inclinada y dándole la espalda. Alejandro se acercó y la volvió hacia él cariñosamente.

—Hablaemos, te lo prometo.

—Lo siento, no quería presionarte.

—Te llamaré cuando llegue. —Aquejada de una docilidad inexplicable se dejó besar—. No creo que seas idiota, Neus, y te confieso que a veces siento que pierdes tu precioso tiempo conmigo —añadió el abogado, condescendiente.

—Tienes razón, pierdo el tiempo contigo, pero quiero seguir haciéndolo.

Cuando arrancó el coche y levantó la mano para despedir a la mujer hermosa que permanecía apoyada en la puerta de entrada se sintió liberado de una culpabilidad pegajosa. Un murmullo de pájaros piando y la montaña en calma quedaron atrás.

Condujo placenteramente, sin prisa, escogiendo las pequeñas carreteras que atravesaban los pueblos, retrasando la incorporación a la autopista. Le gustaba encerrarse en su cubículo y seguir el trazo del asfalto, ver pasar el paisaje sin el sentido del espacio y el tiempo. Era un momento perfecto para meditar. Repasó los asuntos que ocupaban su cabeza: revisar el contrato que

le había enviado Guasch, localizar a William y escribir a Miranda, la mujer del país que el trataba de asediar y a la que no podía apartar de su pensamiento.

—Miranda —pronunció en voz alta—. Miranda...

Había evitado deliberadamente mirar el correo estando en compañía de Neus. Las palabras de la hostelera tenían un curioso efecto sobre él, le dejaban en un estado de honda expectación.

Cerca de Molins de Rei se desvió de la AP-2 y tomó la B-24 hacia Vallirana, buscaba el restaurante en el que tantas veces había estado con Mariana cuando, en temporada de nieve, paraban a comer allí. No lo encontró. El tiempo había cambiado la morfología del paisaje y donde debía estar la vieja masía habían empalizado un trozo de terreno en el que se anunciaba la existencia de un camping. Unas casitas diminutas y prefabricadas le recordaron las construcciones en las que su sobrino se ensimismaba cuando era niño. Se conformó con aparcar cerca de un pinar y dar un paseo por un paraje que había perdido su fiereza. Entró, a regañadientes, en un restaurante que ofrecía un discreto menú. El café le había dejado el estómago encogido, pero el viaje tranquilo le había devuelto el apetito.

Se sintió solo. Era un domingo iluminado y ocioso de primavera. Las familias parecían celebrar aquel silencioso triunfo sobre lo cotidiano. Sonrió a un niño que, desinhibido, arrastraba un tractor de juguete bajo su mesa. Imitó el ruido del motor de un coche para empatizar con el pequeño conductor, pero no pareció resultar porque el niño lo miró con aprehensión y corrió a la mesa que ocupaban sus padres. Quería mantenerse alejado de la idea que le perseguía, mirar su móvil. Odiaba que aquel aparato ocupara las sobremesas, los aperitivos y hasta la intimidad como si se tratara del ser más indispensable. ¿Lo era? Después de encontrar una considerable cantidad de argumentaciones que le exculpaban de aquel general comportamiento, comprobó si había algún correo. No había cobertura, pero un mensaje de Neus le amargó lo que le quedaba en el plato.

*He reflexionado. Si no vienes iré yo. Estaré en Barcelona a finales de la semana. Quiero verte. A solas. Sin miedo.*

Apuró el trámite y volvió a la carretera con ganas de llegar a su casa. Hacía días que no tenía correo de la hostelera vasco-salmantina y lo echaba de menos.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Sin asunto

6 de mayo

Querido Alejandro:

En el inicio de nuestra correspondencia di por hecho que compartías la manera de vivir de William, y que esa era la razón por la que habías sido elegido para contactar conmigo. Imaginé que, como a él, con más o menos consciencia, te resultaba fácil utilizar a los demás dejándolos prisioneros en alguna tela de araña legal o moral. Ahora pienso que me equivoqué y espero no poseas nada en común con él, salvo quizás tu amor por los libros.

La honestidad y sinceridad que me mostraste en tu último mail me ha rendido (solo en lo que te atañe). Entierro el hacha de guerra y procedo a desquitarte de tu condición de «amigo de mi enemigo». Me gustan los embajadores que han vivido en países desgarradores, hermosos o indecentes y que se trajeron de sus estancias diplomáticas la experiencia para seguir viajando por este mundo tan misteriosamente sencillo en su inmensidad. Aceptó (con un temor del que me cuesta desprenderme) esta correspondencia que también a mí me agrada, y que conste que lo digo sin haber tocado el Rioja.

Valoro ese respeto que manifiestas por el pensamiento de tu pensador, pero me temo que he perdido la costumbre de tratar con personas como tú. El campo propicia el monólogo y levanta sospechas de las conversaciones virtuales como la nuestra. Dame tiempo, soy una mujer Diesel.

El lunes me voy unos días a Algorta. Tengo dos hijos, Álvaro de veintiocho y Leire de veinticuatro. Él es fuerte, un primogénito sólido que ha sabido bregar con el destino desde niño, trabaja como ingeniero en una empresa y vive con unos compañeros. Ella acaba de terminar un máster de Recursos Humanos en Madrid y ha vuelto a casa de su padre hasta que encuentre un trabajo. Ellos dan sentido a mi vida, así que comprenderás que me haya impresionado intensamente la pérdida de tu hija Elena.

Cuando terminé COU me cobijé en el abrazo de Álvaro Larracoetxea, tengo tendencia a buscar pórticos cuando llueve. Es un hombre bueno, previsible y aburrido que, por aquel entonces, vivía a cuatro calles de mi casa y estudiaba Económicas en la misma Universidad de Deusto donde yo iniciaba la carrera de Filología Inglesa. En la primavera de mi tercer curso crucé la frontera que cruzan los amantes y me quedé embarazada. Me casé, de blanco, en la Iglesia de Las Mercedes de Las Arenas, en el mes de junio, muy joven (a los 21 años), muy ciega y creyendo en los príncipes azules. El tiempo pasó, nacieron mis hijos... Recuerdo el día que cumplí treinta años, cuando al soplar las velas y buscar un deseo en mi interior comprendí que era inútil pedir al azar lo que uno debe proporcionarse a sí mismo. Me sentía prisionera, triste y

deslucida. Desde el fondo de mi cárcel, una vocecita me decía que mi marido no era el culpable y que él no tenía la menor idea de cómo acompañarme a un destino del que, tampoco yo, poseía muchos datos. Prolongué aquella estéril alegría hasta que fue imposible seguir.

Me separé a los treinta y seis años y centré mi existencia en lo más valioso que poseía: mis hijos adolescentes, perdidos casi tanto como yo, intentado con todas mis fuerzas que no percibieran lo aterrada que estaba. Retomé la universidad y terminé una licenciatura. Luego vino un trabajo, otro, y la vida empezó a tener horario, cansancio y una disciplina que me satisfacía. Si me lo permites, dejaré a nuestro amigo para otro día; temo contaminar la narración y equivocarte.

La finca Campocerrado perteneció a mi bisabuelo y ahora es propiedad de varios herederos, entre los que me encuentro. Quedan restos de una brava ganadería con buen encaste, pero su explotación ya no me pertenece. El mundo taurino posee contradicciones que, con frecuencia, resultan difícilmente superables. Contemplar a estos animales en el campo, en libertad, es de una belleza conmovedora que me reafirma en mi condición de ser humano. Sin embargo, debo reconocer que, como dicen algunos amantes de la lidia, sin fincas y dehesas como esta los toros bravos desaparecerían. En cuanto al momento de la arena... Mis convicciones y argumentos han evolucionado como yo misma y en este momento me atrevo a detestarlo, aunque no soy capaz de desterrar lo pictórico y hedonista que encierra la liturgia. En mi finca se hacen espectáculos taurinos, pero no hay ni habrá nunca fiesta de sangre.

Sé que dirigir mi vida con el timón de las emociones no es lo más aconsejable. No es que me sienta especialmente orgullosa de no haber aplicado algo más de rigor. Admiro esas mentes abstractas, ordenadas y eficaces que consiguen llegar a sus objetivos con buenos resultados, que hacen listas y van tachando lo conseguido, que compran lo imprescindible y entierran y destierran para siempre los peligrosos recuerdos porque saben cómo termina la novela.

Yo no sé funcionar de otra manera y, aunque me lo proponga, vivo nadando en mi caos, perdiéndome y organizando el tráfico de mi existencia como un agente urbano en Singapur y en plena hora punta. Mis virus anidan en mí y tengo recaídas. No tomo la dosis adecuada, la que prescriben los gurús del comportamiento humano. Mi sistema inmunitario no funciona cuando amo o soy amada. Me quedo corta o me paso. Pierdo, pero también gano. Puedo decir, como mi querido Neruda, que confieso que he vivido, pero en mi caso improvisando.

De marzo a noviembre, y desde hace algo más de cinco años, vivo aquí en El Cielo Azul. Una sonora y poética obviedad porque, como sabes, Castilla tiene unos cielos limpios, azules y sinceros. Doce habitaciones, un salón cálido con una gran chimenea, la biblioteca y una cocina donde casi siempre soy feliz. Tengo muchas cosas buenas: soledad, pequeños ingresos que justifican mi decisión de dejar de amanecer junto a mis hijos y el contacto con unos turistas muy especiales que vienen pensando que van a encontrar a Dominguín recibéndolos en traje de paseo. En su lugar encuentran una mujer de casi cincuenta años que hace yoga en el porche al amanecer y escucha ópera a toda pastilla cuando se esconde el sol. También tengo buenas amigas.

Echo de menos cosas, para qué voy a engañarte, las ciudades son hipermercados abastecidos y esto no deja de ser lo más parecido a una tienda de barrio, pero sobre todo me falta el mar. Como buen mediterráneo, supongo que entenderás que hay días que tengo que cerrar los ojos e imaginar un oleaje de esos que hay en septiembre, con resaca, olor a salitre, a algas... Días en los que necesito una marea como un paracetamol. Por eso voy con frecuencia a Algorta, el pueblo

donde mantengo la casa familiar, donde me reúno con los amores de mi vida, mis hijos, y donde me iré pasado mañana.

Ya tienes un perfil completo de la reina del país que tratas de asediar.

Escríbeme, me gusta.

Miranda

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Asunto: Me gustas

7 de mayo

Mi estimada hostelera:

La tecnología ha cambiado nuestra vida, pero la forma que la comunicación, vía Internet, tiene de volatilizar el tiempo y el espacio es fascinante. Veo la hora en la que te sentaste a escribirme, y ayudado por tus precisas descripciones, esbozo en mi imaginación el paisaje que te rodea, tus anhelos marinos y la decisión de no ver morir a tus toros.

Calculo que en estos momentos estarás haciendo la maleta para ir a ver tu anhelado Cantábrico. Confieso mi envidia. Me gusta el norte y me gustas tú.

Un abrazo,

Alejandro

Persistía el recuerdo de Neus, la sensación de esterilidad que le envolvía cuando se separaba de ella tras compartir su piel, la incomodidad que le proporcionaba su contradicción al desearla para rechazarla después. Por esa razón había contestado escueta y sinceramente. No quería reproducir retóricas. Necesitaba dejar de especular. Estaba harto de marear la perdiz y algo en su interior reclamaba su trocito de realidad. ¿Por qué no le había pedido el teléfono? La voz era el eco del cuerpo, la manera en que las palabras se movían en uno. El baile previo al abrazo era la palabra.

Volvió a su correo y encabezó un nuevo mensaje.

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Asunto: Me gustarás

7 de mayo

Envíame una foto tuya, te lo ruego.

Alejandro

Lo envió y, sin embargo, no se halló satisfecho. Lo que hubiera querido escribir era que sentía una imperiosa necesidad de tenerla físicamente a su lado, olerla, tocarla, saber cómo eran sus labios, su piel, o el color de su pelo... Le atemorizaba dejar las palabras marcadas en un mensaje como los que se exhibían sin pudor en las causas legales. No la conocía, y por lo tanto no iba a confesar que se le habían humedecido los ojos al leer lo referido al vínculo que sentía con sus hijos, o el desconocimiento de la vida que debió rodearla en sus primeros años de matrimonio. No podía dejarse llevar por aquella intimidad parapetada por el anonimato físico, y sin embargo... ¡Cómo le sublevaba sentir de aquella manera!

*Colocarse por bajo de lo que en realidad se es, téngolo por torpeza y no por modestia; empequeñecerse es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles; no hay virtud a que acompañe la falsedad, y la verdad jamás sirve de argumento al error.*

La refractaria inglesa de la editorial Booknoire le había proporcionado, en un rasgo de generosidad, el nombre del agente de Urquhart: Arthur Lloyd. Sin esperar demasiado tecleó en el buscador de Google y en treinta y cinco segundos la biblioteca más grande del mundo arrojó la nada despreciable cantidad de 33.600.000 resultados relacionados con aquel nombre. ¡Magia!

Las primeras entradas estaban dedicadas a un cantante escocés al que, al parecer, habían dedicado un teatro en su ciudad natal. Descartó igualmente a un obispo y a un misionero que, con el mismo nombre, habían tenido un papel relevante en la historia de Japón. Hizo lo propio con un consejero inmobiliario y, finalmente, encontró una pequeña reseña relacionada con la publicación de una novela y el autor, un tal Peter Morcks, agradecía el buen hacer de su agente Arthur Lloyd.

No parecía un hombre mediático, pero el autor que lo nombraba tenía una cuenta en Facebook. Siguió la cadena, las migas de pan virtuales, y entró en su página para dejarle un mensaje privado en el que le comunicaba su necesidad de contactar con el agente y le proporcionaba su dirección de correo electrónico.

La tarea le había llevado casi una hora y había resultado más infructuosa de lo que pensaba. Decían que todo y todo el mundo estaba en Internet, pero todavía quedaban dinosaurios que apenas dejaban rastro: él era uno de ellos. Un impreciso malestar iba colonizándole. Quizás fuera aquella inútil certeza que poseía; llevaba cuarenta y ocho horas tecleando imprecisiones, buscando, equivocándose...

Iba a apagar el ordenador cuando un pitido le anunció un nuevo mensaje de correo.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Asunto: Re: Me gustarás

9 de mayo

Querido abogado:

Adjunto te envío una preciosa foto.

Se llama Nazareno y lo indultaron en una corrida en Sevilla. El veterinario lo cuidó hasta que se recuperó; cojea, tiene un cuerno roto y se aparta de la manada. Creo que no puede olvidar. A veces él y yo nos miramos, con la cerca por medio; los dos inmóviles. Te garantizo que lo que siento no cabe en la foto.

El ganado de lidia debe tener poco contacto con el hombre para mantener su instinto. Es preciso evitar cualquier lesión en los cuernos, ya que un macho pierde su valor si esa parte de su anatomía está dañada. Yo amo a Nazareno como está; demediado en su bravura e intenso en su experiencia.

Odio no ver cómo alguien sonrío, siente el impacto de una palabra o le aburre lo que escribes. La ironía, el silencio habitado, la sorpresa y otras emociones no caben en la virtualidad. En fin, que no me gusta nada no ver la cara que pones cuando lees mis mensajes. No te mandaré fotos más.

En efecto, estoy haciendo la maleta.

¿Te sucede algo?

También yo me pregunto qué demonios hago contándote mi vida.

Miranda

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Asunto: Re: Re: Me gustarás

9 de mayo. 22.40 h.

Lo que me sucede es que tengo un ataque de impaciencia.  
Será que tengo ganas de conocer a tu nazareno.  
Alejandro

De: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))  
Para: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))  
Asunto: Ya lo sé  
9 de mayo. 22.45 h.

Por aquí dicen que «cuando fuiste martillo no tuviste clemencia, ahora que eres yunque ten paciencia».  
Tuya siempre,  
Miranda

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))  
Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))  
Asunto: Re: Ya lo sé  
9 de mayo. 22.50 h.

¿Tuya siempre? Te podría llamar si tuviera tu teléfono. ¿Sería excesivo hacerlo al número fijo que figura en la Web?  
No debiera haberte preguntado.  
Alejandro

De: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))  
Para: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))  
Sin asunto  
9 de mayo. 23.38 h.

Impaciente Alejandro:  
Sí. No. No sé. Quizás... Definitivamente no. Mándame tu teléfono y déjame la iniciativa.  
Miranda

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))  
Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))  
Sin asunto

15 segundos después

Esperada Miranda:

Abogado tenaz: 656776340.

Lo tuyo es un sí encerrado en el miedo. Dime que sí.

Alejandro

De: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Para: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Asunto: Promesa

9 de mayo. 23.38 h.

Tienes razón, pero es muy tarde y como te dije soy una mujer Diesel. Desde que te conocí ando espantando fantasmas y se me acumula el trabajo. Te llamaré. Te lo prometo. Cuando vuelva de abrazar a mis hijos.

Que duermas bien.

Miranda

«¡Maldita sea, William! ¿Por qué tuviste que joder a una mujer como esta? ¿A qué clase de traición la sometiste? Cuando te encuentre voy a soltarte un guantazo de esos que retan a duelo», dijo Alejandro mientras apagaba el ordenador.

## **Segunda parte**

## 6

### Mentiras que parecen verdad

«La vida es aquello que te va sucediendo  
mientras tú te empeñas en hacer otros planes».

JOHN LENNON

Cuando se dispuso a correr las cortinas como lo hacía cada noche, la luna, casi redonda, parecía a punto de descolgarse de un cielo azul marino. Salió al porche. El campo, con todas sus criaturas nocturnas murmurando, era lo más parecido a una fascinante y armoniosa orquesta... Le sobrevino una oleada de gratitud.

Los días que había pasado en la casa familiar habían sido misteriosamente redentores. No sabía la razón, pues sus visitas eran frecuentes y no había habido nada excepcional, pero ser consciente de su bienestar le producía una dulce e íntima felicidad. Todavía colmada de los cariños de sus hijos, de la brisa de su tierra, la comida en compañía de sus hermanos, su vida le parecía diseñada como un guante a su medida.

Rodearse de amigos, comer pintxos, tomar un café aromático y perfecto en Garai, y comprarse un vestido, con el que se encontraba espectacular, en Ytaluca, la tienda de Calules, eran las pequeñas cosas a las que se abandonaba, pues poseían la sencillez del ritmo aprendido. Dio tres o cuatro suspiros, sin ganas de apartarse de aquel cielo cuajado de estrellas, entró en su habitación y corrió la cortina. Todavía tenía la bolsa de viaje sin deshacer y en la cocina reposaban los pimientos que su hermano Gonzalo le había traído de su huerta. Fue a la cocina y cuando estaba allí Lía apareció para despedirse.

—¿Seguro que no quieres que me quede?

—Vete tranquila.

—¡Ah! Se me olvidaba. Esta mañana Manuel trajo una bolsa. Te la he dejado en el armario de la entrada. Me dijo que eran unos libros.

—Gracias, Lía, vete que es muy tarde.

Cinco días atrás, al llegar a Algorta, Leire, su hija, se había lanzado a su cuello deshaciéndose en lágrimas. Ella había soltado la bolsa de viaje y el paquete de embutidos para poder abrazar su cuerpo menudo. Se mantuvo en aquel cobijo durante un buen rato musitando palabras de amor como en un bolerito de Los Panchos, sintiendo renacer el instinto de protección y la generosidad de leona que despertaba el contacto con su cachorro.

—Ya estoy aquí, tesoro mío. Ven.

Miranda había crecido en un mundo masculino. Su padre y sus hermanos eran como un equipo de fútbol con complicidad de vestuario; se entendían, se aprobaban entre ellos intercambiándose claves y palmaditas para liderar la vida. Su madre y ella formaron, sin ganas de jugar en primera división, su propio mundo en femenino, casi secreto, regalándoles un abrazo en el que podían entrar para ser frágiles, inseguros, o para dudar sin que se les cayera el ego a pedazos. En el mundo de ellas no eran tan poderosos. Incluso había podido comprender y compadecer su necesaria coraza, otorgándoles ese amparo inocente, solidario y poco reflexivo que concede el amor. Con el tiempo advirtió que, en aquella dinámica silenciosa y aceptada, existían unas contrapartidas algo perversas pues, a cambio del dudoso privilegio de ser cobijadas, se les restaba poder, información y, en ocasiones, hasta patrimonio.

No recordaba con exactitud el momento en que decidió ocultar su mundo emocional. La contienda la desgastaba, desvirtuaba sus relaciones, así que no se enfrentó, sino que se revistió con un ajeno tejido trasladando su verdadera piel esponjosa como un secreto. Su identidad la hacía perder, la volvía frágil y le proporcionaba una dolorosa impotencia. Como muchas mujeres de su generación, compró un billete que le permitía viajar en un abrazo poco auténtico y desigual. Pero aquello comenzó a fragmentarse en el momento en que fue madre, cuando comprendió que en el definitivo abrazo a sus hijos residía todo el poder del mundo. Y sin embargo...

Quiso que sus niños poseyeran la fuerza de la fragilidad, la más tenaz y rotunda de las capacidades que pueden experimentarse, así que les enseñó a llorar, a decir te quiero, a demandar abrazos. Por eso, cuando Leire soltó un hipo sentido dejándole el hombro y el cuello húmedos pensó que quizás se había pasado en su educación, y su hija era una buena candidata a llorar por las esquinas de la vida sin medida ni criterio.

—Vamos a ver ese forúnculo. Levanta el brazo.

—Me duele mucho. —Lloriqueó.

—Cariño, esto se pasa. Concéntrate en esa idea.

En realidad, su niña era aún muy joven como para medir dolores; estaba en edad de desmedirse en lamentaciones, más cuando su madre no estaba con ella y tenía una montaña rojiza e infectada en la axila.

—¿Te pusiste la cebolla?

Su hija renovó el llanto, negando con la cabeza. Ella la empujó abrazándola suavemente hacia su dormitorio, el brazo en alto como si fuera una reina saludando a su pueblo.

—Se ve que tienes tendencia... Dicen que no es bueno depilarse con cera. Le preguntaremos al médico.

La hizo tumbarse y colocar el brazo sobre la almohada, y la dejó gimotear distrayéndola con las anécdotas de Zuri, Marga y los visitantes de El Cielo Azul. Repitió aquella tranquilizadora liturgia de cuando sus hijos eran niños y les contaba un cuento antes de dormir, apoyándose en aquel eterno y mágico «érase una vez...».

La ciencia se había tomado su tiempo para informar al mundo de lo que escondían las lágrimas femeninas cuando no había forúnculos; en ocasiones se trataba de hormonas. La sociedad había reconvertido la biología en una banalidad y aunque el *Vogue* incluyera de vez en cuando un sutil artículo al respecto, a los poderosos no les gustaba la sensiblería salpicando las decisiones. Se lo había dicho a su hija: «Cariño, las lágrimas justas en el trabajo». Para sobrevivir en los despachos y en otras estancias de la vida, las mujeres tenían que olvidar su complejidad emocional y posponer los llantos para los funerales. Pero en el país de una madre, llorar era esencial, liberador y permitía hasta inundaciones.

Más tarde, Miranda descubrió que su desesperación era solo una parte de aquella tristeza pegajosa que tenía su hija. Su reciente amor no prosperaba. «No sé si él me quiere como me dice». Ambas pusieron palabras a aquel no sé qué, qué sé yo... Los adjetivos iluminaron el laboratorio donde crecían emociones inexploradas. «Dale tiempo y sobre todo no dudes de ti, cariño». Las infecciones de la vida, los virus y las bacterias se mezclaron con la descripción de aquella nube en la que flotaba cuando el muchacho la abrazaba. También hablaron de lo que se iba a llevar aquel otoño y dieron una oportunidad a sonreír cómplices con algún chisme sobre las novias que se echaba su padre...

—¿Y tú, ama?

—¿Yo qué?

—¿Tienes algún novio? ¿No te tiran los tejos?

Negó con gestos, sonrió y ordenó con ternura los rizos oscuros de su hija, pensando que no era fácil conservar su ingenuidad y ser, al mismo tiempo, honesta con la verdad que se abría paso a medida que se experimentaban emociones.

—Lo mío es más complicado, cariño... Me he acostumbrado a estar sola, os tengo a vosotros, vivo a caballo entre Salamanca y Algorta y necesitaría un hombre muy, muy generoso, que me quisiera mucho, mucho. Además, se me está pasando el arroz.

—Exagerada.

Aunque ninguna de las dos hiciera referencia al pasado o dijeran su nombre, el espíritu de William sobrevolaba la habitación. Había cambiado el color de la pintura, las cortinas, la colcha, pero a pesar de sus esfuerzos no le costaba imaginarlo en aquella cama, envuelto en rabia y deseo. Sentada en su butaca, mientras leía o se quedaba mirando el horizonte de su ventana, el recuerdo intervenía recordándole las seductoras letanías con las que él le obsequiaba. ¡Qué sentimiento tan devastador se experimenta al verse obligada a odiar lo que se ama!

Volvió a su hija, la miró y corrió a refugiarse en aquella persona que sería para siempre su niña, aunque pudieran hablar de amor.

—Hay un tiempo para cada cosa —pensó en voz alta.

Entonces recordó a su ginecóloga, que se había convertido en una buena amiga. Marta le había dado un par de buenos consejos que tenían mucho que ver con una edad en que casi se está más de acuerdo con Darwin que con Freud. Le había dicho que cada uno de los días que dejaba atrás era una página aprendida. Ahora sabía que en su recorrido vital debía haber un hombre para descubrir el sexo, otro para ser el padre de sus hijos y otro que llegara como un perfume fresco, tras la crianza, a desnudarla despacio y descubrir juntos la libertad de la piel. Su ideal, como sugirió Marta, era olvidar sus heridas para poder caer en la tentación de encontrar a aquel cuarto y último hombre: un amigo con el que viajar, charlar al atardecer, compartir gafas de presbicia antes de dormir pegados y tener un sexo sin prisa; un compañero que cargara con las maletas de su vida, su familia, sus manías, sus viejos miedos y al que, para compensar el peso y la generosidad, amaría con la certeza de la ternura. Un amigo leal al milagro de compartir la vida, gozándola con sus pérdidas y sus ganancias.

No podía decirle nada de eso a Leire porque era su madre, le llevaba la delantera de la experiencia y debía quedarse a su lado, esperando que recorriera su propio camino y creyera que todos los diamantes eran el Hope, el más puro hasta ese momento encontrado. Leire todavía no coleccionaba sutilezas en materia de amor y necesitaba soñar con príncipes. Era aún la bella durmiente, y a la vuelta de la esquina un apuesto caballero la besaría despertándola del sueño eterno. Ella era la Rapunzel que dejaba crecer su pelo solamente para bajar de la torre y que su amor le diera un achuchón que le proporcionara el impulso suficiente para no volver atrás. ¡Pobres príncipes y princesas!

El forúnculo resultó ser un pelo enquistado que el hábil médico rescato del volcán en el que habitaba. Salieron de la consulta andando a pasitos cortos, pegadas, con el brazo en ángulo recto y ese mimetismo que adquiere el dolor de un hijo. Álvaro se reencontró con ellas para cenar, aportando unas nécoras grandes y sabrosas que rechupetearon entretenidos. De pocas palabras, sólido e inteligente, resistía la ausencia de Elisa, su novia, y proyectaba un viaje a verla durante sus vacaciones de agosto. Entre plato y plato les comunicó con una cierta solemnidad que estaba enviando

currículums a todas las empresas españolas que tuvieran relación con Australia.

—¿Te vas a ir? —le espetó su hermana, agarrándole de la camiseta con aire enfadado.

—No me importaría conocer aquello durante un tiempo. Elisa dice que es precioso... Serían un par de años —dijo mirando directamente a los ojos de su madre.

—No es que me haga feliz tenerte tan lejos, pero te entiendo... —Tragó saliva—. ¿Nos estás preparando?

—¡Jo, vaya mierda! ¡Todo el mundo se va! —refunfuñó Leire.

—Volverán, cariño.

—Eso fijo.

Le gustaba la libertad de sus hijos, la frescura de no contemplar el dolor que implicaban las decisiones, la ligereza de la inconsciencia, la fe en el amor que desprendían sus palabras. Se sentía orgullosa; a pesar de que hubo momentos en que creyó que iba a perderlos para siempre ahí estaban, cercanos, aunque dolieran sus sueños. La vida era un engranaje perfecto y casi ajeno y, como repetía con frecuencia, había un tiempo para cada cosa.

Cuando se casó, embarazada de Álvaro, tenía veintiún años y unas ideas más que peregrinas en torno al amor. La educación que había recibido le había proporcionado unos pilares que no fueron suficientes para sostener la realidad que vendría después. Así sucedía con cada generación. En la vida había que actualizarse lo mismo que los ordenadores. Su madre había muerto unos meses antes de su boda, en aquel momento ella se sintió inmensamente sola; cuatro hermanos varones, un padre protector y unas amigas que residían en las Batuecas como ella no fueron suficientes para evitar el error al que se precipitaba.

El sexo, que parecía prometer el paraíso terrenal, se volvió extrañamente insípido en unos meses. Su atención se centró en aquella misteriosa barriga que crecía y se movía. La libido, esa compañera incierta, aparecía y desaparecía como el río Guadiana. Su marido, tan joven e inexperto como ella, no tuvo consciencia de lo que estaba sucediendo, simplemente jugaba al primate, volvía a la cueva después de la caza y reclamaba lo establecido con torpeza. Ella creció de golpe cuando empezó a comprobar que en su sueño de

una vida en común se levantaban fronteras insalvables. Y en cuanto su hijo estuvo en sus brazos la invadió una ansiedad desconocida que ya no se separó de ella.

Todavía era capaz de sentir un escalofrío al recordar retazos de aquel lejano tiempo. Perdida como estaba, había ido claveteando algunos recuerdos: una cena de Navidad, el parque al que acudía con el cochecito, lo lejos que parecía acontecer todo... No le había resultado posible verbalizar o describir el aroma de una espesa soledad que se metía por sus poros mientras sostenía a su hijo en brazos. A nadie pudo contar cómo era la angustia de dudar de su capacidad para sostenerlo y protegerlo de un mundo que a ella misma le resultaba ajeno e incomprensible.

Como si se le cayeran los velos que le habían impedido ver con claridad, los años de maternidad junto a su marido fueron arrinconándola, dejándole la sensación de que en aquel guion tan repetido a lo largo de la historia faltaban datos y sobraban puntos suspensivos. Cuando los niños crecieron y dependían menos de su madre retomó la universidad, pues estaba convencida de que le faltaba una identidad personal. No sabía quién era, vivía con un extraño y solo los ojos de sus hijos tenían una luz apacible.

Tuvo miedo. Ese miedo animal que luego comprobaría que tenían muchas mujeres. Criar y ser al mismo tiempo era complicado, se necesitaba una fortaleza extraordinaria para no sentirse demediada. Se empeñó en revestirse de algo más que ser madre o ama de casa, necesitaba una profesión, un diploma que acreditara que podía hacer algo diferente de lo que hacía. Después de catorce años de un matrimonio insoportablemente aburrido, tomó la decisión que hubiera debido tomar mucho antes: se separó sin ruido ni dramas.

Su exmarido encontró una mujer tranquila a los pocos meses de abandonar la casa. La construcción de su nuevo nido hizo que, durante unos años, dejara a los hijos medio abandonados: una comida cada quince días, una llamada de vez en cuando, un regalo demasiado caro... Y entonces ella fue ocupando su lugar, haciéndose valiosa, fuerte, y hasta lo suficientemente generosa como para entretener el tiempo que tardó su ex en aterrizar y volver a ser padre. Pero a estas alturas, entre Miranda y sus hijos ya existía el vínculo indestructible que da la adversidad y la necesidad compartida.

Contra todo pronóstico, la lucha por una vida laboral y familiar hizo que se sintiera útilmente feliz. No culpó a nadie por su pasado; se limitó a calzarse los zapatos de andar por la vida y le gustó sentir el roce de los días. Los problemas a los que había que enfrentarse formaban parte del aprendizaje y dejarse seducir por otros hombres con los que experimentar pasiones o ternuras tan lejanas a la familiaridad casi fraternal de Álvaro, le resultó un agradable desafío. Degustó la libertad, los viajes cortos con amigas, los proyectos. Comenzó a intuir quién era y quién podría llegar a ser. Pasaron algunos años afilados, cómodos y radiantes, y un día fue a una conferencia con su amiga Hilda, le presentaron a William y, sin que nadie pudiera remediarlo, los volcanes de sus islas desconocidas entraron en erupción.

En los documentales que veía sobre la vida de los animales, a menudo comprobaba que sus comportamientos eran similares a los de los seres humanos. Los pingüinos emperadores atravesaban distancias enormes bajo rigores climáticos espeluznantes para ir a aparearse a un lugar determinado. El día que conoció al escritor ella ya estaba determinada a lanzarse a la primera empresa que le prometiera un viaje exótico.

—Me gustaría saber si un intelectual, educado, que se pasa la vida entre libros hace el amor igual que los demás —susurró a su amiga mientras le escuchaba paladear fantasías.

—Los intelectuales a mí solo me gustan para un ratito; se ajan muy pronto, beben, fuman, viven a deshoras —añadió Hilda en voz baja—... y lo cierto es que están todos un poco locos.

William no se pasaba la vida entre libros. Fumaba, bebía y vivía a deshoras, en eso era un intelectual prototipo, pero también sabía mucho de pasiones, seducía con maestría y, desde luego, no estaba ajado.

Recogió los libros que le había dejado Manuel y los colocó en la estantería del salón, apagó las luces dejando encendidas las de camino a la entrada y se fue a su habitación. Los huéspedes dormían, el pequeño comedor para el desayuno estaba preparado, los mugidos del ganado rompían el silencio y su perra permanecía a su lado, mirándola sin pestañear.

—Ya estoy aquí guapa. —La acarició—. ¿Somos felices, Zuri? — Preguntó con la certidumbre de las interminables conversaciones que mantenía con el animal—. Tú sí lo eres... y yo no me puedo quejar —se contestó—. Eres mi rubia, la reina del cielo azul, mi tesoro. Los chicos te mandan recuerdos. Están muy bien. Ya ves, al final, todas las piezas acaban encajando. —Cerró los ojos y se abrazó a ella, que se deshacía moviendo la cola y lamiéndola—. Tú sabes que nunca se me dieron bien los puzzles, pero mira por dónde, Leire y Álvaro van a vivir juntos en casa. ¡Qué bien me escuchas preciosa! —hablaba mientras le rascaba la cabeza—. La próxima vez te vienes conmigo.

Encendió el ordenador y comenzó a limpiar los spams... Todos sonaban a última oportunidad, a chollo irrenunciable, a remedio definitivo y los productos que anunciaban podían ser entregados en veinticuatro horas: colchones de descanso eterno, pantalones que reducían una talla, inversiones más que rentables, kit de limpieza milagrosos y, desde luego, la pareja perfecta... Pensó en su abogado y en la manera en que aquel paquete anunciado, pero no recibido, había abierto el arcón congelador donde, años atrás, había depositado sus recuerdos. Con su ingenuidad habitual, creyó que el ruido de la maquinaria que conseguía dejar inerte el pasado no alcanzaría a recordarle su existencia. Pero los motorcitos del amor hacían ruido, la vida te impregnaba, olía y estaba llena de spam... Cuando se deseaba el olvido sin deseárselo del todo, la evocación escocía como una ampolla en carne viva. Y además había descubierto dónde estaba William con su dulce esposa: en una preciosa casa rural francesa. ¿Se lo comunicaría al abogado? No. Aquello solo le incumbía a ella.

Miró el reloj. Las 22.40.

Le había prometido llamarlo, pero, aunque le hubiera dicho que cualquier hora era buena, no deseaba que su primer contacto fuera intempestivo. «Si tiene voz de pito o dice algo que no me guste le cuelgo», dijo en voz alta.

—Zuri, ¿tú crees que voy a meterme en un lío? —preguntó a su perra con el dedo índice apuntándole al hocico.

Se cambió el anillo heredado de su madre a otro dedo. Cuando algo le inquietaba lo hacía. Se lo colocaba en el anular y entonces la vieja tutela de

su recuerdo reaparecía. Miró hacia la entrada. El pequeño cartel luminoso anunciando el hotelito estaba apagado. Se levantó y fue a darle al interruptor.

La idea de crear El Cielo Azul había surgido cuando, al morir su padre, heredó una quinta parte de la finca. Todos sus hermanos quisieron venderla. Estaban de acuerdo en que mantener una ganadería era un disparate, pero ella guardaba, en el misterioso cofre de secretos de su alma, recuerdos muy felices de los veranos a caballo por la dehesa. Poseía noches de luna como aquella, silencios poblados de misterios, majestuosos animales bufando, cansancios felices y aventuras entre las encinas. Le pareció mucho poseer. Se empeñó y consiguió, tras unas eternas negociaciones, que se vendiera todo el legado menos la casa y las tres hectáreas que la rodeaban. Afortunadamente, el resto de la finca fue adquirida por un torero jubilado y afable que dejó las cosas como estaban y no puso pegas a tenerla como vecina, facilitarle el acceso o cederle su plaza para organizar sus espectáculos a cambio de que nunca vendiera su controvertido islote hotelero.

Miranda no tardó en comprender que el mantenimiento de aquel capricho iba a acabar con ella. La casa necesitaba una rehabilitación a fondo y sus ingresos no eran tan cuantiosos como para hacer disparates. Se propuso buscarle un rendimiento. En ello andaba cuando William, al principio con algo de desdén, y luego como si se entregara a algo ineludible, entró en su vida a cambiar el lunes por el jueves, la luna por el sol y el mar por la montaña. Su vida se puso patas arriba.

Nunca imaginó que bajo su piel existiera otra Miranda. Cuando se encontró a escasos centímetros del escocés, sus pies comenzaron a despegarse del suelo, a volar, hasta alcanzar esas tierras inexistentes que habitan los alelados. Encontró a su amor casi tan irremediabilmente como si en alguna tablilla mesopotámica y en escritura cuneiforme se pudiera leer que Miranda Palazuelos Goiría estaba destinada a perder el oremus en brazos de aquel escocés. Era su destino y que venía a demostrarle que hasta entonces no había estado más que tanteando un amor soso y desabrido. ¿Qué sabía ella de la pasión, del devorador deseo antes de que él llegara? Nada, o muy poca cosa.

Fue él quien la convenció de que era inaplazable que materializara su sueño de reconvertir la casa en un hotel rural. Ahora pensaba que, quizás

inconscientemente, había construido su vida amorosa al mismo tiempo que su establecimiento. Con sus susurros le bocetó un lugar donde ella cocinaría lo que le gustaba y él gozaría de un paraíso para escribir y, había añadido con ojos chispeantes; le daría cada noche una luna y El Cielo Azul sería el hogar para cobijar aquel amor sobrenatural que compartían. Le sonó a música celestial, porque quien verbaliza los sueños se convierte en Dios. Por fin la eternidad estaba frente a ella, sus hijos crecían directos hacia su destino con un buen equipaje; era su tiempo. Se sumió en el entusiasmo de aquella empresa a la que se lanzó sin pensar en nada más que en las lunas que él bajaría del cielo para ella.

William acostumbraba a suministrar las dosis de su droga con una pericia inimaginable. Viajaba con frecuencia y cuando volvía parecía que hubiera estado sometido a mucha tensión. Se mostraba desvalido, se dejaba querer y arropar haciendo olvidar sus repetidas ausencias, para partir de nuevo y quizás retornar esquivo, inapetente o apasionado. Entraba y salía de sus días de una forma inevitable sin que tuviera cabida reivindicación alguna. Al principio sus desplazamientos eran de veinticuatro horas, cuarenta y ocho a lo sumo. Con el tiempo sus estancias lejos de la casa se hicieron más largas y sus regresos menos sedientos. Quizás alguien menos confiado que ella, y a quien le importara más una situación social hubiera imaginado que repartía su interés, pero ella no era así. No desconfiaba y aceptaba el lado oscuro de la misma manera que disfrutaba de su luz. Jamás pensó que a unos kilómetros de allí una familia le esperaba para cenar o celebrar los cumpleaños de los niños. ¿Por qué dudar de las palabras de quien decía amarla? Ahora repasaba sus recuerdos con machacona curiosidad. Era muy doloroso, pero necesitaba buscar en el pasado.

En cada uno de sus regresos comentaba la precariedad de su profesión, del mundo cultural. Decía que la venta de libros descendía. Su trabajo impartiendo cursos en las universidades le proporcionaba estatus e ingresos para seguir escribiendo. La pasión inicial que se había desencadenado entre ellos, el tornado en el que se precipitaban cuando se tocaban se había relajado, unas sombras ligeras empezaron a sobrevolar los días.

Miranda iba y volvía a Salamanca supervisando las obras y construyendo el futuro. Lo hacía disfrutando de su iniciativa, pero

necesitándolo. Ella sola nunca se hubiera embarcado en aquella aventura a la que él la empujó y donde había invertido casi todo su patrimonio. William, mientras tanto, saltaba de país en país como un diestro funambulista. «Tengamos una vida de verdad», le propuso ella. Pero siguieron bailando desacompañados hasta que la vida empezó a cambiar.

Cuando se encontraban chocaban como átomos que se repelen o anhelan, deshaciéndose en reproches o promesas de amor eterno y aquella situación se prolongó hasta que los chicos, desorientados y ya capaces de comprender, empezaron a sentirse convidados de piedra.

A William le molestaban Álvaro y Leire. Ella no lo veía porque solo tenía ojos para él. La vida de su corazón empezó a exigirle departamentos estancos, divisiones, pliegues y elecciones. Se sofocaba con aquel ir y venir de lo celestial a la realidad. No podía con aquellos amores que le exigían hasta el aire que respiraba. Se sentía esclavizada, desorientada en una dependencia tan cruel que parecía imposible salir de ella sin partirse por la mitad. ¿No era acaso la pasión y el amor lo que se buscaba eternamente? Eso le decía él, y agradecía aquella plenitud que le empujaba a buscar las palabras mejores, las frases más titilantes y acertadas. ¡Todo lo que sucedía tras el océano de sus ojos era porque ella existía a su medida!

Sus hijos optaron por alejarse. Álvaro encontró la posibilidad de compartir piso con unos compañeros y Leire se fue con su padre; no quería vivir en aquella casa donde los aires y las tormentas eran cada vez más frecuentes. Huyeron de los fuegos fatuos a lomos de la libertad que ella misma les había enseñado. Y Miranda, contrariamente a las leyes atávicas, no sintió la ausencia. Veía a sus hijos cuando él no estaba, les abrazaba con culpa; se conformaba con una comida en su compañía los domingos, acompañarles al dentista o al cine y cogerlos de la mano en la oscuridad. Necesitaba mentirse a solas mientras esperaba a su rey repitiendo que debía preparar El Cielo Azul, que su amor era irrenunciable, que encontrarían la forma de adaptarse, que las piezas encajarían...

Aun presintiendo el crujir del suelo que pisaba, siguió adelante. No quería renunciar a aquel hombre con el que tocaba el cielo descubriendo unos territorios a los que nadie había sabido conducirla. De nada sirvió el disciplinado ejercicio de desorientar las dudas, porque un día no pudo

esquivar un engaño y otro se le acumularon las pistas que indicaban que bajo aquella incertidumbre se alojaba más de una traición. Una mañana del mes de diciembre, y cuando El Cielo Azul estaba ya casi terminado, encontró en el buzón una carta donde, con dudosa amabilidad, alguien le hacía saber que su amor tenía más vidas que las que compartía con ella. Posteriormente tuvo la sospecha de que había sido él mismo quien había deslizado aquella misiva para empujarla a tomar una decisión.

Fue demasiado tarde, pues los primeros síntomas ya estaban haciendo su aparición. Hacía meses que notaba un cierto dolor abdominal, se sentía cansada y sus reglas se habían vuelto dolorosas. Cuando fue a visitar a Marta, su ginecóloga, una sencilla prueba hizo que se confirmará el diagnóstico.

«Tienes una inflamación pélvica Miranda, provocada por un contagio de una enfermedad de transmisión sexual y no sabremos el alcance que tiene hasta que te hagamos unas pruebas. Creo que convendría ocuparse con urgencia. Tendrás que hablar con tu pareja».

La infección llevaba tiempo en su cuerpo, aunque no se habían manifestado los síntomas con la virulencia que acostumbraban. Por fortuna, un tratamiento intensivo de antibióticos evitó males mayores. Sin embargo, la vergüenza de aquella traición la deshizo. Cualquier esperanza que hubiera sobrevivido parecía perdida y la vida se volvió en pocos minutos sombría e indigna. Nunca había contado a nadie cuánto le había afectado aquello, y su secreto le pesaba como una losa cuando lo recordaba.

No le quedó más remedio que mirarse en el espejo y reconocer que tenían razón quienes le advertían de que la Miranda valiente, la buscadora, aquella mujer que se había reinventado para emocionarse de nuevo había desaparecido. En su lugar, una mujer confusa, enferma y sin autoestima, había perdido las riendas y consentido que la malquisieran a cualquier precio.

Encontró entre su decepción un resto de fuerza y se enfrentó a la vida oculta de su pareja, despertando del sueño y despeñándose por la pendiente de la realidad. Lo que siguió a aquel tiempo era tan doloroso que aún permanecía intocado en el limbo de su corazón. Le había costado llegar a su paraíso, no al de William, que nunca lo habitó, sino al de ella. Porque para llegar a la tierra prometida había que desasirse del peso de las promesas. Ya

no estaba dispuesta a que nadie le robara la fragilidad y la inocencia que se depositaba en algunas palabras.

«Te daré el sol, la luna, y las estrellas». Le decía cuando paseaban por la playa. «Devuélveme la luna». Murmuró en voz baja, «aunque solo sea la puñetera luna».

Toqueteó el teléfono. Notaba latir su corazón acelerado y le temblaban ligeramente las manos. Había incluido en su memoria el número del abogado. Lo buscó y pulsó.

—Digim.

—Buenas noches, abogado, soy Miranda Palazuelos.

—¡Miranda! ¡Qué grata sorpresa!

—¿Estás ocupado?

—No lo estoy, pero si lo estuviera ya lo habría mandado todo al cuerno.

Un embajador debe estar siempre disponible. Me parece mentira, por fin algo real: tu voz.

—Lo que te escribo también lo es.

—Nunca lo he dudado. Miranda...

—Dime.

—Solo quería que escucharas cómo pronuncio tu nombre. ¿Podrías decir el mío?

—Alejandro. —Se sintió algo idiota, pero volvió a repetirlo—. Gracias Alejandro.

—Mañana no puedo ir, es lunes, pero el miércoles estoy ahí.

—Ni se te ocurra...

—Miranda, esto es absurdo. Tienes cincuenta años y yo algunos más, Somos de esas personas que lucimos muescas en la culata del revólver. Déjame ir a verte. Prometo ser impecable en mi comportamiento. No niegues que hemos pasado lo peor y nos espera lo mejor.

—Estoy disfrutando con esto, lo confieso. Me he enganchado a tus mails, pero... tú sabes, no me siento con ganas de complicarme la vida.

—¡La vida! Si no hablamos de otra cosa que no sea el pasado o los sueños de futuro...

—Hay que echarle una mano al presente, ¿no ves que sopla viento a favor?

—¡Me divierte tu insistencia!

—No me rindo fácilmente, Miranda, así que...

La conversación se fue estirando a medida que los minutos pasaban. Ambos paladeaban las palabras del otro, pero ella, disfrazando su miedo como un juego, resistiéndose. No quería renunciar. Intuía que la realidad resultaría demoledora para aquella comfortable fantasía. Más temprano que tarde se vería obligada a contarle toda la verdad de su amigo, su vergüenza, su dolor y la aniquiladora humillación que no había podido confesar a nadie desde que William se fue. Durante casi una hora, prolongaron la iniciada costumbre de entregarse pequeñas parcelas de su cotidianidad. Entre los restos de la voz de aquel hombre había algo tentador, mullido y esponjoso, cómodo y común. Sin embargo, no cedió.

Antes de acostarse miró si sus hijos estaban en la cama. Había cogido la costumbre de vigilar la hora que le marcaba la actividad del wásap y a veces les mandaba un «buenas noches», o un «a la cama».

Vivir en una ciudad como Algorta, tan cómoda, tan habituada a ser ella misma, tenía sus pros y sus contras. Era muy buena para criar a los hijos, para no perderlos, para enseñarles que hay que guardar las fiestas, visitar a los abuelos e ir a comprar el pan a primera hora para desayunar como Dios manda, pero no era el sitio ideal para vivir amores de incendio. A la gente del norte, reservada y discreta, se le inclinaba, casi siempre, la balanza hacia lo eterno.

Cuando apareció el escocés algunos de sus amigos le advirtieron, con rubor y esfuerzo, que era un hombre que no le convenía, que aquella vida contenía demasiadas improvisaciones; otros se alejaron de ellos porque la pasión que se les escapaba en cada gesto que hacían les contaminaba. Pero ella había puesto su empeño en la atolondrada eternidad y estaba dispuesta a enfrentarse a lo que fuera.

Los hijos crecían, y a veces, cuando se ponía empeño como ella lo había hecho, se entregaban a lo que tenían que entregarse; a la vida. Durante mucho tiempo se había sentido obsesionada por el pequeño periodo en que los había abandonado. Ahora Álvaro y Leire volverían a la casa de su infancia. Los

hermanos iban a vivir juntos y eso le hacía feliz. Su hijo no tardaría en encontrar algo en Perth, la ciudad de Australia donde trabajaba su novia. Quería ahorrar dinero. Miranda le había ofrecido su antigua habitación y Leire, que no se sentía muy a gusto en casa de su padre, se apuntó al proyecto de reunirse con su hermano en la casa familiar. El teléfono le mostró que sus hijos dormían. Suspiró y se deslizó bajo las sábanas; tenía la tentación de soñar con la voz del abogado.

Al día siguiente, y a la hora del desayuno, las noticias no se hicieron esperar.

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))  
Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))  
Sin asunto  
14 de mayo

Mi fascinante taurina:

En los ensayos de mi pensador, concretamente en el capítulo XXVII que dedica a la «amistad», y pensando en ti y en este intercambio de pareceres, he encontrado un inspirador párrafo. No cederé a la tentación de comentar nuestra conversación telefónica.

*Lo que ordinariamente llamamos amigos y amistad no son más que uniones y familiaridades trabadas merced a algún interés, o merced al acaso, por medio de los cuales nuestras almas se relacionan entre sí. En la amistad de que yo hablo, las almas se enlazan y confunden una con otra por modo tan íntimo, que se borra y no hay medio de reconocer la trama que las une...*

Hablar contigo me hizo olvidar el tiempo y el espacio. También espoleó mi deseo. Sea lo que sea lo que te retrae no será tan grande como lo ven tus ojos. Mi hija se despertaba gritando algunas noches; tenía una pesadilla en la que veía un monstruo. Recuerdo haberme sentado en su cama para buscar un consuelo que disipara su temor. Un día le pregunté por las dimensiones de aquel ser maligno y ella con sus bracitos abarcó toda la habitación. Se me hizo la luz: «Si es tan grande, ¿cómo ha podido entrar por la puerta o por la ventana?». Me miró con sus ojos redondos esperando la respuesta: «No será que lo has imaginado...».

Hace un calor inusual en Barcelona. Hay tanta humedad que no hay manera de mantenerse digno si no es al amparo del aire acondicionado o entretenido en pensamientos como estos.

Me gustó tu voz. Me gustaste tú.

No me rindo. Mi amigo Antonio Damas está prácticamente recuperado de su intervención e insiste en que vaya a visitarle antes de los rigores estivales. Soy un educado caballero, ¿cómo persistir en mi negativa sin ofenderlo?

Mientras escribo sigo envuelto en la consciencia del término «tiempo». ¿Qué haces en Navidad? ¿Y en verano?

Recíbeme por favor.

Alejandro

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Sin asunto

18 de mayo

Querido pensador:

A estas alturas te imagino como esos predicadores que conocen la página exacta de la biblia donde una frase se adapta como un guante a la desolación de su feligrés, propiciándole consuelo.

Para hablarte de lo que haré en Navidad necesito una noche fresca y un par de copas de vino. No tengo ni una cosa ni otra, pues también aquí, desde ayer, hace mucho calor y nunca bebo si sé que no voy a disfrutarlo; pero estás invitado a mi mesa. Como tu pensador, me encuentro a veces atribuyendo a los dioses la capacidad de mover los hilos de mi vida hasta hacerlos coincidir con seres que se parecen a mí.

Tu hija tuvo la suerte de tenerte como padre. Casi me haces llorar. Sé que te debo una larga explicación sobre mi relación con William, tu amigo; procuraré ser imparcial para dejar en manos de Dios su condena. Confieso que me mortifica no haber podido contar, ni a ti ni a nadie, el poder que permití que tuviera ese hombre sobre mí, que es el motivo de que no me atreva a abrirme a ningún ser que tenga solo dos patas. Zuri y Nazareno podrían contarte mi vida. Lo saben todo de mí. Una curiosidad... ¿Dedica Montaigne algún apartado a la relación con los animales?

Quizás, ahora que lo pienso, tener la certeza de no querer conocerte, ni pensar si roncarás, bostezarás haciendo ruido o te hurgarás la nariz, me otorga un dulce bienestar y por ello descorro la cortina de mi pasado. Espero que no quieras existir fuera de esta realidad virtual que no traspasa la vida y que es tan estupenda para no complicársela, porque voy a hablarte de algo importante.

Yo no supe que William iba a ser «inolvidable» cuando le conocí, ni que hoy, mientras escucho mugir a los toros en la dehesa salmantina, iba a escribir la palabra «inolvidable» unida a su nombre, entrecomillada para dirigírsela a alguien al que le hago, en parte por su culpa, misteriosamente rehén de mis confidencias.

Permíteme que aplace el momento de desanudar lo que sobrevuela el aire de nuestra correspondencia, es decir, mi «mal de William», una enfermedad que dejó su imborrable huella y me abandono demediada en el más estricto sentido de la palabra. Te daría el diagnóstico, pero mis dedos se niegan a teclear la nomenclatura de algunas palabras. Déjame que, a cambio de mi

silencio al respecto, te hablé, precisamente, de lo que tú nombras en boca de Montaigne y que ha ido salpicando nuestras líneas: la intimidad.

Delicada, intangible, placentera y tremendamente escasa en el reino de los amores eternos... Para experimentarla es preciso cruzar todas las barreras que levantamos en nuestras relaciones. Fundir la piel en un abrazo, tocar el alma, compartir lo secreto que hay en nosotros, morir y vivir en el interior del otro... Se parece al amor, pero está más allá de él; quien alcanza sus límites ya no podrá regresar. Porque cuando eso sucede el olvido de la piel que nos abrazó, nos escuchó o depositó la palabra perfecta para poner bálsamo sobre la herida o luz sobre la oscuridad no es posible, aunque nos empeñemos. Cualquier evocación despierta los demonios de la frustración abisal de no poseer eternamente ese milagro. Experimentar la intimidad es una condena. ¿Cómo se hace para olvidar lo que permanece aferrado a alguien?

Yo habité ese territorio con William durante un tiempo. La consciencia de ello me hizo otra, me cambió la vida. Confié en él con la ceguera que uno debe tener para experimentarla y no fui capaz de mantener, al mismo tiempo que aquella emoción, el timón de mi vida. Él me traicionó de todas las maneras que puedas imaginar. Cuando necesité alejarlo de mi alma, con el único fin de sobrevivir y queriendo al mismo tiempo conservar lo vivido, me resultó imposible. Naufragué. Me habían cortado las alas.

No sabes cuánto siento que me encuentres vencida, Alejandro; das el perfil de ser un hombre estupendo, de esos que una mujer como yo necesita que residan a su lado, pero yo soy como Nazareno, no puedo olvidar el combate que mantuvimos y del que él huyó castigándome. Mi Nazareno renquea con una de sus patas traseras, cabecea confuso con su cuerno roto y yo desconfío sin saber a ciencia cierta cómo acercarme a alguien sin la cota de malla envolviendo mi alma. Salí de su abrazo. Salvé mi riego sanguíneo de aquella existencia compartida y aquí estoy, con el lado que me unió a él cicatrizado, casi diría necrosado, sin que pueda someterlo a la vista de los demás. Como una cirugía mal hecha, una quemadura con injertos. Oculto mi historia con una pudorosa vergüenza que hoy estoy venciendo.

Me dices que el paquete te parece un perdón. Quizás lo sea, pero creo que, en estas delicadas materias, a menudo, nos equivocamos. Tardé mucho tiempo en comprender que tengo que perdonarme a mí misma, y lo que intuyo es que él quiere ser perdonado. No lo haré. No le facilitaré el camino.

Me has devuelto a William... Te ha elegido a ti, quizás para que la consciencia de mi vida amorosa no viaje atada a su cintura. Y ¿ahora qué? Puedes acaso devolverme la luna...

Son las tres de la mañana y sigo aquí, alborotando un pasado «inolvidable».

Miranda

## 7

### Mientras te busco

«Prefiero un vicio tolerante a una virtud obstinada».  
MOLIÈRE

Los días posteriores a la llamada telefónica de Miranda, Alejandro Velasco anduvo algo distraído. Lourdes tuvo que recordarle sus citas varias veces y extravió un expediente camino de los juzgados. Lo atribuyó a su falta de sueño, a la alteración de su disciplinada rutina, pero en realidad sabía que se trataba de otra cosa, quizás a que no acababa de hacer lugar a la percepción interior que le ensanchaba el pecho y que se parecía a la pertenencia.

A medida que la correspondencia se intensificaba, las confianzas crecían y ambos sobrepasaban la invisible barrera de la cortesía. Había leído el último mail tantas veces que hubiera podido recitar algún párrafo de memoria. Lo que destilaba su batalla por sobrevivir le estimulaba y algo dentro de él gritaba que mandara a paseo lealtades y éticas y que se lanzara a por ello.

La curiosidad de saber lo que había sucedido entre William y ella era una frontera que deseaba traspasar. Fuera lo que fuese la había herido de tal manera que la dejaba temerosa y débil, casi incapacitada para acomodarse a otro abrazo.

Fantaseó con un viaje relámpago. La sorpresa era un elemento a su favor pues la encontraría con la guardia bajada. Compraría unas botellas de buen vino, una caja de bombones de la pastelería Mauri y se plantaría frente a ella con el puñetero encargo de William y su deseo de atravesar la virtualidad de aquella correspondencia. Podía llevar el estandarte de un caballero. No todos los hombres eran iguales, algunos se esforzaban para que la educación y la belleza derrotaran a la estupidez.

Sentía cercano a Nazareno, y hasta lo veía recortado en el horizonte castellano como una efigie de astado demediado. Se había sorprendido a sí mismo mirando con ternura a los perros labradores que salían al atardecer a mear los arbolitos de su calle, y hasta había echado una ojeada a la página de rutas de Michelin para comprobar las carreteras adecuadas que conducían al El Cielo Azul. Todo lo que de forma espontánea habían vertido en la soledad de sus mensajes había sido inoculado en su corriente sanguínea y nada de lo concerniente a la amiga de William le resultaba ajeno. La misma voz de aquella mujer se le había quedado prendida, alojada en el subconsciente, susurrándole, y el misterioso entusiasmo de la caza se había despertado proporcionándole un inagotable caudal de fantasías. Iba a ir... «Me saltaré sus recomendaciones». «No. Debo respetar sus deseos».

Miró su móvil. Tenía cuatro mensajes de Neus. Él sabía la razón. Era jueves. Un amigo común les había invitado a la inauguración de una galería. A ella le gustaba mostrarse acompañada. Se sentó en una terraza de la Rambla de Cataluña y pidió una cerveza, luego se entretuvo en evaluar si era oportuno responderle. El primer mensaje era meloso y dulzón, el segundo algo más seco y a este le seguía otro enviado diez minutos después en el que se mostraba digna y resolutiva, para terminar con un cuarto en el que rozaba la falta de respeto. Alejandro detestaba que se pasaran determinadas fronteras, pero comprendía que la falta de claridad y compromiso en las relaciones estimulaba aquellas actitudes de agravio. La inmediatez de la tecnología no había hecho sino empeorar los conflictos. Pero él no era William ni escribía historias de conquistadores.

Después de darle un buen trago a su cerveza la llamó.

—Neus, siento no haberte respondido, estoy con mucho trabajo —mintió con desparpajo.

—¿Te parece bien recogerme a las siete? —respondió a su manera, sin concesiones posibles.

El abogado sonrió. Ambos eran unos profesionales de la disuasión y ya no podía enderezarse la relación. Estaban instalados en un terreno minado que saltaría por los aires sin remedio.

—No voy a poder acompañarte.

—Dime una cosa Alejandro... ¿Crees que estás haciendo las cosas bien?

Mientras pensaba una respuesta que neutralizara el conflicto que sobrevolaba su cabeza Neus finalizó la llamada.

No se inmutó. No le afectó la brusquedad de su amante. Siguió disfrutando de la cerveza y pensó en «su hostelera». Nunca le había resultado difícil acometer sus conquistas, que abordaba de la forma más sincera que le era posible. No demostraba un especial empeño, ni había desarrollado habilidad en el manejo de las armas seductoras, pero conseguía llegar a sus objetivos. Así había sido siempre.

La historia de su vida amorosa y sexual estaba dividida en tres etapas; la primera había estado marcada por la natural avidez que el hombre joven siente por descubrir el mundo femenino. Disfrutaba en sus encuentros con mujeres como quien viaja por países cuya morfología y costumbres necesitara conocer. Probaba sabores, acariciaba pieles que respondían de diferentes maneras y se enriquecía con ello. Luego llegaron las percepciones que iban más allá del goce: la ansiada pertenencia, la complicidad, la pasión, la intimidad o el sosiego de la compañera.

Se había casado muy joven con una novia de aquellas con las que se compartía domingo, padres, aperitivo y futuro. Apenas tenía recuerdos de aquel predecible trámite que duró apenas ocho meses. Silvia había sido una página escrita de antemano. Era la mujer más hermosa que había visto y creyó que su delicada belleza forzosamente debía esconder secretos de profunda sutileza. No fue así. A ella no le interesaba nada, o casi nada, y en su cerebro parecía que no pudieran darse las conexiones neuronales necesarias para crear el entramado de un mundo común. Estaba viva de casualidad y la simplicidad de sus días llegó a parecerle alarmante. Ambos se fueron olvidando con la dulzura que da la resignación y sus abrazos fueron sustituidos por otros. Luego hubo algún conato de amor eterno, amores de verano y muchas amigas.

Mariana, su mujer, había llegado algunos años después: hermosa, temperamental, tierna y cómplice, justo cuando la vida de soltería empezaba a parecerle agotadora. Hicieron algunos viajes, disfrutaron, buscaron, hasta que decidieron irse a vivir juntos. La forma en que ella construyó un hogar en aquel piso donde parecía que el frío se colaba por todos los rincones hizo que

deseara eternizar su presencia. Un par de años conviviendo fueron suficientes para decidir que era mejor casarse antes de que llegara la pequeña Elena.

De vez en cuando seguía cerrando los ojos entregándose a aquel tiempo en que todo parecía en su lugar. Quizás lo que compartieron no se pareciera a la intimidad que evocaba Miranda, pero cuando miraba atrás le parecía que nunca su vida había sido tan auténtica como cuando la compartió con ella. Le ataba a ese amor el recuerdo de una lealtad a la que jamás había tenido la tentación de traicionar. No es que siguiera enamorado de su exmujer, sino que lo vivido le mantenía unido a aquel amor como la póliza de un seguro de vida que se paga para seguir abonado a la esperanza de sobrevivir a salvo y conservando el patrimonio.

Tras la muerte de su hija, el mundo se había tornado un poliedro de aristas que cortaban y arañaban. Levantarse cada mañana dolía, la alegría hacía daño y la tristeza ahogaba. Mariana se culpaba a sí misma, desgarrándose frente a sus ojos, deshaciéndose en argumentos que evocaba como un bucle al levantarse, a la hora de comer, al atardecer o en una pesadilla en medio de la noche. De nada servía su impotente cuidado, los ansiolíticos, las distracciones o la ternura. Su mujer ya no estaba allí, quería morirse y él no llegaba al lugar de su desesperación por mucho que lo intentara.

La niña estaba con ellos el aciago día. Habían ido a la casa de Carlos y Anna en Ampurias para pasar el fin de semana y compartir dos días de verano. El pequeño Pau y Elena se quedaron en la piscina bajo la mirada de sus madres mientras Carlos y él iban al pueblo a buscar un par de pollos asados. Los niños jugaban en el jardín. Mariana había sido una madre excepcional, intentaba que su hija fuera autónoma a un ritmo pausado y envuelto en cariño. La había llevado a cursos de inmersión en el agua desde que era un bebé, sabía flotar, pataleaba y se defendía en el agua. Buceaba como un pez, decidida y sin temor alguno. No obstante, los niños tenían prohibido acercarse a la piscina sin que los adultos estuvieran presentes. Nadie vio a Elena caer. Nadie oyó nada. Prepararon la mesa, calentaron el pan... «Apenas fueron unos minutos...», repetía Mariana meciéndose desesperada. Cuando Pau fue corriendo a decirles que Elena se ahogaba fue imposible reanimarla.

Lo que siguió a aquella tarde de domingo estaba encerrado en unos departamentos estancos que su psique construyó para sobrevivir a la muerte de su niña. Su mujer se dejó caer, resbalándose, deslizándose por el precipicio de su dolor de una manera inevitable. Él, ocupado en que su caída no fuera mortal, fue recogiénola y aplazando sus propios abismos. Se fue rompiendo en etapas, a trocitos, a días alternos a lo largo de los años, sin encontrar la ocasión de morirse del todo. Y ahora al otro lado de aquella correspondencia encontraba una mujer que poseía el don de la escucha.

La marea de culpa no dejó de crecer durante años y a nadie se le escapó que aquel dolor terminaría por anegarlo todo. Los años de cruel soledad en compañía de una esposa que se había escapado tras la estela de la niña le dejaron un sabor a derrota que había tratado de olvidar de todas las maneras posibles, incluyendo una etapa en la que se bebió las madrugadas y hasta el agua de los floreros. La desesperación busca siempre un camino para hacerse notar.

Tras el divorcio vivió escauceos amorosos desiguales, imprevistos y sin relieve. Su corazón se había congelado. No latía ni se aceleraba cuando entraba en contacto con otras mujeres. Se tiraba con red a los abrazos y lo sabía. En realidad, prefería la soledad en la que había cogido postura, aunque su casa se hubiera vuelto fría. Quizás, con su falta de complejidad, Neus había sido, hasta aquel momento, su mejor opción. A su lado se sentía parcialmente liberado del sueño del amor, conforme con recibir placer, compañía y algo de ternura, al menos hasta que Miranda había hecho acto de presencia deslizando su intimidad, sus contradicciones, y despertando un avispero. Sabía que compartir la vida era, definitivamente, su destino, y la vida tenía los gozosos caprichos del pensamiento y la reflexión. La viagra había solucionado una parcela de los problemas del hombre maduro, pero él se resistía a la mediocridad que se aceptaba en las relaciones sin cuestionarse la verdadera naturaleza de ellas: la soledad. Quería más.

El viernes, al salir del despacho, y siguiendo un impulso, entró en una floristería y le envió a Miranda un ramo de rosas blancas. Había sentido la necesidad de expresar algo inexpresable, detener un río con vocación de

torrente, pero cuando la dependienta le dio una tarjeta para que escribiera un texto que acompañara al ramo, lo rechazó. No quería decir tonterías y le pareció preferible que ella interpretara el gesto como quisiera.

El pitido anunciando que había correo en su bandeja de entrada le pilló en la casa familiar de Sitges, a donde había escapado para alejarse de Barcelona. Era el cumpleaños de su hermana y el jardín estaba repleto de jóvenes, niños y amigos. Al sentir en su bolsillo la vibración del teléfono se fue a una esquina y después de ponerse las gafas sintió que se le desbocaba el corazón mientras esperaba que se abriera el mensaje. Antes de finalizar su lectura, fue reclamado para el momento estelar de soplar las velas. Apagó el teléfono y volvió a la fiesta.

Le costó continuar la velada resbalándose por la superficie de aquellas triviales conversaciones. Llevaba algo clavado, como si un trozo de cristal o una astilla se hubiera quedado anidada entre sus sutiles esperanzas. No resultaba fácil ser uno, dos y hasta siete personas a la vez, y aunque tenía pericia en el manejo de los secretos, la textura de la espera le hizo retirarse antes de lo previsto.

—Me tengo que ir, Lidia. Había olvidado que mañana debía entregar unos papeles en la asociación antes de las nueve. La entrada a Barcelona se va a poner imposible.

—Tío, quédate, nos vamos a bañar... —le tentaba el pequeño de sus sobrinos.

—Otro día.

—Espera, llévate un táper de croquetas, han sobrado una barbaridad.

—No, déjalo.

—Que sí, que es un minuto.

Condujo bajo el narcótico efecto de las precisas y preciosas palabras de Miranda. Finalmente, en su mensaje le había hablado de William mostrando una consciencia desgarradoramente lúcida. Lo había leído y releído dentro del coche. Se sintió casi celoso de su amigo, poseedor de un tesoro que él

buscaba desde que tenía memoria. «Me has devuelto a William... Te ha elegido a ti, quizás para que la consciencia de mi vida amorosa no viaje atada a su cintura... Y ¿ahora qué?», le preguntaba ella.

Una de las cosas que más detestaba de su profesión era aquel inevitable momento en el que aparecía un amigo, con su cinismo dolorido, a pedirle que tramitara su divorcio. Al irse, y después de haberle escuchado, notaba que le había dejado sobre la mesa la fetidez de su historia, frecuentemente carente de verdad y repleta de cobardía. Debido a la incomodidad que le producían las rupturas, hacía años que derivaba aquellos clientes a otros colegas. No soportaba sumergirse en la pegajosa desesperanza y frustración que exhalaban los viejos amantes. El amor casi siempre terminaba y excepcionalmente se mantenía una conexión indisoluble cuando la complicidad era grande o había hijos. Y... ¿Ahora qué?

Necesitaba saber la forma de los ojos de su compañera, su sonrisa; poder comprobar cómo movía las manos o se turbaba. Le urgía verla caminar descargando el peso de sus caderas a su paso, tocar su pelo, sobre todo su pelo... ¿De qué color era? ¿Y sus ojos? La lealtad, o el cumplimiento de su deber, iba desdibujándose y le crecían alas a medida que la soñaba. ¡Al demonio, William! Como le había sugerido ella, podía estar siendo utilizado por el escritor para reconquistarla, admitió. Desechó la idea. La figura de su amigo se había convertido en una sombra oscura que sobrevolaba sus reflexiones, pero el hombre cabal que siempre le acompañaba mantenía a raya la tentación de condenarle antes de haberle escuchado.

Una pizca de desagrado le recorrió la espina dorsal cuando leyó «inolvidable», alojando a su amigo junto a aquella codiciada condición. Miranda evocaba el descubrimiento de la intimidad, aquella piedra preciosa de la pareja, y le concernía el goce de la fusión a un hombre que quizás no hubiera hecho buen uso de aquel regalo. Era obvio que había sido abandonada, pero había algo más. No pudo evitar sentir el impacto del golpe en su estómago mezclándose con una amarga envidia por William. Una brasa de ira se posó en su interior incomodándole; tenía que encontrar al escocés costara lo que costase.

Por la mañana descubrió con alivio que en su correo había un escueto mensaje del escritor Peter Morcks, el autor que compartía agente literario con

William: Arthur Lloyd se pondría en contacto con él. Se mantuvo voluntariamente ocupado y dejó pasar los días llenándolos de una frenética actividad que le barría la urgente tentación de escribir a Miranda. No era conveniente construir la casa en un predio ajeno.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Sin asunto

23 de mayo

Estimado Alejandro:

Recibí tus rosas el sábado por la mañana. Gracias.

Cuando vi la camioneta de reparto de una conocida y amiga floristería pensé que era el cumpleaños de alguno de mis huéspedes, por eso, al escuchar mi nombre, me sorprendí. Después de ponerlas junto a mi mesa abrí el ordenador y te busqué. No estabas.

Recordé un reportaje sobre la física cuántica al que presté mucha atención y que, por supuesto, no entendí. Decía que en una habitación solo podemos sintonizar una frecuencia de radio, pero que el hecho de que oigamos únicamente una no quiere decir que todas las frecuencias no estén a nuestro alrededor emitiendo sus programas... La virtualidad me muestra que mis emociones viajan como las tuyas, y aunque no haya visto tus ojos, ni tú los míos, tu silencio me cuenta que mi último mensaje hizo que se cayera la cristalería que guardábamos para Navidad... Las partículas y los átomos de este mundo extraño y magnífico viajan por mi habitación hablándome de ti.

¿Las flores eran la despedida de un caballero?

Miranda

A pesar de haberse prometido distanciarse paulatinamente de Neus, cuando recibió su llamada el miércoles, cedió a la sutilidad de su voz espesa, envolvente, cálida, y aceptó sin resistencia la invitación a pasar la noche con ella.

—Siento haberte colgado el teléfono. No estuvo bien.

—Olvidalo.

—¿Cenamos?

—Yo me ocupo.

Eligió para el encuentro un restaurante pequeño que poseía, además de una buena cocina, una terraza interior con buganvillas reventonas y macetas de menta. La primavera olía casi a verano y ella llevaba un vestido blanco

que se amoldaba a su silueta como un viejo amigo. La cena se deslizó casi alegre, como si no guardaran propósitos que incumbieran a ambos, pero al llegar a los postres la mano de Neus sorteó con agilidad sorprendente un hojaldre de arándanos hasta llegar a la de su *partenaire*.

—Quiero programar el verano, Alejandro. El mes de agosto lo reservo para Quim y Anna, mis hijos, pero en julio me gustaría que pasáramos unos días juntos. ¿Croacia quizás? ¿Unos días en Cerdeña?

Tenía la mirada puesta en la buganvilla. Se agarraba a ella mientras a lo lejos, allá en la realidad, su pareja esquivaba con arte su rechazo nombrando lugares donde las guías turísticas prometían paz, descanso y dulce y domada belleza.

—No sé. Pero lo pensaré.

Mientras caminaban enlazados, Alejandro pensaba en Salamanca, en Ciudad Rodrigo y en la finca Campocerrado. Había inspeccionado los transportes, las distancias existentes entre Barcelona y Ciudad Rodrigo. Mientras lo hacía no se sustrajo a las fantasías. ¿Tendría un cuerpo tan hermoso como el de la mujer que caminaba a su lado? ¿Sentiría la misma cadencia en el vaivén de su cadera cuando reposara la mano en su cintura?

Su ganadera no iba desencaminada al evocar la física cuántica; al enfilear la calle Mandri y a punto de alcanzar la casa de Neus, a Alejandro le dio por pensar que también ella podía actuar como él. ¿Por qué no? También podría aparecer a la vuelta de una esquina a confesarle que escuchaba sus pensamientos y que estaba desperdiciando una noche hermosa. Miró a su alrededor. Una pareja avanzaba hacia ellos. Sin pensar en lo que hacía se paró en seco y le arrebató de las manos a su acompañante las llaves que acababa de sacar de su bolso. Abrió con destreza la puerta, se introdujo con premura en el portal y se quedó allí agazapado, esperando.

—¿Qué te sucede? —Neus miraba a su alrededor buscando la causa de aquella repentina huida—. Creí que iban a atracarnos... Me has asustado.

«Me estoy volviendo loco», pensó.

El jueves, mientras terminaba de redactar un alegato, recibió una llamada. No acostumbraba a atender el teléfono cuando trabajaba en algo que requería

concentración. Mucho menos si la pantallita indicaba que procedía de un número oculto o desconocido, pero la interminable cadena numérica que apareció en su terminal llamó su atención; identificó el prefijo de una llamada internacional procedente de Inglaterra. Descolgó impaciente.

—¿Diga?

—Al habla Arthur Lloyd, ¿es usted el señor Velasco?

—Sí, yo soy. Gracias por llamar señor Lloyd, esperaba su llamada.

—Me dijeron que necesitaba hablar conmigo por algo relacionado con mi representado William Urquhart... Usted dirá.

—Voy a ponerle en antecedentes. —Se levantó de la mesa y comenzó a pasear por el despacho sorteando los muebles—. Mi amigo y cliente, el señor Urquhart, a quien usted representa en su actividad literaria, se puso recientemente en contacto conmigo para encomendarme la entrega de un objeto. —Tomó aire y dejó un espacio de tiempo para que el señor Lloyd se situara—. Pero olvidó incluir su nueva dirección, creo que es en Francia porque de ahí procede el paquete. —Al otro lado hubo un sonido gutural que indicaba que su interlocutor seguía el hilo de la trama—. Me he encontrado con algún contratiempo, los teléfonos que poseo de él no están operativos y en la casa familiar nadie responde. Necesito intercambiar con él algunas impresiones para tomar una decisión. ¿Comprende?

Un leve carraspeó invitaba a creer que el misterioso Lloyd iba a comenzar a hablar; sin embargo, el silencio se prolongó. Alejandro hablaba un inglés fluido con buen acento. Su padre había tenido una verdadera obsesión por el conocimiento de las lenguas y había educado a sus hijos en el manejo de varios idiomas, causa que había propiciado el ya lejano encuentro con William. Se sentía especialmente orgulloso de ello, por eso dudaba que el silencio se debiera a un problema de comprensión.

—Señor Lloyd... ¿está usted ahí?

—¡Oh, sí, discúlpeme! Estaba reflexionando sobre lo que me ha dicho. Verá, señor Velasco... ¿Hace mucho tiempo que le envió el paquete?

—Creo que fue a mediados del pasado mes de abril.

—Y... ¿desde cuándo no ve usted a William?

—Quizás cuatro años.

—Comprendo. —Al otro lado el agente hacía otra de sus pausas—. La vida de William ha cambiado mucho en los últimos tiempos y —prosiguió con parsimonia— usted comprenderá que no pueda ponerle al corriente de su paradero sin su autorización. Efectivamente hace unos años él y su familia se trasladaron a Francia y solo durante las vacaciones vuelven a Edimburgo. —Hizo otra pausa—. Si me lo permite, esta misma mañana trataré de hablar con él y de acuerdo a lo que decida le volveré a llamar o bien será él mismo quien contacte con usted. ¿Le parece a usted bien?

—Tiene que parecerme, me temo... —cortó el abogado con ironía. Las pausas y una impaciencia que había esquivado durante días le incomodaban—. ¿Le sucede algo a William? —preguntó con una cierta alarma.

Por alguna peregrina razón imaginó a su amigo en una cárcel de algún país extranjero acusado de falta de lealtad a algún compromiso adquirido con una mujer.

—Le transmitiré su necesidad de comunicarse. —El inglés desvió sus sospechas con la flema que había hecho famosos a sus compatriotas.

—Le ruego le transmita —dijo tratando de que su voz contuviera la autoridad suficiente—, que no puedo hacerlo yo, que el paquete que me envié ha sido rechazado y es inaplazable tomar una decisión. Debo añadir —prosiguió evitando darle la oportunidad de responder— que no me será posible cumplir su encargo si él, personal o telefónicamente, no contacta conmigo como me prometió en su nota.

—De acuerdo. William le hablará tan pronto como pueda, digamos... que está en un periodo complicado de su vida.

—William siempre se complica la vida.

—Señor Velasco, volveremos a contactar. Que tenga un buen día.

El mal humor que le produjo el blindaje del agente le duró prácticamente toda la jornada. Se sintió maltratado por aquel petulante que ignoraba, y lo que era peor, no le interesaba averiguar, la relación que les unía. Y ni siquiera le había dado una pista de qué clase de complicación envolvía la vida del escocés.

Escuchó el motor de una máquina que machaconamente perforaba el asfalto bajo su ventana y le impedía concentrarse. El teléfono no dejaba de sonar y Lourdes, su eficiente e indispensable secretaria, no estaba en su

puesto porque tenía cita con el dentista. Para completar la jornada, cuando salió a comer le pareció que hacía mucho calor y que Barcelona había conseguido, como París o Venecia, convertirse en un parque temático donde caminar era entregarse a una lucha a brazo partido con los atontados turistas que miraban hacia su móvil o hacia los edificios. No encontró alivio para aquella irritabilidad hasta terminar el día y llegar a su casa.

Después de una ducha, se encaminó a la cocina y recogió la bandeja que Gloria le dejaba preparada los días que iba a su casa. Frente a la televisión trató de concentrarse en las noticias. Había sido un hombre con inquietudes, consciente e interesado por la actividad política y social. Con el tiempo la decepción había ido conquistándole, limitándose a sus pequeñas y conocidas parcelas, dejando de interesarse por las inercias que los políticos empujaban para desviar al ciudadano de su innecesaria intervención. Comprendía los movimientos ciudadanos de los jóvenes que se revelaban ante la corrupción del sistema, y no entendía cómo los electos se mantenían pasivos perpetuando errores, pero creía en la ley y en los límites que esta ponía a algunos iluminados y no se dejaba conquistar por el nuevo marketing político. Tras el bloque deportivo apagó la televisión y llevó la bandeja a la cocina. Abrió los armarios buscando algo dulce y encontró una caja de chocolates que miró con aprehensión; acostumbraba a comprar cajas de bombones en los pequeños trayectos, cuando paraba en las gasolineras o en algún pueblo pintoresco. Los miró rebuscando la fecha de caducidad. ¿Dónde había adquirido aquellos? Eran franceses y desconocidos para un experto en chocolate como lo era él. De pronto le vino a la cabeza una imagen; Amir, uno de aquellos chicos de Mali, se la había traído cuando, un par de meses atrás, volvió para agradecerle unas gestiones. La dejó sobre la encimera y se dispuso a prepararse una copa; abrió el congelador, cogió unos hielos que depositó en un vaso alto, pasó la corteza de limón por el canto y se sirvió un generoso chorro de ginebra, luego añadió la tónica y revolvió con el mango del tenedor que había utilizado. Cuando probó el combinado hizo un gesto de satisfacción y volvió a darle un trago, esta vez largo. Con el *gin- tonic* en la mano se encaminó a la mesa donde reposaba su ordenador, se deshizo de papeles y un par de libros disponiendo el espacio con liturgia; quizás Miranda estuviera haciendo lo mismo que él.

Siempre le había ocurrido. Desdoblaba su pensamiento e imaginaba lo que hacía la persona en quien pensaba, aunque estuviera en otro lugar del planeta. Lo visualizaba cuando en la televisión un corresponsal retransmitía lo que estaba sucediendo y la pantalla se partía con dos proyecciones. Imaginó a Miranda sentada frente a un ordenador situado en una recepción de hotel desde el que pudiera vigilar la puerta por la que podía aparecer uno de sus huéspedes. ¿Cómo sería? Profunda e inconscientemente, iba por la vida esperando encontrarse de bruces con alguien para compartir la dicha, buscarla era una tarea demasiado infinita para su escepticismo.

Un hormigueo benefactor fue recorriendo su ánimo hasta devolverle su carácter afable. La bebida estaba fría, amarga y entraba bien. Su delicado e indestructible vínculo con la amiga de William poseía un adictivo encanto, pero no bastaba. Necesitaba hacer real a la remitente de su disfrazada soledad. No quería echarse en brazos de alguien que no acababa de materializarse, ni obviar el sentido del humor irónico e inteligente, que había sobrevolado la correspondencia entre ambos. Tecleó las primeras letras de la dirección de Miranda, el ordenador ya conocía el resto. Puso la fecha y volvió a beber un sorbo.

—Vamos allá...

Sabía que no debía nombrar a William hasta que pudiera localizarlo, menos aún si, como sospechaba, estaba entre rejas.

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Sin asunto

3 de junio. 22.15 h.

Mi prudente amistad:

Las flores son la mejor manera que encontré de meterme en tu casa y sentir que tus ojos las miran, tus manos las tocan y tu nariz las huele... Hemos llegado al mes de junio, superamos mi prudencia y tu rechazo y aquí seguimos.

Como tú, tampoco sé nada de física cuántica, pero comprendo el concepto que encierra esa habitación repleta de señales que describes. A veces uno parece caminar del brazo de quien se anhela, pero yo, algo más pragmático imagino que solo es el puñetero deseo proyectándose sobre la pantalla de nuestro aburrimiento. De cualquier modo, creo, mi querida amiga, que se impone

un encuentro. De otro modo, también nosotros empezaremos a encontrar moradores de otros planetas o señales que marcarán nuestros días si no nos miramos a la cara.

Me incomoda y se me hace complicado escribirte sin saber tus hábitos: lo que acostumbras a hacer al atardecer o en qué momento lees lo que te escribo. Me mata la necesidad de saber el color de tu pelo, si tus ojos son oscuros o claros... Sé sincera, ¿me hablarías igual si te dijera que soy tuerto, mido metro veinte y tengo halitosis? ¿Sería yo tan insistente si te pensara metiéndote el dedo en la nariz, con calvicie o caminando como un pato?

La causa inicial de nuestro no-encuentro ha sido voluntariamente desplazada, por ello te ruego que recapacites. Yo sí quiero verte, hablar contigo. Esto se ha vuelto una cosa nuestra, ya no le necesitamos.

Recorro el frágil territorio de tu desconfianza, te comprendo y quizás pueda entender tu dolor, pero entenderás que me desespera no poder acompañar tu desconsuelo. ¿Qué demonios estamos haciendo? Comienzo a estar furioso. El paso del tiempo siempre me desequilibra; a veces transcurre desesperadamente lento y otras se esfuma sin poder atraparlo.

Voy a ir a la cocina; me he olvidado de traer hasta aquí una caja de chocolates franceses que me regalaron hace no sé cuánto tiempo; olvidé advertirte que soy adicto al chocolate. Me tomaré uno, dos quizás, y después volveré. Si no encuentro respuesta cogeré el coche y atravesaré esta España inconclusa e irrumpiré en tu vida como si tuviera o hubiera adquirido un derecho a hacerlo.

Alejandro

Se levantó y fue en busca de los chocolates. Tenía ganas de hacerlo, pero se conocía y sabía que la prudencia y la cautela eran su segunda piel. Rellenó el vaso con un par de hielos y repitió la operación, esta vez revolviendo con uno de sus dedos. Durante la operación se comió un par de bombones. Le parecieron un asco, pero se llevó la caja a su mesa.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Sin asunto

3 de junio. 22.37 h.

Recapacitaré, te lo prometo, pero no vengas.

Hace años fui a un curso de cocina que impartía un hombre muy curioso. A nuestra llegada nos vendó los ojos y nos sometió a la cata ciega de algunos productos. Al terminar, no nos pidió, como esperábamos, que le dijéramos si nos agradaba o repugnaba el sabor o la textura de lo que habíamos degustado. Solo quería que le habláramos de las emociones que habíamos sentido, que reconociéramos el temor previo al bocado, la relajación, la intensidad de la tensión que imponía el reto de ingerir algo desconocido o la vergüenza de rechazarlo. Quería saber si la desconfianza

pesaba más que el deseo o si este anulaba el instinto. Quería saber de nosotros más de lo que estábamos dispuestos a contar.

Creo que quiero una cata a ciegas de ti. Imagínate. Tengo el pelo castaño, es decir, color pelo, y los ojos color ojo, marrones tirando a pardos, algo gatunos. Mi cabello es abundante y no creo que la alopecia sea predecible. Llevó una melena hasta los hombros. Me lo recojo en una coleta o con un par de pasadores haciéndome un moño cuando cocino. No tengo halitosis, pero te conviene saber que los chinos, hace dos mil años, masticaban clavo de olor cuando iban a hablar con el emperador. Soy una mujer menuda y cadenciosa. De mis andares no pienso hablarte.

Aquí mis días son predecibles, aunque yo no lo sea. No me muevo mucho cuando hay huéspedes y, naturalmente, mi vida social es escasa. Los miércoles voy a Ciudad Rodrigo. A las once de la mañana, en una casa de más de cuatrocientos años, muy hermosa, que linda con la original propiedad de don Alonso de Jaque, protonotario y racionero de la Catedral de Salamanca, y que para que lo sepas la mandó construir en el siglo XVI junto a las murallas... Bueno, pues en esa casa tengo una actividad que no imaginas. Allí, diez mujeres nos dedicamos durante dos horas a algo que probablemente desconozcas y que se llama ikebana. La mezcla de la historia, las tradiciones milenarias y el destino de un puñado de inquietas y a veces inquietantes damiselas es sin duda lo mejor de mi semana. Los viernes suelo cenar en El Sur, un restaurante en Águeda, propiedad de Manuel, un buen amigo, donde algunos lugareños constreñidos por la paz rural charlamos y salimos de la rutina. El resto de los días cocino, monto a caballo, hago yoga, escucho música. A veces me escapo al cine y sueño que la fantasía me otorga ese maravilloso pasaporte al mundo de la ficción... Y todo eso mientras atiendo mi negocio y recojo la curiosidad de mis turistas.

Procede a catarme. Yo hace tiempo que te puse aspecto. También yo muero por un chocolate, siempre negro e intenso.

Tu prudente amistad.

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Sin asunto

3 de junio. Unos minutos después

Querida:

Me alegra que solo hayan sido tres chocolates. Son raros, quizás excesivamente dulces y atesoran extrañas melosidades que no sé si me repugnan o me agradan, pero cuando el vicio aprieta...

Se lo que es el ikebana, arte floral japonés. Curiosa esa actividad en Ciudad Rodrigo

¿Y cómo me imaginas?

Yo

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)  
Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)  
Sin asunto  
3 de junio. 23.04 h.

Mi amiga Yuki (su nombre significa valentía, coraje) se enamoró de un torero propietario de una ganadería y se quedó aquí. La vida es caprichosa.  
Te imagino como Serrat. Su nombre me sabe a yerba.  
Miranda

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)  
Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)  
Sin asunto  
3 de junio. 23.08 h

Podría decirte que soy clavadito a él, pero no te mentiré; sin embargo, nos parecemos: nacimos en la misma tierra, somos seductores, nos gusta la vida y escribimos palabras de amor.

Dame la dirección de Yuki y le envío una caja de bombones sin mermeladas infumables (he cometido el error de reincidir). Lo suyo me parece un excesivo coraje, incluso si lo que pretende es mantenerse en armonía con su nombre.

Yo, siento decirte, no tengo actividades tan exóticas. Trabajo de martes a viernes en el despacho y el lunes pongo mi tiempo a disposición de los que no pueden pagarse la orientación por la burocrática sociedad legalista y garantista que vivimos. Trabajo para una ONG que se ocupa de refugiados. Eso me hace soportarme algo mejor. El resto no merece mención; tenis, sobrinos y algunos amigos y amigas... también cine. Pero tengo una trastienda llena de deseos.

Esto es absurdo. Déjame ir a verte y te lo cuento todo. Prometo no llevar conmigo lo que tú sabes. Puedes vendarte los ojos y hacer una cata a ciegas de tu embajador, eso me gustará.

Buenas noches, taurina.  
Alejandro

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)  
Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)  
Sin asunto  
3 de junio. 23.54 h.

No me abrumes, por favor. Cuando eso sucede salgo huyendo, me falta el aire. Dame tiempo, Alejandro, y no desbarremos con urgencias.

¿Podrías sustituir lo de taurina? Te sugiero una palabra que un inglés inventó para mí. Torista. Me gusta.

No te enfades conmigo, abogado solidario. Me electrocuté una vez y me dan miedo los enchufes, pero se me pasará.

Duerme bien, sueña con algo hermoso y no escondas los deseos. Te juro por los ojos buenos de mi Zuri que un día de estos, cuando desaparezcan las brumas que sobrevuelan mi memoria, iré a verte a Barcelona y te cantaré «Mediterráneo».

Nazareno está en la cerca. Voy a verlo.

Miranda

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Sin asunto

4 de junio. 00.01 h.

Prometo no mirarte a los ojos, seguir escribiéndote si lo deseas ingiriendo malísimos bombones, pero necesito un poco de realidad o, en su defecto, ese pasadizo secreto que ambos hemos insinuado buscar y que conduce al otro mundo, aquel en el que mi hija Elena, mi niña, ha seguido cumpliendo años y es ya una mujer; un mundo en el que tu radar funcionó como un reloj suizo el día que William te eligió o lo elegiste; un mundo de escogidas y conscientes eternidades donde tú y yo no tendríamos que escribir para rellenar las noches.

(Acabo de comerme el último chocolate de la caja y ha cambiado la fecha del calendario).

Aunque jamás lo haya mencionado explícitamente, soy un hombre que a pesar de lo que el destino me ha ofrecido —no encuentro nada más cruel que sobrevivir a un hijo— sigo buscando el resorte para que se abra la puerta secreta de una vida donde no exista el temor a vincularse a alguien que puede desaparecer cuando más lo necesitas. No se puede tirar la toalla, Miranda, al sur de nosotros está la vida y alguien que nos devuelva la luna.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con un ser humano que tuviera un nombre tan bonito.

Buenas noches mi anhelada torista.

Alejandro

Cuando apagó el ordenador, Alejandro había tomado una decisión.

## 8

### Un turista accidental

«En aquel momento no podía saber nada de lo que iba a ocurrir. De modo que, como otros días, continué mi paseo pensando en las treinta y cinco líneas; el ritmo de la tarea diaria recién terminada aún me latía en los nervios».

SÁNDOR MÁRAI

Unos golpecitos en la puerta de su despacho consiguieron sacarla de su concentración. Su perra se enderezó sobresaltada por el sonido de los nudillos dirigiendo una mirada interrogante que iba y volvía de la puerta a su dueña.

—Entra. —Mientras giraba su cuerpo la acarició tranquilizándola.

Marga, con cara de pocos amigos, sostenía entre las manos los trozos de una figura de madera que hasta ese momento había adornado un rincón del saloncito.

—Te lo dije, los jóvenes son peligrosos... Una de las francesas tiene una cogorza que no se tiene, ha tropezado y... —Señalaba la figura como quien sabe lo que tiene que hacer, pero necesita confirmación—. Lo peor no es esto, que lo pegaré, sino que se ha puesto a llorar como una magdalena. Yo, la verdad... no sé consolar en francés, se me nota que no me gustan los gabachos; su amiga no está mucho mejor y por lo visto han confraternizado con los indígenas...

—¿Indígenas?

—Eso he creído entender.

—Será cosa del idioma, Marga.

—Mi hermano trabajó en la Renault treinta años y todo lo que estaba más allá de los Pirineos era para nuestros ilustres vecinos, la selva... Ya me entiendes.

—¡Qué mala leche tienes, Marga! Tíralo, siempre le he tenido manía a eso, y la verdad es que no sé cómo llegó aquí... Me ocupo yo. —Miró el reloj—. ¡Pero si son las nueve y media! Vete tranquila, ahora las mando a dormir la mona.

Dejó la mesa con los papeles amontonados en pilas y aquellas anotaciones que hacía para ayudarse y que nunca le servían de nada. Odiaba la contabilidad, pero, aunque una asesora le gestionaba aquellos asuntos, debía llevar los libros al día, ordenar los recibos, supervisar las cuentas bancarias. Ser autónomo era complicado, y conseguir beneficios de aquel pequeño negocio que siempre necesitaba una reparación se convertía en un encaje de bolillos. Era más de letras que de ciencias, más de improvisar que de prevenir, y no podía desprenderse de una frustrante sensación: la ilegalidad le pisaba los talones hiciera lo que hiciera.

Solucionó el descalabro doméstico con su fluido francés y mucha paciencia. Mientras, a su espalda, con cara de general enfadado y brazos en jarras, Marga supervisaba la situación. Las chicas galas, dos rubias pecosas que parecían haber tomado el sol durante todo el día, estaban empeñadas en ponerle al corriente de las frustraciones amorosas que las aquejaban. Justificaban su torpeza cargándole el muerto a un español que las había invitado a cervezas y que al parecer no había podido consumir la fantasía de abrazar a las dos a la vez y, como venganza, las había emborrachado. Miranda resolvió el asunto con un *trop tard* expeditivo, les ofreció café y las mandó a la cama a dormir la mona; su capacidad de escucha se había extinguido a última hora de la tarde. Lía había cogido cuatro días de vacaciones y su mano derecha tenía el día siguiente libre; había que madrugar y parecer encantadora. Saludó a dos parejas asturianas que, mapa en mano, planificaban su ruta en el acogedor salón y volvió a su habitación.

Desde hacía cuatro días no sabía nada del abogado, aunque confiaba en que, siguiendo su costumbre, se reuniera pronto con ella vía digital. Le echaba de menos. ¡Claro que le echaba de menos, pero no iba a decírselo! Pensar en él se había convertido en su secreto vicio. Sin darse cuenta buscaba refugio deleitándose en la relectura de sus mails. No quería llamarle. La mención de sus amigos y amigas le había hecho presagiar que el abogado tenía una relación. Los hombres como él necesitaban nombrar la realidad

enmascarándola para quedarse tranquilos y, además, una vez traicionada, la sombra del recuerdo se alargaba alcanzando a todo el que le interesara...

El pecado estaba cometido, se repetía una y otra vez. Su enconada negativa no había enfriado la relación como ella esperaba, sino que parecía haber espoleado el deseo. Ella era como la gata Flora, no quería abrir la puerta, pero cuando estaba dentro se moría de ganas de invitarle a entrar. El deseo era muy suyo, un ácrata, un desgovernado e ingobernable; no había nada que hacer salvo caer en él.

El intercambio de confianzas había alcanzado esos territorios íntimos que todo el mundo fortificaba para guardarlos de las invasiones no deseadas. Pero aquel lenguaje... Le había hablado de los pasadizos que existían a esos mundos intocados donde él podía seguir siendo padre de su hija y ella no habría sido traicionada. La confesión le había resultado dulcemente desgarradora y su cabeza iba una y otra vez al último párrafo: «Aunque jamás lo haya mencionado explícitamente, soy un hombre que a pesar de lo que el destino me ha ofrecido —no encuentro nada más cruel que sobrevivir a un hijo— sigo buscando el resorte para que se abra la puerta secreta de una vida donde no exista el temor a vincularse a alguien que puede desaparecer cuando más lo necesitas. No se puede tirar la toalla, Miranda, al sur de nosotros está la vida y alguien que nos devuelva la luna».

Su fortaleza se tambaleaba cuando se le disparaban los latidos del corazón. En el momento en el que sentía rondar al amor, un espejo le devolvía la imagen de una mujer aterrada. Murmuraba mientras iba y venía trotando por el campo, cocinaba sin parar probando nuevas recetas bajo la mirada inquieta de Marga. Tenía cientos de argumentos para convencerse de que aquello era lo normal. Tenía miedo. «¿Y qué?», se contestaba a sí misma. Pero la verdad era que no le gustaba aquel ajetreo, se sentía partida por la mitad, dando bandazos, yendo del deseo al rechazo, aceptando que la vida tenía un lado irresistible y un abismo en el que le aterraba caer.

En ella convivían dos Mirandas. Una hubiera deseado decirle al abogado que la llamara todos los días, que fuera a verla tan pronto como pudiera, que no era tan feliz ni tan fuerte, ni se sentía tan acompañada, y que en realidad le urgía certificar lo que intuía. Esa Miranda habría cocinado algo rico y habrían cenado en el porche con una mesa engalanada con un mantel bien planchado

y unas copas de cristal fino. Habría puesto en los platos esos caprichos que selecciona la dicha para contagiar su virus. Se habría deslizado a la noche vestida con cosas bonitas, con ganas de que su voz y sus secretos la habitaran y, quizás, hasta habría sucumbido al temor de saberse deseada. Él le atraía, lo admitía a veces... Entre sus líneas había visto el bosquejo de un hombre fascinante, educado, bueno y seductor que sabía de dualidades y tenía sentido del humor. Ironizaba lo justo para no ocultar la profundidad, y sazónaba con sorna su necesidad de ternura. Le gustaba.

Pero la otra Miranda, la que le decía con obstinación patológica que no quería conocerle, había sacado la armadura, se la había puesto y se enfrentaba a él muerta de miedo, negándole la posibilidad del duelo que sabía podía perder. Era la mujer con cicatrices, la que no olvidaba la traición de quien había amado y, lo que era definitivo, la que se había equivocado desnudándose del todo y entregándose sin reservas. No tenía instinto para el amor o cuando menos para sus consecuencias.

De vez en cuando abría el ordenador, escribía al abogado y se sentía como si al hacerlo hubiera rellenado una casilla hacia su destino. Con un ataque de sinceridad le emplazaba para que fuera. Minutos después releía lo escrito, desterraba el borrador y caminaba por la casa llamándose a sí misma idiota. No sabía si recular o dejar que el tiempo diluyera aquella fantasía virtual. ¿Y si Alejandro Velasco fuera un hombre desagradable físicamente? Se preguntaba. Ella no era una remilgada, pero nunca se sabía... ¿Y si tenía una piel repulsiva o hacía ruidos comiendo, tenía un tic desquiciante o sobaba con manos blandas y poco decididas? Una se adaptaba a todo cuando tenía la cabeza perdida, pero en aquella seducción ciega y culpable todavía conservaba algunos restos de cordura, y pensar en aquellas realidades determinaba que se quedara junto a él o saliera en estampida.

Oyó el motor de un coche acercándose a la entrada y luego unas voces. Le pareció que se trataba del hijo de Marga que venía a buscarla. Se levantó y fue a su encuentro. Una vez los hubo despedido volvió a su quehacer. Buscó la abultada carpeta de los mails que se habían intercambiado y antes de abrirla sus ojos se clavaron en las letras trazadas con rotulador y prisa... «Ni contigo ni sin ti».

Había sido la evocación de William la que la había empujado a titular su correspondencia. Aquella mancha de decepción y desconfianza que llevaba tatuada en el alma se extendería a cualquier hombre por el que se sintiera atraída. Le dieron ganas de llorar. «¿Por qué tuviste que romperme el corazón?». Pensó en lo que había visto en la página web, pero desterró la idea que empezaba a germinar en algún rincón de su cerebro.

Abandonó el charco de barro en el que retozaba y salió a sentarse en el porche para alejarse de sus malos pensamientos. Luego se acercó a sus parterres, arrancó las malas hierbas, aduló susurrando a la rosa mosqueta y cortó un ramo de margaritas. Mientras las colocaba en el jarrón, los pensamientos se le volvían palabras; necesitaba hablar con alguien. Telefonar a sus hijos siempre la relajaba. Leire llevaba un tiempo inquieta por su futuro, sin embargo, le contó, sin atención y con desgana, que no le pasaba nada nuevo desde su última llamada el día anterior. Miranda trató de retenerla... seguía teniendo dudas acerca del amor de su vida. Le pasó a su hermano el teléfono. Álvaro no tenía mucho más que decirle, salvo que tenía el billete reservado para el 2 de agosto con destino a Sídney. Miranda le escuchó y mostró entusiasmo, pese a que era la tercera vez que le repetía los planes de viaje. Volvió a decirle que le apoyaba y le quería lo suficiente para dejarle marchar. Cuando colgó tenía el corazón encogido. Era cierto que le quería demasiado como para enredarle en culpas y chantajes emocionales, pero como los gorilas, ella quería estar cerca de sus hijos. Volvió a pensar que Darwin era listísimo.

No tenía paz para leer, para concentrarse en algo, para rendirse a escribir un mail y estaba harta de hacer magdalenas de todas clases. Llamó a Manuel. Él no fallaba, siempre le dedicaba unas palabras cariñosas y en su cobijo encontraba un sosiego dulce, pero ese día no fue así.

—Tengo el comedor lleno. Princesa, si quieres te llamo cuando cierre.

—No te preocupes, solo era para charlar...

—¿Sucede algo?

—Nada que no se pueda remediar... Estoy aburrida.

—¿Aburrida tú? Eso me intranquiliza, pero pasado mañana es viernes. ¿Vendrás?

—Sí, iré.

—No te comas el coco, vasquita, que me llega el ruido de tus pensamientos hasta aquí. ¡Como si tuviera las maracas de Machín en la oreja!

Para matar el tiempo hasta la noche, volvió a su jardín, regó e insultó a dos caracoles que habían invadido su territorio. Después de una prolongada ducha se tumbó en la cama. Sabía que el sueño no vendría con facilidad. Encendió la televisión y buscó aquel canal de ciencia que tanto la fascinaba. Encontró el programa empezado y le costó comprender de qué iba. Se quedó dormida y se despertó de madrugada, cuando unos jugadores de póker, a los que la cámara enfocaba en un primer plano, parecían haber apostado la misma vida. Apagó la televisión y buscó de nuevo el sueño, pensando en que apenas le quedaba tiempo de descansar; la obsesión la desveló por completo y no encontró mejor manera de utilizar aquella inoportuna vigilia que escribiendo a su deseado interlocutor.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Asunto: Pensar en ti

7 de junio. 04.12 h.

Son las cuatro de la madrugada y no puedo dormir. Hace calor y parece que mis pensamientos quieran desfilas como si fuera el día de las fuerzas armadas. Están los paracaidistas, es decir, esas ideas peregrinas que solo acuden a tu cabeza a estas horas, luego va el ejército de tierra, que trota machaconamente; los que vuelan, casi inaccesibles, y los marinos, que tienden a ser submarinos. En otro momento me serviría un gran reserva de una bodega de unos amigos en la Rioja que atesoro para momentos excepcionales. Pero este no es excepcional, y además los tesoros saben mejor cuando se comparten.

Lo único que me roba la zozobra es el canal de la ciencia, te lo digo para que añadas esto a las pistas que ya posees sobre mí. Me fascina el presente, la ciencia, la sabiduría comprobada, a pesar de que, en ocasiones, no comprendo absolutamente nada. Tengo que confesarte que no comprender y coleccionar misterios me tranquiliza.

Escuchar que la oxitocina es una sustancia también llamada «del abrazo» que se segrega a chorretones en el momento del parto me parece fascinante, y saber que ella es la causante de que creamos que hemos encontrado al príncipe azul también. ¿Sabías que en un beso entran en actividad treinta y dos músculos? Y lo que es mejor, lo que llamábamos estar en la gloria — durante un buen beso se reside ahí mismo— es en realidad lo que nuestro cerebro siente alcanzando la sincronía con el de nuestro *partenaire*... Ahora las encefalografías nos corroboran la certeza de que lo que como memos hemos considerado un milagro es simplemente ciencia.

Cuando escucho estas cosas se me funden los plomos y me gusta esta perplejidad que encierra la esperanza de que quizás, al final, amar a alguien no dependa exclusivamente de nosotros.

Provengo de una burguesía tranquila, una saga centrada en sobrevivir, numerosa y decente sin más. Me protegieron, a veces con ignorancia y otras con lucidez, pero casi siempre dejándome a merced de mis emociones; y naturalmente, como tú, cada uno de los días que se me olvida vivir espero encontrar el pasadizo secreto para acceder a ese mundo sin cristales rotos en las ventanas. El viaje de la vida no es más que el lento caminar de la ignorancia a la sabiduría. Con los años una percibe que va demasiado cargada de cosas innecesarias. Finalmente, y desde el origen de los tiempos, transportamos en nosotros lo indispensable para vivir, que no es otra cosa, mi querido amigo, que la misma vida.

Tú, creo que más listo que yo y además varón, buscas el pasadizo solito. Yo, como soy hija de la *Cenicienta* y de *Blancanieves*, de *La bella y la bestia*, del *Elle* y el *Cosmopolitan* me pongo a menudo tacones y espero a que un acomodador enchufe la linterna y que con su haz de luz me lleve cogidita del brazo hasta mi mullido asiento. Es un error. Lo sé. Pero me asustan mucho los tropezones.

Cuando veo estos programas científicos trato de alcanzar la redención a mis desamparos, porque sería estupendo que la melancolía o el miedo tuvieran que ver con esa bioquímica que explica que cuando nos enamoramos, al menos durante la primera fase, sufrimos una reacción química. Una sustancia de nuestro cerebro llamada feniletilamina obliga a segregar dopamina, cuyos efectos son parecidos a las «anfetaminas» que producen el estado de euforia natural tan parecido a la ceguera. No sé si las palabras que empleo son exactas, pero imagino que comprenderás que lo que quiero decir es que el chute del amor es tan poderoso que la humanidad se muere por encontrar y sobrevivir en ese estado (te incluyo con puerta secreta, pasadizo y túnel al paraíso).

¿Estoy hablando de amor? No. Hablo de química hoy y de física cuántica hace unos días. ¡Soy una mujer muy completa! Este rollo que te he metido es porque en realidad echo de menos tus correos, y aunque cuatro días no sean demasiados, el regusto de mi negativa me hace temer por estos instantes en los que contarte estas tonterías me tranquiliza (para luego al día siguiente arrepentirme).

Quería mejorar mi imagen, darme un poco de lustre científico, pero mucho me temo que haya conseguido lo contrario y haya entrado en la categoría de las trastornadas que quieren hablar de amor, pero se emboscan tras la bioquímica.

Lo verdaderamente jorobado es que a pesar de estos pesares no me atrevo a conocerte.

Miranda

P.S. ¿Estás enfermo? ¿Fueron los bombones de mermeladas extrañas?

Durmió inquieta apenas tres horas. Cuando se levantó, temprano, sabiendo que ese día era la única responsable del hotel, le pareció que su cuerpo pesaba una tonelada y que no iba a ser capaz de llevar a cabo sus tareas. Tuvo que reconocer que casi todos los errores que cometía los llevaba

a cabo con nocturnidad y algo de alevosía. ¿Eran aquellos términos legales? ¿Qué había escrito exactamente?

Se ocupó del negocio como un alma en pena a pesar de triplicar su ración de cafeína. Atendió el desayuno, limpió la cocina y puso en orden las habitaciones. Lo hizo todo como un autómatas a la que la responsabilidad le había dado cuerda y a medio día se fue apagando poco a poco como una vela a la que no le queda cabo. Contestó el teléfono con monosílabos, desganada y parca, no fue encantadora y trató de que sus huéspedes se fueran apremiándoles con malos modos, retirando los platos sin preguntar y encendiendo el aire acondicionado a todo gas.

Después de picotear los restos que había en la nevera se refugió en su santuario dejando la puerta cerrada con llave para obligar a llamar al timbre a los que quisieran entrar. Se derrumbó sobre la cama y se tapó con una manta, aunque la temperatura era más bien alta. Se sentía enferma, como si un virus le rondara justo en medio del cerebro, allí donde se daban la vuelta sus paseantes pensamientos. Miranda no sabía si era el hipotálamo, el hipocampo o la amígdala, pero en algún lugar de su cabeza algo iba a entrar en ebullición. El pasado se le mezclaba con el presente y un desorden malicioso corría por sus venas destartalándole los hábitos.

La siesta no supuso demasiado alivio porque la despertó un sueño extraño en el que William parecía llamarla desde el fondo de una cueva. Se levantó precipitadamente a rebuscar en uno de los cajones hasta que encontró lo que en su frágil sueño necesitaba buscar: un cuadernito muy usado, de tapas plastificadas en negro. El único rastro que conservaba de él. El único objeto del que no se había desprendido.

Algo aturdida aún, fue pasando lentamente las páginas. Las anotaciones, los distintos colores de las tintas, la letra a veces nítida otras veces escrita con premura, el encabezado con la fecha en el borde derecho de algunas de sus hojas. Volvía a sentirse fascinada. Su desconocido cerebro se aliaba con sus deseos cuando le daba la gana. Había soñado con aquel cuadernito, lo creía perdido, pero allí estaba; y probablemente estuviera allí desde hacía años. Teléfonos, listas de nombres, anotaciones de los personajes de una de sus novelas, el número de pie de un tal René del que no tenía la menor idea de quién era... Datos que desconocía a quién o a qué momento correspondían.

Miranda se detuvo en una de las hojas y, tras ojearla, abrió completamente la libreta. La letra de William era clara, de trazo casi infantil, y las anotaciones estaban en inglés. Siempre la llevaba encima, aquella u otras similares. La lista que ahora contemplaba cobraba sentido, y las puntas de su memoria se unían para revelar su verdadera intención.

Sarlat-la-Canéda, Monbazillac, Bergerac, Monpazier, Issigeak... Al lado de cada población había números y cifras, calles, superficies en metros cuadrados. No le costó demasiado imaginar que rastreaba un lugar para afincarse... Su amante buscaba un lugar para su familia mientras la empujaba a construir El Cielo Azul para ambos. La propiedad que él le había señalado en aquella revista que una vez le enseñó era la misma que ocupaba en la actualidad y que había visto en la web.

Ignoró la opresión en el pecho, la angustia que pugnaba por aflorar. Tenía el firme propósito de dejar a un lado la melancolía, pero no iba a dar un paso atrás. Ya había tenido suficiente silencio.

Contempló la posibilidad de ponerse en contacto con él, lo tenía fácil, sus datos estaban en la web del hotel. Llegó a planificar la conversación con frialdad, elaborando un guion que cerrará sus heridas, pero la rabia acababa con su serenidad y solo era espontáneo lo que concernía al recitado de una letanía de barbaridades.

Era el pasado. No tenía remedio. Podía decirlo sin que le temblara la voz. Aunque hubiera querido guardarlo de una manera distinta en sus recuerdos, los descubrimientos que iba haciendo le colocaban en las antípodas del perdón. La cobardía que había mostrado su amante y su traición había arrasado lo mágico y maravilloso que compartieron. En realidad, necesitaba echarle encima todo el barro que le había dejado hasta sepultarlo.

Cuando descubrió que William la compartía con una francesa que posiblemente no significara nada, y que a su vez Francess, su esposa, seguía casada con todas las consecuencias de ese vínculo con él, buscó la dirección de su mujer y la llamó a Edimburgo. Por su cabeza pasó ponerle al corriente de la situación, abrirle los ojos para que su amado perdiera pie en aquella malévolu urdimbre que había confeccionado, pero estaba abatida, vencida, y no tenía la energía necesaria para una venganza.

Llamó pretextando ser, en aquella ocasión, una administrativa de la universidad de Deusto, donde William había impartido un curso. No le costó percibir que la señora Urquhart parecía no conocer o no querer saber nada de los viajes y ausencias permanentes de su marido. Si vivía con la mosca, la avispa y el moscardón detrás de la oreja no le quedó claro. Con heladora tranquilidad le dijo que su marido estaba en ese momento haciendo unos trámites en Francia y que le dejara su teléfono para que se pusiera en contacto con ella. A pesar de que el idioma (además del estado de perplejo dolor en el que se encontraba) complicó bastante la conversación, le quedó arrojado para demorarse con su legítima, comentándole que había unos cursos que debían cerrarse. Cuando la escocesa volvió a pedirle el teléfono cortó la comunicación; le parecía imposible seguir mintiendo, hablando sin contarle que su marido era un cabrón que había huido después de prometerle amor eterno y contagiarle un virus de transmisión sexual que a punto estuvo de llevarse parte de ella. Se derrumbó en su butaca y lloró amargamente.

William tenía tres hijos, una historia de amores eternos a lo largo de la geografía mundial y una mujer francesa con la que mantenía una relación desde un año atrás y a la que naturalmente atribuyó el contagio del virus. Eso se lo confesó un colega al que llamó meses después de que se hubiera ido y al que con destreza engatusó y engañó para conseguir la información. A Miranda se le pararon los pulsos como en la canción que cantaba Lola Flores cuando comprendió que con todas aquellas mujeres había compartido una apasionada historia de amor muy similar a la que vivía con ella. La imposibilidad de comprenderlo inoculó un virus que la fue consumiendo.

Tardó mucho en ser consciente de que estaba herida de muerte. Primero intentó reponerse, recuperar a sus hijos y encontrar la manera de no confesar a nadie lo que había rodeado aquella traición. La inflamación pélvica la obligó a tratarse con antibióticos durante un periodo de tiempo muy largo. Necesitó cuidados y, aunque sus hermanos y cuñadas estuvieron tutelándola, fueron sus hijos los que se sentaban al borde de la cama alarmados por el estado de su madre. La tristeza y desesperación que sufría afectó a su sistema inmunológico que se declaró en huelga y a punto estuvo de morir. Estuvo

ingresada un par de días en cuidados intensivos y más de una semana en el hospital, con su corazón y sus alas rotas.

Suspiró sonoramente. La sola evocación de aquellos días le provocaba escalofríos. Recordarse sin ganas de vivir, ultrajada, muerta y sin que el aire le bastara para respirar le sobrecogía. Se vistió y con la mejor de sus sonrisas salió a dar la bienvenida a unos clientes japoneses que venían recomendados por Yuki. Cuando estuvieron instalados llamó a su amiga para agradecerle el gesto.

—Has recibido flores bonitas, de amor.

Su profesora de Ikebana quería saber si quien le mandaba flores era alguien especial. Miranda le habló de la existencia del abogado, pero le mintió con el origen de aquella relación.

—Un amigo le habló de mí y comenzamos a escribirnos.

—Es interesante tener un amigo así.

—Por eso no quiero conocerlo. Prefiere seguir imaginándolo estupendo.

—Yo conocería. Hombre que envía flores tiene futuro de amor.

Yuki le dijo que la felicidad poseía un tiempo indescifrable para los seres humanos. Ella y sus abstracciones resultaban confortantes.

Además de preparar varios kilos de un helado cremoso y delicioso, hizo lo que pudo para mantenerse activa y llegar a la cama tan cansada que el sueño la venciera de inmediato, pero a las cuatro de la mañana volvió a despertarse. Abrió el cajón y buscó aquellas pastillas que antaño tomaba para dormir. Miró aprensivamente la fecha de caducidad. Las desechó. No quería retomar aquel ciclo de química del que afortunadamente se había desprendido. Pensó en un cigarrillo... pero tampoco era buena idea recurrir a la nicotina. Disciplinar la voluntad le había dejado casi desnuda.

Se levantó y encendió el ordenador. Lo único que realmente le robaba los pensamientos era aquel abogado al que empezaba a necesitar.

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Asunto: Pensar el ti

9 de junio

Querido embajador:

No me escribes y yo lo hago cuando me desvelo. Vuelven a ser las cuatro de la madrugada.

Tu silencio es un complemento escandaloso para mis pensamientos. Estos días medito sobre la ausencia, esa posesión impalpable, imprecisa y, sin embargo, capaz de alcanzar una hondura insondable. Estar ausente es como si te fueras y dejaras dicho que nadie debe ocupar tu lugar, sabiendo que ese territorio no te pertenece, aunque lo sientas tuyo. Es un irremediable remedio, una situación alega en el mundo de las emociones. Yo nunca he sabido que hacer con las ausencias. Me tropiezo con ellas sin parar. Las cambio de sitio, las mareo, pero acaban pudiendo conmigo, obligándome a rendirme, a contar con ellas y con sus fantasmas.

Para nombrar la ausencia, el castellano tiene una cantidad ingente de palabras que solas o amontonadas dan idea de la densidad que puede alcanzar. Los boleros, las coplas, los tangos, los fados retuercen las letras hasta que consiguen extraer el recuerdo de la ausencia y hacernos llorar. Yo no quiero que seas una ausencia, porque tu aparición ha sido redentora. Las historias que guardamos y evocamos en soledad fermentan en nosotros; forzosamente ocultas por el dolor que encierran nos envenenan poco a poco, y de pronto un mensaje, o un maldito paquete te recuerda su existencia. Levantamos la tapa del encierro y la luz, poderosa y definitiva, ilumina lo que queda: unos fósiles desnudos, pero aún con restos de ADN. Tu coqueteo inocente, tus ganas de saber de mí, la textura de tus palabras han hecho que William ocupe el lugar que debe ocupar. Sin querer, lo has mandado camino del olvido.

El verano llega y aquí hace demasiado calor. Los turistas bajan considerablemente, y yo me escapo con frecuencia a mi norte donde el clima es benévolo en la canícula. ¡Si supieras cómo extraño el mar!

Empiezo a contemplar la posibilidad de compartir, no ya un *gin-tonic*, como me proponías, sino una velada larga en la que te contaré la historia más antigua y más estúpida de este mundo: la de querer morir por perder lo que nunca se tuvo.

¿Me recibirás en Barcelona o me rechazarás con las pueriles e infantiles maneras en que lo hice yo?

Disfruta del estío, y que el Mediterráneo te otorgue sus brisas leves y el dulce vaivén de su mar azul.

Tu arrepentida,  
Miranda

En el momento en que su dedo sobrevolaba la tecla de envío un viejo pudor la retuvo. Tardó apenas unos instantes en desembarazarse de aquel lastre y la apretó con decisión. Luego apagó el ordenador y se metió en la cama pensando en lo que había escrito... Ya lo había dicho su adorado Sabina, no hay nada tan triste como llorar por lo que nunca se tuvo...

Un sueño dulce e inevitable la acogió hasta que sonó el despertador.

## 9

### Solo una miradita

«Las estrellas para quien las trabaja».

JUAN CARLOS MESTRE

El número de refugiados aumentaba proporcionalmente a las guerras en las que se disputaban los monopolios de dioses, triplicándose, cuadriplicándose por semanas. Las deidades únicas y verdaderas despojaban a sus fieles de futuro y a sus infieles de tierra donde vivir. Barcelona y el país entero se llenaban de gentes pidiendo asesoramiento legal para seguir el curso de un dudoso destino. Todo empezaba a ocupar un espacio sin identidad, se volvía líquido: las decisiones, los asentamientos, las relaciones y, desde luego, los vínculos. Alejandro era uno de los miembros colaboradores más antiguos de CEAR (Comisión Española de Ayuda al Refugiado). Un amigo le había arrastrado hasta una oficina cutre allá por los años ochenta y en la actualidad ocupaban un edificio cedido por el ayuntamiento donde la asesoría jurídica seguía siendo esencial. Montse, una chica cuyo vigor parecía interminable, le saludó al entrar y le entregó un par de carpetas.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Un café a las doce?

—Estupendo.

Había estado tentado de abandonar montones de veces, cuestionándose la rentabilidad de aquellas instituciones y hasta su propia generosidad, pero de vez en cuando el contacto directo con la desesperación lo ataba a la pata de su mesa. Dar parte de su tiempo para ayudar a sortear los maliciosos caminos de las leyes le daba una energía particular, necesaria para que el entusiasmo nunca le faltara. La burocracia garantista requería una buena dosis de rebelión.

En las sillas alineadas junto a la puerta de su despacho una mujer envuelta en telas de colores brillantes le sonrió abriendo una boca que parecía un horizonte rosado y blanco. Cuando se levantó, una pequeña cabeza asomó camuflada entre el estampado tribal. Le tendió el papel que llevaba en las manos. El abogado lo tomó y comprendió que la mujer no estaba en el sitio adecuado. Le indicó el camino y regresó a su despacho, tan distinto al que tenía en su bufete, para zambullirse en los papeles hasta las doce. Se dirigió a la cocina.

—Buenos días a todos.

Buscó entre los becarios que recibían instrucciones a Montse y le hizo una seña levantando la mano mientras se dirigía a la cafetera. La briosa coordinadora se plantó en un santiamén frente a él.

—Dime.

—La semana que viene no vendré; un viaje imprevisto. Hay un par de expedientes que corren prisa. Se nos termina el plazo y faltan datos.

—OK.

De camino al bufete, sentado en el metro, leyó el último mensaje de Miranda y sonrió al pensar en la maleta que había dejado preparada aquella misma mañana en su habitación.

En ese momento sus estímulos rayaban la osadía de un adolescente, se sentía pletórico. Cuando se bajó en la parada de Paseo de Gracia buscó en su bolsillo la corbata que se quitaba siempre que visitaba la parte baja de la ciudad. Fue colocándosela mientras se dirigía a su despacho. Neus decía que aquellos pequeños rasgos de no pertenencia a su mundo le hacían especial; a él le provocaban contradicciones.

—Hola, Lourdes. No se preocupe, ya he entendido que me da las buenas tardes...

La señorita Ávila lo miró mientras apuraba un bocado de tarta que tenía en un plato junto a ella y trató de excusarse argumentando que era el cumpleaños de uno de los chicos de mercantil. La mullida moqueta le acogió con una paz burguesa y ordenada. En su mesa, Alejandro, que no había podido evitar ceder a sus tentaciones, extendió el mapa de carreteras al mismo tiempo que tecleaba en el ordenador la página Michelin. Miró a ambos soportes cotejando realidades, concentrado en la elección de la ruta

más adecuada. La página web le indicaba que entre Barcelona y Salamanca había 834 kilómetros. Deslizó la yema de su dedo índice rozando el papel desde Barcelona a Zaragoza deteniéndose en un punto rojo que marcaba la capital aragonesa y prosiguiendo despacio llegó hasta Madrid. Se enderezó pensativo.

Estaba seguro, se dijo a sí mismo, de que la impaciencia le haría conducir hasta el destino deteniéndose únicamente a tomar un par de presurosos cafés con un fatal resultado. Se llegó hasta el ventanal y miró la ciudad bulliciosa.

Tenía que ser sincero. Se sentía como un chaval, pero los viajes largos en coche comenzaban a pasarle factura y, al llegar, necesitaba descansar para volver a estar en forma. A fin de cuentas, serían tres o cuatro días, se dijo sin convicción, y no era cuestión de malgastarlos en recuperarse de una paliza al volante.

Estaba sopesando la posibilidad de coger el tren AVE hasta Madrid y allí alquilar un coche hasta Salamanca cuando su eficiente señorita Ávila irrumpió en el despacho.

—Disculpe, señor Velasco. Su hermana me ha pedido que le avisara de su llegada. Ha llamado el señor Riu, y Doménech también quiere comentarle algo...

—Lourdes, tengo que ir a Salamanca pasado mañana. Estaba mirando la mejor manera de llegar. Necesitaré un coche allí, pero... no sé si el tren sería mejor que conducir...

—No se preocupe, yo se lo miro y le digo algo. ¿Le informo a su hermana de que ha llegado?

—Sí. Gracias.

Alejandro volvió a poner los ojos en la pantalla de su ordenador, abrió su correo y escribió un escueto mensaje a su amigo Antonio Damas: «El miércoles tarde estaré en Salamanca, será un placer compartir una cena contigo». Terminó de escribir despidiéndose afectuosamente; a ella no le diría nada.

—¿Estabas aquí? —Lidia entró sin llamar y se acercó dispuesta a abrazarlo—. No te he escuchado llegar... —Miró el mapa de carreteras extendido en la mesa—. ¿Te vas a algún sitio, Ali?

—Me voy a ver a un amigo a Salamanca...

—¿Salamanca?

—Hace tiempo que me invita y es un buen momento. No tengo ningún trabajo previsto que requiera mi presencia. Lourdes y tú me cubrís las espaldas. Solo será hasta el próximo lunes.

—No me habías dicho nada.

—Es un imprevisto.

Su hermana rodeó la mesa y se acercó a él situándose a su espalda y poniéndole las manos sobre los hombros; ella tenía una secreta manera de entenderle silenciosa y tiernamente. Tres años mayor que Alejandro, era quien le había sostenido tras la debacle y quien le proporcionaba un calendario familiar con comidas los domingos, cumpleaños de sobrinos y quehaceres que le recordaban que seguía arropado por su incondicional cariño. Suspiró y se sentó en una de las sillas que había frente a su mesa.

—Ali, ¿podrías supervisar el despacho durante un par de meses?

Alejandro plegó el mapa sin dejar de mirarla.

—¿Supervisar?

—Sin mí.

—¿Sin ti?

—¡Deja de repetir todo lo que te digo, por favor! —Le miró fijamente a los ojos—. Se me ha complicado la vida...

Su hermano observó la huella de un dolor desconocido en su rostro, se sentó a su lado entregándole toda su atención.

—Dime Lili. —Utilizó su apodo infantil y el más dulce de los tonos.

El problema afloró como un divieso; su cuñado, el marido de Lidia, Jon, trabajaba para una empresa suiza de biomedicina y al parecer lo había hecho tan bien que le premiaban mandándole a implantar el producto en Grecia.

—Le han prometido que estará aquí para Navidad. Es su colofón laboral, luego se jubilará como director general para Europa. No tenemos necesidad de complicarnos la existencia de este modo, pero él quiere ir. Ya sabes lo condenadamente leal que es a su puñetera empresa. Pero es Atenas... ¡Con la que está cayendo! —Hizo un gesto de desesperación y se palmeó los muslos resolutivamente—. Tengo que acompañarle. Me iré con él a mediados de

julio para buscar un lugar donde vivir y volveré a finales de septiembre si nadie lo remedia...

—Joder, me habías asustado.

Lidia odiaba que le movieran el orden. Se apoyaba en él, y por eso su hermano supo que todo se le tambaleaba. Alejandro sacó su reserva de confianza y minimizó las sombras que sobrevolaban sobre ella diciéndole que los cambios eran siempre enriquecedores, que Atenas era una ciudad magnífica y que la multinacional le ayudaría a buscar una casa de ensueño a la que todo el mundo iría a visitarla.

—Tus hijos vuelan por su cuenta y podrán prescindir de tu comida de los domingos...

—Intentaré convencer a mi marido para que los ponga en su sitio y les diga a estos listos de Harvard que manden allí a un joven emprendedor... — Le temblaba el mentón y estaba a punto de llorar.

—Lili, no tengo que decirte lo que ya sabes. Este despacho va solo, así que déjalo estar... Vete a Atenas, es una ciudad fantástica y hay vuelos todos los días. Cuando tengas un ataque de nostalgia vienes. No hagas un drama de esto...

—Tienes razón.

Cuando su hermana salió del despacho, confortada y con la agenda solucionada, el abogado volvió a sus mapas. La diligencia de Lourdes hizo que su presencia pareciera absolutamente prescindible y hasta molesta. Con resolutiva eficiencia le reservó un billete a Madrid para el miércoles 10 de junio en el primer AVE que partía por la mañana.

—Va a llegar usted descansado.

Luego dispuso que un taxi le recogería en su casa y le llevaría a la estación.

—Le he reservado un vehículo de alquiler en una agencia que está en la misma estación de Atocha. Tiene cobertura internacional por si decide acercarse a Portugal.

—Gracias, Lourdes, usted sabe que no me oriento bien, pero... ha pensado en todo.

—Mejor dejarlo atado.

Por si aquello no fuera suficiente, Lourdes recalcó que estaría en permanente contacto y le avisaría si había algún asunto urgente que ella no pudiera solucionar. El abogado sintió un pellizco de pundonor al comprobar que el engranaje en el que se movía era perfecto y lo único que alteraba el ritmo era él mismo.

A su cabeza llegó el impreciso objetivo que lo empujaba a partir y recordó un capítulo que Montaigne denominó «De la presunción» y que comenzaba:

*Hay otra clase de gloria que consiste en la opinión demasiado ventajosa que formamos de nuestro valer. Es una afección inmoderada, merced a la cual nos idolatramos, y que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos, así como la pasión del amor presta gracias y bellezas al objeto amado, dando imagen a que los enamorados hallen, por tener el juicio turbio y trastornado, lo que aman diferente y más perfecto de lo que es en realidad.*

El juicio turbio...

Miró hacia la librería y chasqueó la lengua. Giró su cuerpo encaminándose a la puerta, pero antes de llegar volvió sobre sus pasos y cogió el ejemplar de los *Ensayos* de su pensador.

Al extraer el libro, al fondo del hueco vio un pedacito de la bolsa de seda verde que envolvía el envío del escocés. Volvió a chasquear la lengua y se entretuvo en pasar su mano con firmeza por los lomos de los libros, agitándolos, hasta que la ausencia de su ejemplar quedó diluida por el orden removido.

—Sin duda tú serás mejor compañía que ese regalo envenenado... — dijo sosteniendo el volumen en sus manos.

El taxi le esperaba en el portal a las 7.40 del miércoles. En un corto espacio de tiempo en el que apenas pudo pensar en nada se encontró sentado en un tren cómodo y rápido que acrecentó el sueño que arrastraba desde el momento en que había puesto un pie en el suelo.

Había dormido mal, a ratos y sacudido por las dudas del desafío. El imperceptible movimiento del vagón le pareció un arrullo que lo empujó a arrellanarse en el asiento y embarcarse en una ensoñación que comenzaba a ser habitual. Desde hacía días, caía en la tentación de recrear una escena de reencuentro con Miranda, donde los toros, su perra labradora y unos centros de flores estilo japonés eran los únicos elementos que veía con nitidez.

Por mucho que intentaba forzar su imaginación no conseguía poner rostro a su virtual amistad. A veces tenía la mirada de Mariana, otras hablaba por la boca de Penélope Cruz, y se le mezclaban las diosas del Olimpo mediático con viejas amantes, lo que le provocaba, antes o después, un desagradable desquicio. Contrariado, abandonó el ejercicio imaginativo y se aferró al paisaje que se deslizaba más allá de la ventana. Al menos los campos eran campos, las colinas, colinas y el trigo maduro tenía el color del trigo maduro... El sueño llegó como si le hubiera perseguido desde la Estación de Sants y por fin le diera alcance.

Recogió el coche de alquiler en la misma estación de Atocha y escuchó con atención las indicaciones indispensables para conectar el GPS. Una vez conseguido, obedeció inquieto a la voz metálica que le indicaba el camino con un tono monocorde y seguro. Desconfiaba de aquel susurrante aparato. Con cierta tensión simultaneó los consejos tecnológicos con los paneles indicativos deslizándose por la M-40 en dirección a la carretera de la Coruña y el túnel de Guadarrama. Cuando recogió el tique de la autopista en Villalba se relajó.

Condujo con deleite hasta Villacastín y allí, en un área de servicio, paró a tomar un café. Le quedaban cien kilómetros para llegar donde su amigo le esperaba para cenar. Miró su móvil y su correo. El corazón le dio un vuelco cuando advirtió que Miranda había vuelto a escribirle.

—No puedo contestarte, princesa, así que voy a esperar para leerte... Antes quiero ponerte cara.

Una voz profundamente indiscreta le susurraba que aquella excitación se debía única y exclusivamente al hecho de haberse prendado de una fantasía. Alejandro apartaba aquella consciencia peliculera para pasar, acto seguido, a considerar la posibilidad de que lo que verdaderamente le sucedía era que prefería entusiasmarse con algo intangible que con la insistencia sutil de

Neus, empeñada en que pasara las vacaciones en un balneario de Croacia junto a ella.

Pero ansiaba llegar y leerla.

El hotel que había reservado estaba situado junto al río Tormes. Era un NH levantado sobre las ruinas del Palacio de los Castellanos. Desde la ventana de su habitación la majestuosa ciudad milenaria se extendía a sus pies, repleta de las piedras preciosas que había dejado su historia; conventos, palacios, catedrales, parroquias, casas señoriales y un empedrado que conducía a la Plaza Mayor.

Atardecía y el calor reverberaba aún sobre las piedras. Se encaminó a la Casa de las Conchas donde su amigo Antonio solía pasar algunas tardes en su biblioteca. Al bordear el convento de los Dominicos, una emoción olvidada le subió a la garganta: la acertada iluminación elevaba al cielo estrellado la majestuosidad de sus torres góticas. «A quienes me preguntan la razón de mis viajes, les contesto que sé bien de que huyo, pero ignoro lo que busco», evocó a su pensador y prosiguió su camino algo enajenado por la belleza y la presentida cercanía de Miranda.

Antonio Damas era un hombre que vestía como si aquella ciudad castellana se hubiera detenido cuando Unamuno ocupaba la rectoría de la Universidad. Lo acogió abrazándolo en un fraternal encuentro y se encaminaron hacia el restaurante demorándose en el paseo y las explicaciones. Era un excelente conversador. La edad le había ordenado los pensamientos de más a menos y la banalidad ocupaba apenas los recovecos de su necesaria sabiduría.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Tengo una cita el viernes en Ciudad Rodrigo —mintió— y el sábado regreso a Barcelona.

—Entonces tendré que elegir bien. Hay muchas joyas en esta ciudad y entre las piedras, la historia se pelea para enseñarnos a vivir...

Los ojos del historiador se posaron durante dos días sobre el paisaje urbano como si poseyeran una lente mágica que deshiciera el tiempo. En la Catedral Nueva danzaban el gótico tardío, el renacimiento y el barroco. Mientras

caminaban por una de las naves laterales fueron a dar a una capilla en la que le llamó la atención un retablo que enmarcaba entre dos columnas una pequeña talla de la Virgen. Le gustó el nombre: Nuestra Señora de la Verdad. Antonio le contó la leyenda que circulaba en torno de aquella imagen. Durante los años cincuenta, había sido requerida por Francisco Franco, muy aficionado a rodearse de iconos religiosos, para completar uno de los altares en el que reliquias y trozos incorruptos de beatos santificaban las decisiones que se tomaban en el Palacio del Pardo. Pero la sacristana, que en ese momento velaba por ella, la hizo desaparecer, pues dudaba de que su Virgen, dedicada a la verdad, encontrara cobijo bajo el bigotillo del dictador. Decidió esconderla y hacerse la tonta hasta que el capricho del todopoderoso se diluyó. Su amigo Antonio se arrodilló con un sincero respeto y él hizo lo mismo.

—Soy ateo —le susurró el viejo profesor—, pero lo suficientemente sabio para acomodarme a la fe en los milagros. Tú pide un deseo... Nunca se sabe.

Durante unos segundos cerró los ojos y trató de embarcarse en la cadencia de su respiración. Oía a cera, a incienso, a esperanza. Le gustaba la paz de las iglesias, esos reductos donde se permitía la piedad. Buscó entre sus anhelos y no tardó en encontrar la pena de la ausencia de su pequeña Elena, que sobresalió como el pico inalcanzable de una enorme montaña. Con el corazón encogido y como si fuera un inocente creyente musitó:

—Que nunca olvide su sonrisa.

La plegaria lo dejó preparado para emprender su aventura.

Se despidieron con la fraternidad del pensamiento que los unía, emplazándose para un congreso que iba a celebrarse en el mes de septiembre.

—Ven sin prisa la próxima vez.

Ciudad Rodrigo, declarada Conjunto Histórico-Artístico, estaba situada sobre un cerro rocoso a orillas del río Águeda. Habitada por tribus celtas, conquistada por los romanos y disputada entre árabes y cristianos durante siglos, fue finamente fortificada por el rey Fernando II de León. El recinto

amurallado poseía más de dos kilómetros de perímetro con siete puertas que daban acceso a la ciudad.

Eligió el hotel parador para hospedarse. La habitación tenía un aire castellano y recio muy distinto a la innovación mediterránea a la que estaba habituado. Se tumbó bajo el palio de la cama y el descanso le proporcionó un minuto de reflexión. ¿Qué estaba haciendo allí? Fuera, la mañana resplandecía y un cielo inmaculadamente azul envolvía la ciudad. Alejandro tenía un objetivo y por muy peregrino que pareciera lo iba a cumplir. Salió a la calle plano en mano y se fue en busca de el rastro de Miranda.

En uno de los mensajes, aquel en el que le había prestado la huella de su agenda, su amiga le había dicho que los lunes se dedicaba al arte floral japonés junto a la valiente Yuki, y que lo hacía en una propiedad junto a las murallas. Ciudad Rodrigo no era grande, y seguir la huella de la fortificación era muy sencillo, en última instancia, si se perdía, podía preguntar por una japonesa casada con un torero, pero no necesitó hacerlo; el pretendido lugar apareció ante sus ojos, muy cerca del hotel.

La calle por la que paseaba se vio interrumpida por un derroche de colores que provenían de unos caprichosos calderos repletos de rosas, claveles, lirios y margaritas. Una mujer oriental y muy hermosa envuelta en un delantal de colores preparaba un ramo picoteando entre el género. De un modo inconsciente Alejandro, que se había puesto su sombrero de panamá para protegerse del sol castellano, bajó la cabeza ocultando el rostro como si llevara el pecado de su deseo en la cara. Por el rabillo del ojo vio una placa en la que se leía «Yuki Zu. Ikebana». Una sonrisa asomó a sus labios sin que nadie la percibiera. Entró en el establecimiento que, refrigerado, le ofreció un descanso.

—Buenos días. Me gustaría que me aconsejara... —Alejandro se quitó el sombrero e inclinó levemente la cabeza.

—Usted dirá.

—Necesito algo muy hermoso... para una mujer.

—¡Oh, sí! ¿Mayor? ¿Joven? ¿Hija? ¿Amor?

—Amiga.

La japonesa utilizaba los sustantivos como si tuviera miedo de acompañarlos de artículos; para compensar la rudeza de su lenguaje sus

gestos eran de una delicadeza que le recordó a las mariposas. Movi6 la cabeza mirando a su alrededor acompañándose de sus brazos, como si buscara algo hasta que dio cuatro pasitos hacia el fondo del local y levant6 un tiesto con una orquídea exuberante.

—Se llama Cattleya, es una reina.

Alejandro se fij6 en la orquídea de talle largo que terminaba en una flor blanca en cuyo interior asomaba un arco iris con pequeños pistilos multicolores. Le pareció perfecta, era uno de esos regalos de la naturaleza que no podían dejar de mirarse.

—¿Puede enviarla?

—Sí. ¿Cerca o lejos?

—Cerca, pero me tem6 que no conozco la direcci6n exacta. Su destino es la propietaria de un hotel rural, El Cielo Azul, y se llama Miranda Palazuelos.

La japonesa alz6 sus ojos y lo mir6 con algo de descaro por primera vez.

—No problema. Conozco bien. ¿Usted conoce?

—No.

Con un sencillo gesto le desliz6 una tarjeta y puso a su lado un bolígrafo, luego, sin dejar de sonreír se acerc6 a una mesa de madera y procedió a preparar la planta. Metió en un cuenco de cerámica la orquídea, lo llen6 de gravilla y fue colocando unos cantos rodados de distintos tamaños con una parsimoniosa liturgia. El abogado sigui6 sus delicados gestos con la mirada deseando pedirle algunas referencias de su alumna de ikebana. Cuando termin6, Yuki se retir6 un metro y como si fuera un chef le seña6 el resultado.

—¿Le gusta?

—Precioso. ¿Qué le debo?

—¿No escribe?

—No. Mejor sorpresa.

—¿Y nombre? Nombre suyo sí, importante.

—Sin nombre. —Sonrió—. Ella sabrá de qui6n son. ¿Cuándo lo entregarán?

—Una hora.

—Perfecto. ¿Qué le debo?

—¿Efectivo o tarjeta?

—Efectivo.

Salió satisfecho y divertido por aquel sutil tira y afloja de la florista; estaba seguro de que iba a informarle de todos los detalles personalmente. Siguió a un puñado de turistas que parecían saber hacia dónde iban hasta que le condujeron a la Plaza Mayor. Se sentó en una terraza y pidió una botella de agua.

Castilla tenía un efecto sobrecogedor sobre su ánimo. Sentir las huellas del hombre antiguo en las calles empedradas, verse rodeado por construcciones barrocas o del renacimiento le sumía en una benefactora melancolía. Años atrás, con treinta años, le gustaba caminar por el barrio gótico de Barcelona al atardecer, detenerse en la plaza de Felipe Neri y escuchar el ruido del agua, pero desde que la ciudad se había vendido al turista las ánimas del gótico habían escapado refugiándose en otras ciudades más propicias al silencio que demandaba la belleza.

Las principales edificaciones del casco histórico databan de entre los siglos XV y XVI, época en que Ciudad Rodrigo vivió un periodo de esplendor, y no resultaba difícil imaginar la vida de aquellos siglos en aquel escenario. La historia era un manto protector, el sonido de un yunque recordando al hombre que la búsqueda de la felicidad era una impertinente constante.

Comió en un pequeño restaurante cercano a una iglesia y para refugiarse, antes de volver al hotel, se dejó abrazar por el frescor y la belleza de la catedral. Un claustro le ayudó a contar aquellos pasos perdidos de los pensamientos. De camino, se detuvo en una pequeña platería que ofrecía artículos de joyería tradicional charra. Una mujer de sonrisa acogedora le explicó la compleja técnica que se empleaba mientras le mostraba pendientes, aderezos, amuletos, botones y relicarios. Compró un brazalete sencillo de plata repujada igual al que portaban las damas de la corte de los reyes castellanos para su hermana. No pudo evitar sonreír cuando la empleada, en medio de una parsimoniosa liturgia, introdujo la joya en una bolsita de seda similar a la que guardaba en su biblioteca de Barcelona y que le pertenecía a Miranda.

Ya en su habitación, y después de una refrescante ducha, se envolvió en el albornoz y se recostó en la cama, agradeciendo el silencio solo

amortiguado por el ruido sordo del aire acondicionado. Arrastraba un cansancio inquieto, no tanto el provocado por el paseo o el viaje. No. No le dolían las articulaciones, sino la inquietud. Leyó con tranquilidad los últimos mensajes, incluidos aquellos en los que una Miranda desvelada echaba de menos sus mails. No dejó de sentir un cosquilleo intranquilo; apenas los separaban unos kilómetros.

Su intención era acercarse a la finca Campocerrado, merodear por la zona, ver el campo y El Cielo Azul con sus propios ojos para desplazarse posteriormente a Águeda. Allí buscaría El Sur, el restaurante de su amigo Manuel donde, si su torista seguía sus costumbres, acudiría a cenar. No quería interrumpirla durante la jornada laboral, ni presentarse en el hotel como un huésped más como había sido su primera intención. Quería verla primero; jugaba con ventaja, la traicionaba y lo sabía, pero estaba decidido. Quizás se sentara en una mesa contigua a la que ella ocupara, entraría para hacer una reserva o pedir una tarjeta. La ruta estaba trazada, pero los movimientos serían determinados por el azar; eso le carcomía.

Solo estaba seguro de una cosa: no iba a irse de aquella tierra sin ver sus ojos. Actuaría con discreción, como siempre lo hacía, pero... ¿qué iba a encontrar?

«Mil rutas se apartan del fin elegido, pero hay una que llega a él».

Tenía ganas de ella, y lo único con lo que realmente contaba era con la posibilidad de enviar una respuesta a sus mensajes...

De: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Para: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Sin asunto

12 de junio

Mi deseada Miranda:

Me encuentro en un ambiente propicio a la reflexión y la confidencia. Mis pensamientos vagan con frecuencia sobre las cosas y las personas que encuentro en la vida buscando quizás dónde posarlos para que terminen de existir. Estoy, desde niño, afectado por este vicio. No es casual que Michel Montaigne, creador del género literario llamado ensayo, sea mi compañero de viaje, ni que tú seas la depositaria de mis reflexiones. Paladeé tus palabras sobre la ausencia y me supieron a gloria.

Cuando te escribo, o leo tus palabras no existe la distancia. Lo que decimos se vuelve puente entre tu territorio y el mío.

Detuvo su escritura. La palabra distancia le había paralizado. Estaba tras sus pasos, soplándole el aliento en el cogote y Miranda era una mujer enferma de desconfianza. ¿Comenzar emboscado y silencioso yendo a su encuentro sin confesarlo? Decir que no existía la distancia era cuando menos una estúpida ironía.

Cerró el ordenador no sin borrar antes el mensaje. No tenía sentido que tratara de convencerla de que la lectura de sus mails le hacía sentirse feliz, cuando desesperado como un adolescente había roto las reglas del juego y caminaba por arenas movedizas. No la conocía, no la había visto, reclamaba el necesario contacto con la realidad, se lo había dicho, pero ella no quería conocerle. Por eso, con un sabor agridulce en la boca y presagiando un desastre que no tenía intención de evitar, volvió a vestirse.

Estuvo media hora en el baño y un buen rato ante el espejo. Rastreó el inicio de su cabello para ver si el tinte ocultaba su pelo blanco, revisó sus orejas y la nariz, se afeitó con extremado cuidado y se aplicó aquel aromático bálsamo facial que le había regalado su hermana. Quería dar una buena impresión. Antes de que oscureciera, y más atildado que de costumbre, abandonó el hotel para dirigirse expectante hacia Campocerrado. Condujo abstraído, reduciendo la velocidad al alcanzar la pedanía de Águeda. Allí se encontraba el restaurante El Sur.

El pueblo, o lo que fueran aquellas pequeñas edificaciones ordenadas, estaba alineado en filas de casas blancas, todas iguales y prototipo de las que se construyeron durante el franquismo. La modesta carretera comarcal lo atravesaba y servía, a su vez, de calle mayor. Un espacio se abría hacia adentro, conformando una plaza donde las banderas indicaban el albergue del ayuntamiento. A esas horas, y con el sol todavía alto, apenas estaba frecuentado. Cuando el asfalto se ensanchó en un cruce hacia campo abierto, tras unos metros de sereno arbolado, se topó con una casa blanca rodeada de higueras y cuatro columpios en cuya fachada se exhibía un cartel apenas visible: Restaurante El Sur. Alejandro tomó nota mentalmente de la

ubicación. Espió el lugar donde podía aparcar el coche con discreción y siguió adelante.

Bordeó el río y, un par de kilómetros adelante, se topó con una pequeña colina. La proximidad de la Sierra de Gata le prestaba al paisaje una frondosidad inesperada. Al iniciar un repecho avistó un panel construido con maderas donde se indicaba que en ese lugar comenzaba la finca de ganadería brava Campocerrado. En la parte baja, dibujado con pintura reflectante, un pequeño mapa situaba al viajero: a quinientos metros había una desviación hacia el hotel rural El Cielo Azul.

Miró a su alrededor.

—Esto está en medio de ninguna parte...

Miranda, pensó, estaba muy lejos del mar, pero también del bullicio, de un teatro o de los servicios que prestaba una ciudad. No sabía cómo encontraban sus turistas aquel remoto paraje, pero entendía que el recuerdo de un mal amor pudiera perforar la paz natural que se respiraba. Sin pensar demasiado en las consecuencias de sus actos, siguió adelante hasta toparse con una cerca de piedra interrumpida por un portón en el que un cartelito advertía de la existencia de animales en libertad. La imagen de un toro recortado en negro exhibiendo trapío y cornamenta resultaba absolutamente disuasoria. Sobre un poste había un par de buzones de correo y un interfono para comunicarse con el establecimiento. No pudo evitar que el corazón se le desbocara; si apretaba aquel botón rojo probablemente escuchara la voz de Miranda.

La finca estaba cuidada y cercada por una muralla de piedras y cantos rodados que se perdía en la lejanía. Permaneció embobado, detenido en una sorpresa que, aunque esperada, le paralizó.

«He llegado. Estoy en su territorio».

Se bajó del automóvil y aspiró el aire. Olía a campo. Las encinas vigilaban ordenadas la media luz de un cielo que se volvía rosa por momentos. Los robles bajos y alcornoques trepaban colina arriba a su espalda. En el horizonte, los animales paseaban con la indolencia de aquella secreta libertad y el silencio se rompía con la armonía de sus mugidos.

En ese momento recordó las palabras que ella había escrito... «Es un remanso de paz que no pienso contaminar con nada relacionado con

William».

Con un secreto pudor abandonó el lugar como si aquella frase le hubiera vencido o convencido. Su entusiasmo había desaparecido por completo; no obstante, volvió sobre su rodada mirando de vez en cuando a través del espejo retrovisor; la soledad era total y solo el murmullo de su automóvil rompía la paz del entorno.

A su regreso al establecimiento donde esperaba que acudiera Miranda, buscó un sitio desde el que poder ver la carretera. Lo encontró al amparo de cuatro olmos centenarios y frondosos que ofrecían el cobijo necesario. El cartel que rezaba Restaurante El Sur había sido encendido proyectando una luz escasa y azul. Aparcó. Durante unos segundos y mientras escuchaba su propia respiración, se sintió como un adolescente embozado a la puerta del instituto de su enamorada. Hubiera sido más sencillo apretar el botón del portero automático, presentarse en el hotel y terminar de una vez con aquellas aproximaciones vacilantes, pero necesitaba verla sin que ella se supiera vista. Encendió la radio, buscó una emisora de música clásica y, al acomodarse en el asiento, se vio reflejado en el cristal; parecía un detective neoyorkino vigilando a la testigo de un juicio de la que acabaría enamorándose.

Tras superar las tentaciones de largarse de allí, esperó. A que se apagara el incendio del atardecer castellano, a que cesara el temblor de sus manos, a que no se arrepintiera de su maduro arrojó. Esperó.

Diez minutos más tarde, un viejo utilitario aparcó a unos metros y el abogado se enderezó con curiosidad; era una falsa alarma. Un motorista y su acompañante llegaron instantes después. Acto seguido, un coche de gran cilindrada se paró en seco frente al restaurante. Aparcó con dificultad subiendo la rueda izquierda delantera sobre la acera y dando unos empujones que le dolieron a él.

—Esto no va bien... —musitó asustado en su asiento.

Una mujer menuda, muy bronceada y de pelo corto, salió del coche con el móvil pegado a la oreja. Calzada con unos tacones excesivamente altos parecía que iba a perder el equilibrio y que la noche acogería su naricilla estrellada contra el asfalto. Alejandro bajó la ventanilla para escucharla y quizás acudir al intuado traspié. Hasta él llegó el timbre de una voz chillona e indignada. No era ella. Aunque no pudiera reconocerla físicamente, el eco de

su voz estaba alojado en algún lugar protegido de su memoria. La mujer alcanzó su objetivo bamboleándose.

En ese momento su teléfono vibró en el fondo del bolsillo de la chaqueta. Sin sacarlo lo apagó. Por alguna razón, las llamadas de desconocidos se sucedían aquella tarde en la que debía permanecer concentrado; un todoterreno se acercaba a él disminuyendo la velocidad. Se ovilló aún más cuando vio que el conductor del vehículo tenía intenciones de aparcar a escasos metros. Se acercó hasta situarse a unos cuatro metros de él. Una mujer de melena castaña conducía, a su lado un hombre joven y en la parte de atrás el hocico de un labrador con ojos de caramelo se le quedó mirando. Un latigazo de reconocimiento le sacudió el estómago.

Las luces del todoterreno aparcado a su izquierda se apagaron y la puerta del coche se abrió, el perro salto del vehículo moviendo la cola como un ventilador, tras él la mujer que conducía, menuda, vestida con un pantalón beige y una camisa blanca, se deslizó hacia la noche ordenando su melena castaña. Llevaba en la mano un pequeño bolso.

—¡Zuri, ven aquí!

El perro salió corriendo en sentido contrario y como un intruso en la magia de su sorpresa el hombre que la acompañaba apareció por el lado derecho del vehículo. Era joven, guapo y sonreía feliz. Cruzaron unas palabras y se dirigieron hacia el pueblo por la carretera por la que el labrador había huido.

Cuando los perdió de vista salió del coche. Le temblaban las piernas. Agradeció el solitario paraje, la discreción de aquel rincón del país donde la vida parecía que transcurría lenta, sencilla y sin sobresaltos.

A lo lejos se escuchaban las risas de ambos y los ladridos del perro.

«Es ella», murmuró a la noche.

No era como la había imaginado. Era mucho mejor.

## 10

### A veces el azar se presente

«El momento elegido por el azar vale siempre más  
que el momento elegido por nosotros mismos».

PROVERBIO CHINO

De: Miranda Palazuelos (elcieloazul@campocerrado.com)

Para: Alejandro Velasco (velascoycaula@abogados.net)

Asunto: Me rindo

17 de junio. 23.12 h.

Mi querido Alejandro:

Quizás te encuentres muy lejos.

Me apetece imaginarte en una playa remota y paradisiaca del Índico, tumbado en una hamaca y con un coco relleno de alguna fruta fresca y nutritiva en la mano. Quiero que sea verdad la imagen que me baila en los ojos; tú dormitando con un novelón de Grisham deslizándose de tus manos mientras las machaconas olas hacen que se te caiga la baba. De vez en cuando pegas un respingo al despertarte desubicado, sin saber dónde estás, te frotas los ojos y te calas las Ray-Ban para poder mirar el horizonte. Voy a ser generosa, te lo debo, y he puesto en la escena otra hamaca a tu lado, quiero que puedas contar a alguien cómo es el paraíso. Pongamos que te acompaña quien te quiere y a quien, quizás, conduzcas a tus pasadizos secretos después de una clase de buceo y una langosta turgente.

En el edén, la línea Wifi no funciona y «tu prudente amistad» es una lela atormentada por un viejo amor de la que prefieres ni hablar. Me has olvidado y cualquier día de estos recibiré el paquete de William con un mensajero. Y harás muy bien. Esta costumbre de no vivir el presente es una estupidez.

La vida nunca es como la diseñamos; tú y yo lo sabemos, abogado, pero prefiero atribuir tu silencio al azar —inexistente en la tecnología— que a mi secreta convicción de que no vas a volver a dirigirme la palabra.

Hubo un trocito de milagro en nuestras líneas, trocito del que no quisiera desprenderme y por eso debes saber que he comprendido que la nostalgia nos ata más que un viejo amor. Y ahora viene cuando te pido disculpas por esta inoportuna e inesperada correspondencia. Sé que tu sabiduría en materia de flaquezas humanas te permitirá comprenderme. Intuí que debía hacer sola el camino, y así era. Entre la mujer que perdió la respiración en un abrazo, que se prometió a sí

misma que un armario debe ser individual y que es preciso una generosidad que no poseo para perdonar la deslealtad, debía de haber una Miranda que deseaba vivir mirando el horizonte y me puse a buscarla.

Prometo solucionar con William lo del paquete. Le obligaré a que retribuya tus servicios de embajador.

Ha sido un placer tenerte al otro lado y estás invitado a pernoctar en El Cielo Azul, habitación Julio Romero de Torres, cuando lo desees, pero ten en cuenta que durante los meses de julio y agosto tu hostelera echa la persiana y se va a la brisa de su costa.

Zuri, Nazareno y yo te esperamos.

Miranda

P.S. No te dije que me gustaba la poesía y que hay un poeta francés, René Char, que construye sus poemas con una fiereza conmovedora. Te envió uno de mis favoritos, aunque la traducción es una pesadilla; en francés como bien imaginarás las palabras de amor suenan maravillosamente. Si algún día tengo la oportunidad te lo recitaré en la lengua de tu pensador... ¡Estaba acomplejada con tanta cita de Montaigne!

*Consuelo*

*Por las calles de la ciudad va mi amor. Poco importa adónde vaya en este roto tiempo. Ya no es mi amor: el que quiera puede hablarle. Ya no se acuerda: ¿quién en verdad le amó?*

*Mi amor busca su semejanza en la promesa de las miradas. El espacio que recorre es mi fidelidad. Dibuja la esperanza y en seguida la desprecia. Prevalece sin tomar parte en ello.*

*Vivo en el fondo de él como un resto de felicidad.*

*Sin saberlo él, mi soledad es su tesoro. Es el gran meridiano donde se inscribe su vuelo, mi libertad lo vacía...*

El Cielo Azul era un lugar de paso. Las personas que escogían aquel enclave para alojarse acostumbraban a llegar al atardecer, tras visitar Salamanca y Ciudad Rodrigo. Unas veces, simplemente iban camino de Portugal (apenas a unos kilómetros de distancia), otras habían buscado aquel alojamiento con la finalidad de ver los toros bravos existiendo en libertad. Habitualmente, se despedían al día siguiente, después de haber dormido en un lugar que parecía un hogar. No era frecuente que sus clientes pernoctaran más de dos días, a no

ser que quisieran dar un paseo a caballo por la dehesa o quedarse a la fiesta de recortadores que se hacía una vez al mes.

Cuando partían, la casa iniciaba un momento de bullicio higiénico. Marga se encargaba de la ropa de cama y las toallas. Habían instalado en el sótano una pequeña lavandería y almacén en el que prácticamente había que pedirle permiso para entrar; era su reino. Allí, con la radio a todo volumen, la mujer tenía instalado su refugio. En ese lugar acumulaba mermeladas caseras, cañas de lomo y jamones que se curaban bajo su férrea tutela y que envasaba al vacío con una máquina que Miranda le había comprado. Tenía su pequeño negocio clandestino y no había cliente que no partiera con un par de productos ibéricos debidamente envasados en su maleta.

Miranda iba y venía cambiando el agua de los jarrones, pasando la aspiradora, horneando pasteles o sumergida en las tareas administrativas que tanto detestaba. Lía tenía los horarios ajustados a los de su academia de idiomas. Trabajaba cuando la necesitaban y solo pernoctaba en el hotel cuando Miranda se ausentaba. El salario le permitía ahorrar un dinero para cuando se fuera a vivir a Francia con su novio fisioterapeuta.

—Ha llamado Esteban. —Marga tenía los brazos en jarras y llevaba sobre el vestido un delantal blanco e impoluto rematado de puntillas y confeccionado por ella misma—. Me ha dicho que te recuerde que vendrá sobre las siete con Lía para que le ayudes con no sé qué carta...

—Ya, me acordaba, gracias. Es por la beca a la que quiere presentarse.

—Pues es raro...

—¿Qué?

—Que te acuerdes de algo...

—Ve al grano, que nos conocemos.

—Estás muy rara, como si se te hubiera ido el gas... ¿Qué te pasa?

—Marga, no soy una Coca-Cola. ¿A qué gas te refieres?

—Repito. —La mujer tomó aire, resignada—. Estás rara... pero como me pides que vaya al grano, te diré que estás alelada y más despistada que de costumbre, que ya es decir... —insistió, plantada ante ella sin mostrar intención de moverse—. ¿Sabes que hoy es viernes?

—¡Qué pesada estás! ¡Ya sé que es viernes! —protestó dándole la espalda.

—Creo que te prefería cuando te dedicabas a hacer magdalenas y bizcochos... ¿Vas a salir?

—Sí.

—¿Puedo preguntar quién te ha mandado las flores que Yuki ha traído?

—¡Ah, de eso se trata!

—No llevaban tarjeta y ya lo sabes, te he visto preguntárselo a ella...

La miró fijamente.

—A ver si bajas de las nubes. Me preocupas. Si no te conociera diría que te has echado novio, pero ya sé que en tu vida no hay sitio para más hombres.

—Cualquiera que te oiga diría que mi carrera amorosa es como la de Liz Taylor.

—¿Te has ciberenamorado?

Miranda soltó una espontánea carcajada y se volvió a mirar a aquella mujer a la que tenía un especial cariño. Nunca dejaba de sorprenderle la agudeza de su instinto. La conocía desde hacía muchos años, cuando era una adolescente y visitaba la finca en vacaciones. Prácticamente su vida había transcurrido en un radio de quince kilómetros. Era natural de Ciudad Rodrigo y allí se había casado con José Ramón, el capataz. Había vivido en la finca criando a sus tres hijos que, a su vez, se habían establecido en la comarca. Parecía construida como la ciudad donde había nacido: en piedra y amurallada.

—No te rías... —añadió con gesto adusto—. Estás pegada al ordenador, en edad de merecer y también de creer que se te pasa el arroz. Aunque vivas entre vacas, hay cosas que no tienen remedio... Ya lo dice el refrán, que un clavo quita a otro clavo...

—Ciberenamorado... —repitió Miranda mostrando perplejidad—. Marga, no sabía que todavía pensaras en el amor.

—Yo pienso en la salud, en la seguridad social y de vez en cuando en Dios. Pero tú aún no has llegado a eso, y eres una mujer muy guapa, aunque algo aventada. Considero que debo estar al corriente de tus amores... lo mismo te vas y me quedo aquí plantada envasando embutidos al vacío.

—¡Calla, anda, calla! Ponle una vela a tu Virgen de mi parte para que me salga un hombre decente...

—Un día va a haber un incendio con tanto cirio encendido en mi altar.

La mujer soltó un par de bufidos y se encaminó decidida hacia la puerta de salida. Miranda la miró con ternura. Estaba segura de que Marga se moría de ganas de averiguar qué había pasado esa mañana, cuando Yuki apareció con una hermosa orquídea y su cara de porcelana encendida. La japonesa no se dirigió a ella, se encaminó directamente a la habitación de Miranda ignorándola, y eso era un agravio que sin duda Marga no iba a olvidar. Después, forzosamente debía haber escuchado las risas, su complicidad, cuando en la cocina compartieron un poco de queso y jamón. Y Miranda estaba segura de que Marga tampoco olvidaría la rabia que sintió cuando tuvo que irse a comer a su casa sin saber de qué iba aquello.

La acompañó hasta la puerta. Llevaba el casco de su moto en el codo como si fuera una cesta. Iba a cumplir sesenta y cinco poderosos años y estaba claro que no temía a la adversidad, pero a veces, cuando la veía trotar en su ciclomotor por la dehesa, la hostelera sentía un escalofrío. Ni su familia ni ella habían conseguido bajarla de aquel motorizado potrillo que significaba la independencia y la libertad de su limitado mundo.

Permaneció unos minutos en el porche, oyendo el petardeo del ciclomotor, con la sensación de haber sido descubierta por la primitiva mirada de su mano derecha. La casa del mayoral, su marido, no estaba lejos, apenas un kilómetro adentrándose en la finca por un camino solo utilizado por el personal de la propiedad. Marga se lo conocía de memoria y el ruido excesivo que emitía el ciclomotor avisaba a los suyos de su tránsito.

Se dirigió a su habitación, recogiendo por el camino un periódico olvidado, cerrando puertas, corriendo cortinas. Ya en su espacio introdujo en el aparato reproductor aquel CD con sonidos del mar que Leire le había regalado. Tenía nostalgia. Conocía aquella sensación que empezaba con la evocación de algo y terminaba en la imperiosa necesidad de coger el coche y plantarse en Algorta para respirar y abrazar a sus hijos. Desplegó la esterilla y tras pegarle un autoritario grito a Zuri para que no la molestara con sus zalamerías comenzó sus ejercicios de relajación.

Era verdad que estaba en las nubes, inquieta, apesadumbrada... aceptó mientras mantenía la pierna derecha vertical y hacía giros con el pie correspondiente para alinear la cadera. No dormía bien, había roto sus

pequeñas disciplinas y el tiempo se le escurría en la noble tarea de marear la perdiz y comerse el coco. Las circunstancias habían detenido su vida amorosa hacía tiempo y ahora, según Yuki, el abogado estaba en Ciudad Rodrigo para darle un beso de tornillo y retozar por el campo.

—El de las flores puede ser un cliente —le había dicho a su amiga— o un proveedor. Ha dejado de escribirme, así que...

—No. Dijo mejor sin nombre. Quería sorpresa. Los clientes no sorprenden.

—¿Cómo era?

—Elegante. Antiguo. Un poco gordo. Pelo teñido.

—¿Antiguo? ¿Gordo? ¿Pelo teñido?... Pues sí que me lo pones bien. Se me están revolviendo las tripas. ¿Muy gordo?

—No gordo, solo un poco cuadrado. Olía bien. Educado. Chaqueta lino. Lleva sombrero y por eso me parece antiguo.

—¡Ay Yuki! Mejora tu descripción, pero a pesar de esas matizaciones me estoy acojonando. Creo que me he metido en uno de esos tradicionales y antiquísimos líos.

—No te preocupes. Todo lo bueno empieza por lío.

Abandonó la relajación; bullían demasiados pensamientos. El mensaje que le había enviado aquella misma madrugada al abogado lo decía todo; estaba con ganas de claudicar y solo necesitaba el empujoncito final. Quizás el deseo de conocerla había sido más fuerte que la obstinación de su amargura, se dijo satisfecha. Si Alejandro estaba en Ciudad Rodrigo... «¿A qué espera para venir a verme?», se preguntó mientras llenaba la bañera.

Sus vacaciones estaban a punto de comenzar. Para San Juan estaría en Algorta y saltaría la hoguera que se hacía en la playa de Arrigunaga. Haría una tortilla de patatas y se reuniría con viejos amigos. Pediría ese deseo que nunca se cumplía y abrazaría a sus hijos cuando volvieran de madrugada con hambre y olor a humo.

Durante los meses de verano el campo charro soportaba unas temperaturas infernales. Llevaba mal el calor. Le descomponía el cuerpo y el humor. Ese año, Miranda había decidido cerrar el establecimiento durante julio y agosto.

Buscó la esencia que su hijo Álvaro le había traído de Marruecos: un olor a madera y especias inundó el baño y su piel comenzó a brillar, aunque unos turbadores pensamientos no tardaron en aparecer. Acceder a la parte física y real de una relación virtual como la que mantenía con el abogado se le aparecía como el camino de un condenado a la guillotina. Hacía años que su cuerpo no era abrazado más que fraternalmente. Pensar en desnudarse frente a alguien le producía un escalofrío; un nuevo pudor se había apoderado de ella. Miranda no se sentía como las jovencitas que consumían el sexo como si fuera la hamburguesa de una conocida cadena de comida rápida. Ellas comían cuando tenían hambre, bebían cuando tenían sed y se acostaban con sus *partenaires* cuando les apetecía. Su generación no había llegado a aquel comportamiento aunque hubiera querido conocer la experiencia. La distancia que había que recorrer hasta alcanzar un encuentro apetecible le parecía insalvable en ese momento y le producía dolor de tripa.

Se puso una mascarilla en el pelo. El agua iba enfriándose y la sensación de bienestar le apaciguaba. Su vida en el campo no era precisamente propicia al galanteo. Olvidaba aquellos rituales aromáticos que en otro tiempo le habían gustado tanto. Cuando iba a Algorta se dedicaba a los hijos, a los paseos, a los amigos. No se había detenido a considerar que el deseo, como el agua, buscaba inexorablemente su camino emergiendo por cualquier inesperado resquicio. Hablaría con Manuel, se dijo a sí misma, esa misma noche se lo contaría todo y quizás la ayudara a remediar alguno de sus desatinos. Él sí era un amigo, y el último hombre frente al que se había desnudado.

El sonido de la campana rompió sus reflexiones. Dio un respingo que deshizo sus pensamientos devolviéndola a la realidad. ¿Un cliente? ¿El abogado?... No. La memoria le trajo la respuesta. Salió de la bañera mojándolo todo y se envolvió en un albornoz.

En la entrada de El Cielo Azul había un porche cuadrado y amplio rematado con dos columnas que se asentaban en un murete. A un lado, junto a los hierros donde se limpiaba el barro de las botas, Miranda había colocado un banco largo de madera que le compró a un chamarilero. Una vieja alfombra, un paragüero lleno de desvencijados bastones, además de una mesa en el centro, completaban la decoración. Era un lugar donde la gente esperaba

a los compañeros de viaje, a que cesara de llover, a que fueran a recogerlos o simplemente a que abrieran la puerta... Junto a ella había un timbre y, en un lateral, una vieja campanita de bronce que en otros tiempos había sido la encargada de que su sonido avisara de un posible fuego. Su tañido, limpio y penetrante, se oía en kilómetros a la redonda; los amigos la usaban, los huéspedes apretaban el botón del timbre porque un cartel les rogaba que así lo hicieran; era una señal acordada.

Se acercó al interfono y, distorsionando la voz, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Esteban.

Suspiró aliviada. Cuando abrió la puerta el chico revolvía las tarjetas y mapas que había en una vieja sopera de loza sobre la mesa.

—Vienes pronto —dijo la hostelera mirando el reloj—. ¿Y Lía?

—Me ha traído en su coche hasta la cerca, tenía que hacer un recado. Me pidió que te dijera que estará aquí sobre las siete. Perdona, ya veo que te he pillado mal.

—Pasa y ponte un café o lo que quieras mientras termino de arreglarme —ofreció Miranda—. ¡No la dejes entrar! —extendió su dedo índice hacia la perra, que en ese momento se hacía la tonta y caminaba tras ellos.

La perra tenía prohibidas determinadas estancias de la casa. No podía estar en el salón, el comedor o las habitaciones. Soltaba demasiado pelo y había clientes que se habían quejado de falta de higiene. Ella dominaba el exterior y se pasaba gran parte del día en el porche trasero, o a los pies de Miranda. Pero siempre acudía a saludar a los visitantes.

—Me quedo con ella.

Esteban se sentó en el banco acariciando al animal. El joven mantenía una relación con Lía y no era extraño verle por los alrededores de El Cielo Azul, buscando a su novia. Sus padres vivían en Águeda, y aunque trabajaba en una tienda de Ciudad Rodrigo había terminado sus estudios de fisioterapeuta deportivo y quería postularse a una beca que ofrecía una fundación en Burdeos; ella se había comprometido a ayudarlo en la redacción de una carta en francés. Sabía que si se la concedían Lía se iría con él.

Después de aclararse el pelo se esmeró en poner orden en sus aposentos. No le gustaba demasiado recibir al novio de Lía en su habitación, pero en

recepción apenas había espacio y además se le había ocurrido algo. Dejó que su melena se secara al aire y se vistió con lo primero que encontró; más tarde tendría que elegir atuendo para salir a cenar. «Quizás para él», pensó mientras notaba el olor que la esencia árabe había dejado en su cuerpo.

Todos los jóvenes le recordaban a sus hijos, a aquella etapa de la vida en que uno iba pisando cabezas sin enterarse. Eran frágiles en su interior y valientes y osados en su vida cotidiana, les sucedía lo contrario a lo que se experimentaba en la madurez... Esteban era un chico sencillo, pero decidido a superar los límites de aquella comarca.

Mientras trabajaban en la carta, Lía llegó para recibir a un par de huéspedes que tenían anunciada su llegada al atardecer. Saludó a Miranda y besó a su novio. Luego desapareció canturreando.

—¿Cómo vas con el francés? —Miranda se interesó por los avances lingüísticos de Esteban.

—Me voy arreglando, escucho la radio, pero escribir...

—Tu inglés es muy bueno, eso compensará.

—Los franceses de Burdeos, los que necesitan rehabilitación, no hablan inglés, me han dicho que hay muchos españoles de la época de la guerra y que los hijos estudian español, que chapurrean, que estamos de moda...

—Alguna vez tendría que ser...

—No me preocupa eso. Quiero irme de aquí y luego que venga Lía... Lo mismo da que sea Francia o Inglaterra, pero esta beca me hace falta.

—Poco a poco. La vida es como subir a una torre, no se ve el paisaje hasta que uno está arriba... Esteban, quiero pedirte algo. —Miranda había decidido mover ficha—. Y me gustaría que quedara entre nosotros.

—Por supuesto, si está en mi mano...

—Tengo que hacer una llamada y no quiero que reconozcan mi voz o mi teléfono. Es a un conocido que me prometió venir a verme. Me han dicho que podría estar aquí. La verdad es que es un pesado y no me gustaría tener el compromiso de alojarle. Esta mañana he recibido unas flores que no llevaban tarjeta y tengo miedo de que provengan de él.

—Entiendo.

—Te he anotado aquí el teléfono. Dile que le llamas de la floristería y que alguien ha olvidado allí un libro, que quieres saber si le pertenece. Si te

dice que no sabe de qué hablas te disculpas y le cuelgas.

—Chupado.

Esteban cogió el teléfono sin rechistar. Nadie contestó. Lo intentaron de nuevo sin conseguir respuesta.

—Déjalo... Quizás me haya equivocado.

—¿Quieres que lo siga intentando?

—No. Gracias Esteban. No tiene importancia. Recoge las copias en la impresora de recepción y dame un ratito para terminar de arreglarme. Te llevé a Águeda si quieres, pues voy a cenar donde Manuel.

—Perfecto.

Cuando el chico desapareció encendió el ordenador y tecleó la dirección del hotel rural de William y Frances. Era la tercera vez que visitaba la web en esa semana. Volvió a pinchar en la fotografía donde aparecía el escocés junto a su esposa. Buscaba un espejo que le devolviera un sentimiento algo más definido y preciso del que poseía. Quería saber si sentía rabia, dolor, ira, frustración para decírselo al abogado en caso de que apareciera. Miró los ojos de William enturbiados por los píxeles de la pantalla y comprobó que una pujante indiferencia afeaba los rasgos que en otro tiempo contemplaba como si se hallara frente a un adonis.

Unos golpecitos en la puerta y la voz de Lía la sobresaltaron.

—¡Adelante!

—Ya están registrados. He puesto en nuestra web que estamos completos. Se te va a hacer tarde...

—Gracias Lía, dile a Esteban que voy enseguida. Vendré pronto. No tengo muchas ganas de juerga. Lo digo por si quieres hacer planes.

—Estupendo.

Unos minutos después se miró al espejo. Se había puesto la blusa blanca que tanto le gustaba y el cinturón étnico que acentuaba su silueta. Repasó con las yemas de los dedos el arco de sus cejas, la piel suave que contorneaba sus ojos, su nariz... Respiró profundamente. ¿Cómo no se había dado cuenta de que llevaba años medio muerta, respirando por una ranura, esperando quizás la explicación de lo inexplicable? Volvió a llenar su pecho de aire y esta vez notó que el corazón se le ensanchaba. Trató de buscar aquella Miranda ciega

y sorda cuyo mundo se detenía cuando William no estaba a su lado y un escalofrío de consciencia le recorrió el cuerpo.

Se pintó los labios, se perfumó y eligió unos pendientes grandes y bailarines que le traían suerte. Zuri entró en el baño meneando la cola y mirándola con sus ojos de amor eterno.

—Me voy, princesa mía, pero vengo en seguida. —La labradora, en un ataque de lealtad, puso sus patas delanteras sobre sus pantalones—. Sí, bonita, a ti te lo puedo decir... ya no soy sirena y daría lo que fuera para que el abogado estuviera por aquí y me abrazara con el amor que tú lo haces, mi Zuri linda...

De niña, su madre le contaba un cuento por el que sentía predilección. Era la historia de una sirena que se enamoraba de un pescador. Muchas veces soñó con aquel personaje que su madre vestía con lentejuelas plateadas. La veía casi real, emergiendo en medio de la oscuridad de sus mares a sentarse en las rocas para mirar las estrellas y escuchar el murmullo de la vida terrestre que acogía a su enamorado. También ella quería comprender, vivir en aquel mundo en el que se caminaba por la arena. Al alba, cuando los pescadores se aproximaban a la playa caminando con decisión hacia sus barcas, la sirena, asustada por lo desconocido, se adentraba en las profundidades, sabiendo que si la encontraban solo verían su cola plateada, tan semejante a un enorme y deseado pez. En ese momento no encontraba una metáfora mejor para explicar la fragilidad que le había dejado su relación. Tenía que sacar las piernas de aquella cola, incluso instalar una cremallera para navegar por los mares o pasear por las playas.

Salió de la habitación, sacudiéndose los pelos de su perra mientras ella acortaba por el ventanal en la misma dirección. Esteban la esperaba en el porche con Lía sentada en sus rodillas. La noche estaba a punto de engullir los restos de un cielo anaranjado y hermoso. Miranda dio un suspiro.

—Lía, si viniera o llamara un tal Alejandro Velasco le dices que venga, que le espero y me pones un mensaje.

—De acuerdo. ¡Qué bien hueles!

La perra se había apostado junto al todoterreno y gemía temerosa de que su ama partiera sin ella. La joven la llamó para sujetarla, pero Miranda se

apiadó y le abrió la puerta de atrás. Zuri saltó al interior relamiéndose las babas agradecida.

—Ya veis, no tengo autoridad.

—Manuel no deja entrar animales en el restaurante —le recordó Esteban.

—No te preocupes, no pienso quedarme mucho tiempo. Aparcaré allí. Te acompañamos hasta Águeda, y ella me espera en el coche.

## 11

### Bajo tus estrellas

«... Se puso a escribir. Era un gusto juntar palabras y observar cómo se trababan en singular combate, representando la lucha nunca vista entre el tigre y el tiburón, el alacrán y el as de espadas, o sucumbían con solo conocerse a los hechizos de un turbulento amor...».

LUIS LANDERO

El animal había salido lanzado del vehículo olfateándolo todo, dispuesto a marcar el territorio con sus pises. Miranda, tranquila, lo seguía con la mirada entre las sombras de la noche mientras cerraba la puerta de su coche. Pronunciaba su nombre, o silbaba llamándola, palmeándose el muslo. El animal iba y volvía enloquecido en aquel territorio poco habitual. La noche resaltaba el blanco de su camisa, la cintura estrecha enmarcada y un pantalón holgado que escondía la silueta de sus piernas.

El abogado hundido en el asiento de su coche de alquiler mantenía la boca entreabierta, bebiendo con deleite cada uno de los detalles de aquellas deseadas sombras. No podía dejar de temer ser descubierto. Observó la agilidad de la mujer que, más bien menuda, se movía como una jovencita exhibiendo una sonrisa franca. ¿Cuántos años tenía Miranda? Deseó no estar tan comprometido en su escondite.

Se había ido deslizado con sigilo permaneciendo semioculto, estirando el cuello para no perder la visión de su objetivo. Un profundo sentimiento de vergüenza corría paralelo a su felicidad. Miranda quedó completamente iluminada al acercarse y quedar bajo una farola; tenía un cuerpo tirando a fibroso, no llegaría al metro setenta y se anclaba al suelo con movimientos sólidos y femeninos. Alejandro se fijó en la expresión de su rostro, en la piel morena, el resplandor de sus ojos, su mediterránea nariz y una boca que

sonreía con el dulce descaro de quien se ignora hermosa; parecía imposible que fuera a cumplir cincuenta años.

El joven que la acompañaba se reunió con ella. Juntos pasaron frente a su vehículo y enfilaron hacia la carretera que conducía al pueblo. Iban distraídos, ajenos a cuanto les rodeaba. Con el corazón desbocado, dejó escapar el aire retenido suspirando sonoramente, se enderezó en el asiento, abrió la puerta y salió a la noche cálida.

Se tomó unos segundos para reponerse de una agitación de la que no se sentía precisamente orgulloso. Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la cara. A lo lejos, en el aire de la noche reverberaba el bullicio procedente del interior del establecimiento y en dirección opuesta se escuchaba la voz varonil del chico, la risa de Miranda y los ladridos de Zuri. Sin pensárselo demasiado, se fue tras sus pasos.

En una ocasión, muchos años atrás, mientras paseaba por Barcelona con Fernando, un detective con el que solían trabajar en el despacho, este avistó a uno de sus objetivos sentado en una terraza con una mujer. El encuentro resultó fortuito, pero aquel hombre le obligó a sentarse en una mesa cercana para observarlo pues en su profesión el sentido de la oportunidad era un regalo que no se podía rechazar. «No puedo malgastar esta coincidencia. Tienes que ayudarme», le había dicho Fernando.

Durante media hora permanecieron testigos del deseo irreprimible de la pareja. Era tan urgente, que los enamorados, infieles ambos, habían olvidado la posibilidad de ser observados y se prodigaron caricias y arrumacos. El detective no tuvo ningún problema en fotografiar la escena mientras Alejandro posaba interpretando ser el protagonista de la imagen. Se sintió mal, como si se entrometiera en el plató donde se rodaba una película. Y así era como se sentía en aquel momento caminando tras aquella mujer. «La vida es un enorme escenario, mirar nos sirve para prepararnos para nuestra propia comedia», le consoló en aquella ocasión el profesional. Él estaba mirando la vida de otros sin su permiso.

Titubeante y bajo una iluminación más bien escasa, ralentizó sus pasos contándolos, entreteniéndolos con aquel matemático mantra. Iba hacia ella, pero ¿qué iba a hacer? ¿Se iba a presentar sin más? ¿Cuál iba a ser su actitud?... «Hola, Miranda, soy tu abogado, el que guarda el regalo del

cabrón de William...», ensayó mentalmente. «Perdóname, Miranda, necesitaba verte».

La luna, casi llena, hacía resaltar las siluetas unos veinticinco metros delante de él; una distancia prudente para no ser advertido. La pareja parecía conocer su destino. Las primeras casas emergieron bajo el alumbrado público; entraban en Águeda. Caminaron unos metros más y se detuvieron frente a una puerta en la que se había formado un corrillo de sillas. En ese momento un coche pasó iluminándolo. Se emboscó con rapidez al amparo del ramaje de un árbol. Desde allí observó sumido en la fascinación que le proporcionaba su vigilancia. Palabras entrecortadas llegaban ininteligibles hasta sus oídos.

Miranda repartía saludos, gesticulaba, agarraba a su perra. Permaneció unos minutos compartiendo quizás esos encuentros que las noches calurosas proporcionan a los ancianos de los pueblos. Tras unos minutos, la mujer besó las mejillas del joven que se mantuvo durante todo el tiempo a su lado, y giró su cuerpo volviendo sobre sus pasos. La perra la precedía saltarina, olfateando los troncos de los árboles que bordeaban la carretera. El abogado sabía que se acercaban irremediablemente, pero una fuerza que no controlaba le mantenía paralizado. Cuando apenas quedaban unos metros para llegar al lugar donde permanecía oculto vio, con más claridad, a Miranda deteniéndose y sacando algo de su bolso. Alejandro adivinó en seguida que se trataba de su teléfono porque en el interior de su bolsillo el suyo comenzó a vibrar. Lo descolgó y antes de que ella pudiera decir cualquier cosa le habló:

—Miranda.

—¿Dónde estás?

—No te asustes, estoy muy cerca.

—Yuki me lo ha dicho.

—Más cerca de lo que puedes imaginar. De hecho, te estoy viendo...

Salió al centro de la carretera para hacerse visible. Caminó hasta llegar a su altura. Su tensión se alivió al ver que ella sonreía divertida mientras abría desmesuradamente los ojos y gesticulaba su sorpresa. No lo pensó. Al llegar a su altura, el abogado la abrazó. Miranda se abandonó con docilidad a su

cobijo y durante unos instantes solo los ladridos de la labradora rompieron un mágico silencio.

Cuando por fin se separaron, y tras tomarse unos instantes para mirarse de arriba abajo con descaro, Miranda sonreía.

—Me alegro de que hayas venido, abogado.

—¡Qué descanso! ¡Creí que ibas a molestarte!

En ese momento las luces de un coche iluminaron la carretera. Corrieron hacia el arcén seguidos por la perra. El coche pasó deslizándose y alguien saludó desde el interior. Miranda respondió.

—Son amigos. Van a cenar.

—¿Contigo?

—No. Creo que voy a cambiar los planes. Soy una mujer educada y no dejó tirados en la carretera a mis invitados.

Volvieron a abrazarse. Ella olía deliciosamente, su piel era suave, acogedora, y entre ellos flotaba una sincera complicidad. Antes de que se desprendieran el uno del otro el abogado le susurró al oído.

—La virtualidad es un mal sucedáneo de la verdad. Tu abrazo es como lo había imaginado: perfecto.

Volvieron a sus coches y mientras caminaban Alejandro se tomó el tiempo suficiente para explicar el proceso de aquella decisión, salpicando la narración con pequeños gestos inconscientes. Sus manos colocaban un mechón de pelo de Miranda en orden, la tomaban del codo cuando el tramo estaba oscuro o simplemente acogía su cuerpo cuando se apoyaba en el suyo.

—¿Tienes hotel?

—Estoy en el parador.

—Te debo un *gin-tonic*, abogado, y además imagino que deseas conocer a Nazareno.

—He venido solo por él —bromeó algo nervioso.

—Pues sígueme.

«Ha sido fácil», se repitió mientras su coche trotaba tras el de ella. «Es auténtica». Le gustaba comprobar cómo se apoderaba la vida de sus dudas,

las reasumía y acababa tomando el timón. Ocasionalmente, era estupendo cederle las decisiones al instinto.

El todoterreno de Miranda giró después de un kilómetro y tomó un camino que atravesaba un campo que parecía guardar mejor que nadie los secretos de sus moradores. Le hizo un gesto con las manos frente al espejo retrovisor para que la siguiera de nuevo. Unos metros después se paró en el portón y accionó un mando. Repitió el gesto quinientos metros después en medio de una oscuridad que impresionaba a un urbanita como él.

Ya en El Cielo Azul Miranda le presentó a Lía. La chica miró intrigada a aquel desconocido. Cuando su jefa le dijo que podía irse y que la esperaba a las diez del día siguiente se comió la curiosidad que le despertaba aquel insólito y desconocido acompañante. El hotel estaba lleno.

Como dos viejos amigos prepararon algo de cenar y abrieron una botella de vino para luego sentarse en la terraza de los aposentos de la hostelera. Miranda quería contárselo todo y le pidió que escuchara. Deseaba hacerle saber qué era aquella expresión que había utilizado en sus mensajes: «Su mal de William».

Se remontó al inicio, cuando el escritor había dado aquella conferencia en la universidad. Siguió describiendo los pasos que su corazón le había obligado a dar hacia el inevitable abismo, los paseos enlazados, las noches de espera, la aceptación de los escollos. Durante mucho tiempo no había percibido nada extraño, impuesto o falso en el escritor. Se había limitado a escalar los peldaños hacia su paraíso. Mientras destejía el calendario de sus recuerdos, la garganta se le atascaba y él le acercaba la copa de vino o acaricaba su mejilla. «Quiero arrepentirme, deseo tener la sensación de mi parte de culpa en el fracaso, pero por mucho que lo intento no lo consigo. Me engañó y no le importó joderme la vida». Alejandro la empujaba a seguir tomando su mano, como si siempre hubiera estado allí. Tras exponer sus sentimientos por William suspiró y le habló de sus hijos, de las innumerables cosas que le hacían feliz, de su soledad, sus miedos o de cuánto echaba de menos amar y sentirse amada.

Luego le tocó el turno al abogado. Había que completar las líneas no escritas de los mensajes que se habían enviado. Cuando se hubieron vaciado

pasaron a mirarse sin fantasmas, dejando que el deseo corriera sin contar con la historia.

Se acurrucaron, uno pegado al otro, proporcionándose el amparo necesario para entregarse; luego se concedieron un tímido beso y después otro más osado, explorando ese prelude de unión en el que sabían que acabarían.

Miranda le había confesado sus temores, los restos de cautela que flotaban en su cerebro cuando pensaba en una relación sexual. Le había puesto en antecedentes de la descarnada situación de su cuerpo y su alma tras la marcha de William y él le había hablado de Neus, de la frontera de cristal que se levantaba en torno a su piel, de los amores sepultados. De su hija y de su corazón congelado. Del día que pisó por última vez la habitación de su pequeña, del pasador de pelo que guardaba en su cajón y del que no había hablado jamás a nadie, de las maneras imposibles en que había deseado borrar su pasado y de todos los momentos en que se encontraba con él.

Todo sucedió como si recorrieran los eslabones de una cadena, o las cuentas de un rosario infinito. La cautela al entregarse se había convertido en ternura y esta había despertado la pasión. Miranda agradeció el regalo de aquel combate olvidado donde la piel no necesitaba palabras. Juntos no tenían miedo. Estaban sedientos el uno del otro y lo sabían.

Al despuntar el día, Miranda se vio expulsada del paraíso por su trabajo, tenía que estar disponible para sus clientes y no convenía que la pillaran en brazos de un abogado. Alejandro se levantó de la cama con la sensación de que le arrancaban de un lugar donde quería permanecer.

—Antes de irme... Tengo todos tus mensajes en mi cabeza. Esta noche ha sido como ir rellenando de verdad todas nuestras palabras. Ha sido magnífico. Gracias. Pero me falta algo...

—¿Qué?

—El poema en francés.

—Cierra los ojos.

Miranda le cogió las manos y fue susurrando aquel poema desgarrador que en francés sonaba como una canción de Jacques Brel. Se abrazaron en silencio en el porche. Ella permaneció como una cariátide vigilante con su perro al lado; los sonidos del amanecer escandalizaban la intimidad que

habían compartido. Ninguno de los dos había pronunciado una sola palabra que hiciera referencia al futuro porque ambos sabían que para ello debían espantar la sombra de William.

El abogado condujo despacio, como un autómata que tuviera la cuerda escasa para llegar a destino. Se sentía enajenado, borracho, como si le corriera por las venas un narcótico que le mantenía encerrado y vigilante de lo que llevaba dentro. Ignoró la nube de polvo que levantaba su coche alquilado y atravesó Campocerrado con la sensación de que ya no podría alejarse de aquel lugar.

Más iluminada, la ruta parecía distinta a la que había hecho unas horas antes. Pudo ver sobre las lomas de la dehesa y entre las encinas grupos de animales oscuros, moviéndose con lentitud o quietos y magníficos. Su natural cautela había desaparecido. Flotaba.

Durante la noche habían hablado de ello, de los toros en el ruedo de la plaza, de la equidad de la lucha, de la muerte. A él le gustaba ir de vez en cuando a ver alguna figura del toreo, sentarse en la grada y contemplar un espectáculo que destilaba una estética salvaje y única. Había pocas cosas que se le parecieran y todas las culturas tenían su primitiva tradición, con frecuencia cuestionable. Miranda no era una activista irredenta, no podía serlo, pero despreciaba a quienes disfrutaban de la lidia y así se lo hizo saber.

Paró el motor cuando vio a unos metros, junto a la cerca, a un par de preciosos toros negros. El alba los envolvía en una bruma pálida y ligera. Se movían lentos, cabeceaban con sus cuernos apuntando a la mañana. Mirándolos la comprendió.

Hizo el camino de vuelta hasta su hotel concentrado, sin pensamientos, como si alguien le asistiera y lo hiciera por él. Necesitaba residir en un departamento estanco donde suponía que lo vivido no podría escaparse si él se mantenía inmóvil en su interior. Hacía tanto tiempo que no sentía aquella clase de felicidad... Estaba misteriosamente poseído por una sutil esperanza que aligeraba el cansancio que arrastraba. Solamente después de atravesar la recepción, pedir su llave y llegar a su habitación, aflojó. Se dio una ducha, cerró los viejos postigos por los que se colaba el amanecer castellano, ya radiante, se tumbó en la cama y el sueño le venció de inmediato.

No sabía de dónde procedía el zumbido que perforó su descanso unas horas más tarde. Tampoco estaba demasiado seguro de dónde estaba, pero abrió los ojos y de manera automática cogió el móvil que se iluminaba intermitentemente sobre la mesilla de noche. Sin tiempo de calzarse las gafas, contestó con una voz espesa:

—Dígame.

—Alejandro, soy William.

Su cerebro despegó a toda velocidad hacia la consciencia. El peso, que esa mañana tenía el nombre de su viejo amigo, fue capaz de situarlo en la realidad. Casi al mismo tiempo el rostro de Miranda verbalizando la decepción emergió poderoso. Imaginó a William enfrascado en una de sus novelas, envuelto en una nube de humo de tabaco y en casa de alguna mujer que le estuviera dando su amor para poder escribir nutriéndose de ella. ¡Cuánto necesitaba hablar con él!

—William... ¿Dónde estabas, cabrón?

—No he podido llamarte.

—¡Joder! Hace casi tres meses que te espero. He hablado con el insufrible personal de la editorial, con tu agente... Me mandas que entregue algo a una desconocida y tus teléfonos no están operativos...

—¿Lo hiciste?

En lugar de responder formuló una pregunta:

—Dime una cosa, ¿sigue siendo Miranda una mujer importante para ti?

—Más de lo que crees.

Una desagradable sensación subió a su garganta.

—Me acabo de despertar —prosiguió conteniéndose—, tengo que hablar contigo largo y tendido. Dame media hora, me doy una ducha, pido un café y te vuelvo a llamar. ¿De acuerdo?

—Solo tú eras capaz de hacer las cosas bien con una mujer como Miranda. Quería que la conocieras a pesar de saber que cambiarías de opinión sobre tu seductor amigo.

—Acertaste.

—Te lo explicaré todo.

Envuelto en su rabia y dispuesto a no perder lo que había encontrado, nada llamó su atención, sin embargo, cuando William habló sobre su paradero, percibió algo extraño, un retardo, una especie de ahogo en el timbre de voz del escocés. A su amigo le faltaba el aire entre palabra y palabra, las frases salían entrecortadas, heridas, y no había la sutil ironía cantarina que le caracterizaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó aprovechando una prolongada pausa.

—Llámame cuando estés dispuesto, mi querido amigo.

Colgó. Eran casi las once de la mañana. Con algo de suerte Miranda todavía andaría enredada en quehaceres. Tenía que ponerle al corriente de aquella llamada, pero se negaba a impregnar el precioso momento que vivían con la asfixiante presencia de William. Si se había tomado su tiempo para aparecer, él se lo tomaría para tener la certeza de residir en el corazón de Miranda. Estaba cansado, pero la euforia atenuaba su estado. Llamó a recepción, pidió café y algo para comer. Después se metió en la ducha con el vigor de un jovencito. Su cuerpo seguía deseando a Miranda. Estaba afeitándose cuando el camarero le llevó una surtida bandeja. Mientras bebía el café la llamó. Sí. Tenía hambre, pero lo que en realidad quería era comérsela a besos.

—Preciosa, ¿has podido dormir?

—He dado diez desayunos, recogido la cocina, hecho los *checkings* y hace unos minutos ha llegado Lía. En este momento me voy a meter a la cama.

—Eres una empresaria...

—Soy una pringada.

—¿Sabes de lo que tengo ganas?

—Dime.

—Me apetece escribirte.

—Hazlo, Alejandro. Te leeré al despertar.

—¿Podremos vernos hoy?

—No puedo pedirle más horas a Lía. Se irá a las cinco. Quizás pueda negociar que se quedé a dormir.

—Estaría bien. ¿Puedo acercarme cuando ella se haya ido?

—Sí, ven.

—Tengo muchas cosas que decirte.

—¿Más?

—¿Fue todo real?

—Sí lo fue, y eso me asusta.

—No pienso dejarte escapar, tendremos que lidiar con tu miedo y con tus toros.

Pronunció la última frase pensando en William.

Antes de llamarlo terminó el contenido de la bandeja, la sacó al pasillo, colocó el cartelito para que nadie le molestara y se tumbó cómodamente en la cama mientras, teléfono en mano, esperaba que al otro lado su amigo le respondiera.

—William, soy yo, Alejandro. ¿Estás disponible?

—Espera un momento, por favor.

A lo lejos, escuchó un burbujeo. Se hubiera dicho que el escritor tuviera cerca un acuario conectado a un sistema de oxigenación. Oyó a su amigo hablar con otra persona en inglés y sonrió al reconocer su marcado acento escocés que desaparecía cuando mantenían una conversación.

—Aquí estoy —musitó una voz apenas audible.

Alejandro se alarmó al escuchar cómo se iniciaba un ahogo que terminaba en un angustiante jadeo.

—¿William?

—Vas a tener que ser paciente. Tengo dificultades para respirar y no puedo quitarme la mascarilla de oxígeno durante mucho tiempo.

Alarmado, olvidó de golpe todo cuanto quería recriminarle.

—¿Qué te sucede?

—Tengo cáncer. Mis pulmones... Y no me queda mucho tiempo... —su amigo hablaba entrecortadamente.

El silencio se extendió como una mancha de aceite que lo impregna todo. Al otro lado, volvió el burbujeo y unos inespecíficos ruidos metálicos sembraron de angustia e inquietud la línea. De un plumazo nada tenía sentido. Las especulaciones, los reproches y hasta la extenuante revisión de los recuerdos estaban asentados sobre la vida, pero el dolor que proyectaba aquella palabra dejaba la ira en la cuneta.

—Ahora el cáncer o se cura o se cronifica. Se convive con él —expresó con toda la convicción de que era capaz y sintiéndose algo estúpido.

—Tienes razón, pero no hice las cosas bien, Alejandro... Ya es tarde, no puedo curarme.

—¡Joder, William! No me esperaba esto... Lo siento.

—¿Has conocido a Miranda?

—Sí. —Alejandro supuso que las dificultades de respiración le impedían cualquier sutileza—. Estoy al corriente de tu relación y también de la ruptura, pero no le he entregado tu regalo. —Hablaba como si tuviera que contarle en pocos segundos lo sucedido en tres meses—. No ha querido aceptarlo. —Coartado por la situación, ya no podía echar sobre él lo que había previsto—. Imagino que necesita tiempo y no estaría de más que le informara sobre tu situación. ¿Estás de acuerdo?

—¿Mantienes contacto con ella?

—Así es.

—Dime... ¿me ha perdonado?

—Creo que el dolor se ha atenuado, pero... le hiciste mucho daño William, mucho. Deberías llamarla.

—No. No puedo. Por eso te necesito.

—Conocerla ha sido un regalo. No sé si quiero darte ya el guantazo que te esperaba cuando me enviaste el paquete y no volviste a llamarme. Hacía tiempo que no conocía a una mujer tan maravillosa.

—Esa era mi intención, que la conocieras. Puedes contarle nuestra conversación, decirle que si pudiera volver atrás sería honesto con ella, que he sufrido por lo que hice. Yo nunca he sabido mucho de amor, Alejandro, tú lo sabes. No puedes imaginar cuántas veces he recordado nuestras conversaciones y lo presente que estás en mis pensamientos en este momento.

—Espero que al menos hayas escrito en estos años una preciosa novela de amor.

—Lo he hecho. He escrito mi única novela de amor y mi investigador muere...

Escuchó el murmullo apagado de su voz e inmediatamente una tos convulsa. Imaginó a William postrado, débil, esforzándose en conseguir un perdón que le permitiera morir tranquilo. Tras unos instantes de silencio su amigo pronunció una palabra de despedida en catalán, como un cariñoso guiño; luego emergió la voz poderosa de Francesc que le explicó que William necesitaba su mascarilla y no podía seguir la conversación.

La esposa del escritor, algo seca, y probablemente cansada de repetir el diagnóstico, le hizo una breve sinopsis. William era un fumador empedernido. Sus intentos de abandonar el vicio habían resultado infructuosos. Tres años atrás había acudido a un médico por un carraspeo incontenible y pertinaz. Las pruebas determinaron que el cáncer había comenzado a crecer y extenderse cómodamente por sus pulmones. Le intervinieron quirúrgicamente dos veces y le sometieron a periodos de radio y quimio. Tras mucha batalla, y cuando se encontraba visiblemente deteriorado, había rechazado cualquier tratamiento que le prolongara el sufrimiento. El desenlace estaba cada vez más cercano, pasaba gran parte del día bajo los efectos de una fuerte analgesia y atado a su mascarilla de oxígeno. Él manifestó su deseo de ir a verlo. La mujer, con aparente control de sus emociones, procedió a darle unas eficaces indicaciones del lugar donde residían y lo despidió sin contemplaciones.

Había fabulado sobre la situación del escritor durante esos meses, intentando explicar aquella extraña ausencia de noticias. Lo imaginó viviendo en la selva, en una cárcel acusado de bigamia o dulcemente ajeno a la vieja Europa en un país de benévolo clima cortejando a una magnate del turismo, pero nunca se le ocurrió pensar que estaba gravemente enfermo y en sus, probablemente, últimos meses de vida. El sentimiento de compasión fue abriéndose paso en medio de la espesura de sus emociones. La revelación lo había cercenado y necesitó un tiempo para tomar consciencia de lo que estaba sucediendo.

Bastó aquel «adeu» jadeante, guiño a Barcelona, y su, en otros tiempos, adquirida manera de despedirse para que, en la trastienda de su alma, se abriera la puerta donde se alojaban las pérdidas de su vida. Allí residían su padre, su madre, el primo Fernando, con el que era tan fácil sentirse bien, y estaba ella, su pequeña reina, presidiendo luminosa la habitación. Elena, su

niña, con sus ojos oscuros y redondos, sus rizos y su olor a dicha. La vio, espléndida, al otro lado, en ese país al que el ser humano exilia el dolor para poder seguir viviendo.

Se quedó mirando al techo hasta que abrió su portátil y miró el mapa de carreteras; la Dordogne francesa, estaba a casi 900 kilómetros de allí y las combinaciones por tren o avión eran malísimas. Era mejor desplazarse desde Barcelona. Introdujo en el buscador Google la dirección que la mujer de William le había proporcionado. En unos segundos la página del caprichoso establecimiento estaba frente a sus ojos.

—Te has especializado en emplazamientos rurales...

Vio las fotos del establecimiento y aquella en la que el escritor posaba junto a su mujer, ignorando que su hostelera, horas antes, había hecho lo mismo. Leyó con atención, cotejó fechas, informaciones, con las que había escuchado en el relato hecho por Miranda y sus neuronas conformaron el perfecto mapa de los últimos años de William. Lo siguiente fue imaginar la densidad del sentimiento de traición que experimentaría su amada cuando conociera la situación. Ya no podría rebelarse o mantener la conversación pendiente con un moribundo. Soltó un par de improperios. Estaba enfadado y en una situación que ni su gran Montaigne resolvería con la destreza de su prosa. Debía decírselo a Miranda, pero antes quería disfrutar de ella durante unas horas sin la sombra de aquella tragedia.

Observó el reloj. Se conectó a su contestador. Neus le pedía que la llamara, al parecer iba a celebrar su cumpleaños y lo necesitaba. Chasqueó la lengua, incómodo; la había olvidado por completo. Llamó a su hermana para comprobar que la vida seguía su curso, y tras ratificar que así era se vistió y salió a pasear por la ciudad. Necesitaba pensar fuera de una habitación de hotel y encontrar un cierto alivio.

Unos meses después de la muerte de su hija, cuando su vida y la de Mariana, su mujer, se desintegraba en pedazos irreparables, William Urquhart había aparecido por Barcelona con el único propósito de acompañarle en aquel viacrucis. Nunca supo cómo se enteró de lo sucedido, y ahora volvía a acosarle aquella pregunta impertinente perentoria: ¿qué amigo común habría podido darle la fatal noticia? Con su seductora sonrisa, sus cuentos interminables y su castellano mal articulado, había conseguido arrancar las

primeras sonrisas a su mujer; la primera luz renacida en el abismo en el que ambos se precipitaban en caída libre. Con ademanes caballerescos, el escritor se centró en Mariana, llevándola con él a presentaciones de libros, conferencias y conciertos. «Necesita separarse de lo que ha sido hasta ahora. Construir otro mundo». Aquel también era su amigo.

Alejandro aún se preguntaba cómo había conseguido que su mujer dejara de llorar y volviera al mundo de los vivos. Evidentemente, su poder de seducción no tenía límites. En ese momento lo veía claro. Fue él quien consiguió contra todo pronóstico que le acompañaran a Turquía. Una bella italiana, propietaria de una villa a orillas del Bósforo, les esperaba en el aeropuerto con ojos de cervatillo enamorado. Por primera vez era consciente de que había querido a su amigo sin involucrarse en su vida y que ahora, con Miranda por medio, le costaba comprender su generosidad para con su manipuladora utilización de las mujeres.

Después de comer en una terraza descansó un rato. Estaba ansioso por llegar a El Cielo Azul.

Miranda había dormido unas horas y se sentía descansada a pesar de aquella sensación de extravío que no la abandonaba. Ella lo relacionaba con el chute de hormonas que proporcionaba el sexo y el abandono en brazos de una pareja. Lo había visto en el canal científico; la ternura era una droga.

Lía la miraba con curiosidad. Lo sabía. La noche anterior había llegado con Alejandro y no había podido decirle que era un cliente porque el hotel estaba lleno. Cuando por la mañana reapareció, los estragos de la noche eran visibles en el cansancio de su rostro, pero la chica tampoco hizo ningún comentario.

Cuando salió de su habitación, vestida y arreglada, eran las tres y media de la tarde y solo quedaba un cliente.

—Puedes irte, Lía.

—¿Has descansado?...

—Sí, gracias. Estaba agotada.

—Me voy entonces. —Lía agarró las llaves de su coche—. Vamos a la finca de Alberto Montilla. Ha organizado una de sus tardes de piscina y

paella.

—Entonces...

—Si me necesitas llámame. —Luego le guiñó un ojo—. Jefa, hace tres años que trabajamos juntas. Es la primera vez que traes un hombre a El Cielo Azul, no es asunto mío, pero vendré esta noche si me necesitas. Lo primero es lo primero.

Sonrió con complicidad y le dio las gracias. Cuando se quedó sola volvió a sentir la ausencia omnipresente del amor. Había dado el primer paso, lo había hecho porque sabía que Alejandro no era como William, no le dejaría fantasmas para el resto de su vida.

Durante mucho tiempo había pensado que un día el escritor volvería a darle las pertinentes explicaciones. Estaba segura de que así iba a ser. Nunca se planteó que aquella certeza no era sino un mecanismo de defensa. Un amor intenso y mal terminado dejaba impresas las huellas de su existencia por todos los rincones. Cuando las reconocía, se despertaba la imaginación y creía verlo en el portal de su casa de Algorta, esperándola en la gasolinera de Ciudad Rodrigo, o en el supermercado. Su imagen irrumpía en el cine, en una iglesia o sobre un plato de guisantes, que ella sabía que le gustaban. Cuando sucedía, en su interior siempre deseaba decirle que había sido un miserable, que no comprendía el porqué de su actitud, que se arrepentía de haberse entregado a él. Conciliador, le pedía perdón reconociendo, arrepentido, su mezquina manera de vivir, pero su fantasía terminaba siempre de forma abrupta, dejándola inquieta y enfadada.

No le había contado a Alejandro que, en ocasiones, de manera deliberada y dispuesta a recrearse en lo único que le quedaba de él, se metía dentro del guion de una de aquellas películas estúpidas que emitían las televisiones los fines de semana en la sobremesa. Melodramáticamente, sustituía a la protagonista y se volvía la replicante de un encuentro o una venganza. La nostalgia de aquel hombre le había resultado tan dolorosa que no pudo sino retorcer la realidad, aun sabiendo que era una tortura inútil.

Porque William se había ido el mismo día en que ella le desveló las dos cosas que la habían aniquilado: el descubrimiento de las vidas paralelas que

él mantenía y el alcance de la vergüenza que la envolvía por la enfermedad que le había contagiado.

Despidió al último cliente que quedaba en el hotel. Miró al reloj y tentada estuvo de llamar al abogado, pero el sonido del timbre de la verja terminó con su espera. En la pequeña pantalla le vio saludando con la mano al dispositivo y estuvo a punto de saltar de alegría.

Salió a su encuentro. ¡Tenía tantas ganas de abrazarlo de nuevo!

Se sentaron en el porche mientras Zuri revoloteaba entre ellos.

—He hablado con William.

Miranda escuchó lo que Alejandro le contaba. Lo hizo sin interrumpirle, consciente del esfuerzo y el cuidado con el que escogía las palabras. Sentir su mano en la suya le blindó el corazón, hasta que no pudo reprimir un sollozo.

—No sé si lloro por él o por mí. Si siento compasión o le detesto aún más por manchar este día en el que te esperaba feliz. Quizás tenga que perdonarle, por mi beneficio, desde luego, pero no siento que quiera hacerlo. Estoy enfadada porque la terca realidad me ha dado esquinazo. Vuelve a abandonarme, ¿lo comprendes?

—Lo comprendo.

—Necesito que me escuches —le imploró llorosa—. No es así como había imaginado nuestros primeros encuentros y lo siento. La fantasía nos prepara para lanzarnos a la realidad. Hubiera querido envolverme en glamur, que se diluyeran las cicatrices de mi vida, pero ya ves, aquí estoy con los ojos enrojecidos y llena de mocos hablando de otro hombre.

—Yo también necesito escucharte. William no es simplemente otro hombre.

—Quiero que conozcas cómo se fue... y por qué no puedo pensar en él sin rencor. —Miranda abandonó su lugar y se sentó de frente, mirándolo—. Hacía quince días que estaba de viaje, París, Londres, Lovaina... no lo recuerdo, él tenía un sistema de información tan estudiado que era imposible seguirle el rastro. Ya hacía tiempo que me había resignado a no saber dónde estaba o cuándo volvería. Para ese momento todo se había desencadenado; yo había comenzado ya mi tratamiento antibiótico y me sentía fatal. No podía decir a nadie lo que me sucedía. Me sentía tan humillada... Conocía su realidad, que seguía unido a su esposa y que además tenía una amante

ocasional. Esto... —Hizo un gesto trazando con la mano una circunferencia a su alrededor—. El hotel, la casa donde se suponía íbamos a pasar el resto de nuestra vida... todo estaba casi terminado. Yo necesitaba esperarle, escuchar su voz pidiéndome perdón. Sabía que ya nada era recuperable, pero al menos... quería conservar los buenos recuerdos, el reconocimiento de su traición... no sé, hasta la posibilidad de poder saber de él en un futuro. No podía con la idea de que lo vivido había sido una farsa. No lo soportaba.

Se acercó a una mata de menta que había cerca del porche y retorció las hojas para llevárselas después a la nariz.

—Unos días antes había llamado a Manuel, mi amigo, el dueño del Restaurante El Sur, para decirle que estaba enferma y ofrecerle a un precio interesante El Cielo Azul. Estaba derrotada. No podía con mi vida, y menos aún con el arranque de un negocio. Manuel me ayudó enormemente y fue mi paño de lágrimas. Estaba lejos de mi círculo social, era uno de esos extraños en los que se puede confiar... Durante ese tiempo William llamaba cada dos o tres días... Tengo en mi cabeza el eco de su voz suave, melosa: «Cómo estás, Miranda, esto se está alargando, estoy muy cansado... te amo, llegaré pronto». Yo trataba de ser estratega, de que no notara que me moría por dentro. Le decía que estaba constipada o que me acababa de levantar para justificar el tono de mi voz. Quería que volviera. Como te he dicho, y esto aún lo siento como una obsesión, aunque supiera que todo estaba perdido y que no hacía sino alargar la farsa, necesitaba ejercer mi derecho a escuchar cualquier razón que él tuviera o, si me apuras, a que me engañara aún mejor de lo que lo había hecho.

»Volvió un lunes. Lo recuerdo bien. Siempre era lunes, o domingo por la tarde cuando regresaba. No le hizo falta mucho tiempo para entender que lo había descubierto. Le enseñé el diagnóstico de la ginecóloga. Entonces hizo algo impensable... Me acusó de infidelidad y de ponerle en riesgo con una enfermedad de transmisión sexual. Me puse como una loca y le desvelé todo cuanto había averiguado, el anónimo recibido, la llamada a su esposa... Dijo un «lo siento» y se fue.

—¡Qué mezquindad! —Alejandro la abrazó, ella se desprendió y prosiguió.

—¿Comprendes lo difícil que es para mí restaurar la confianza?...  
¿Entiendes el rechazo de su regalo? ¿La situación en la que me deja?

—El William que yo conocía no era ese hombre que describes.

—Sé que no es fácil para ti, pero no quiero iniciar una relación contigo sin que conozcas la verdad. No sé cómo vas a hacer para no contaminar tu corazón. —Suspiró Miranda.

—Eso ya no es posible, pero en el ejercicio de mi profesión he tenido que defender a algún culpable. No te preocupes por mí. ¿Qué sucedió entonces?

—Su ropa, sus libros, sus objetos personales quedaron en casa. No dudé que volvería en cuanto encontrara valentía para hacerlo. A las seis de la tarde tenía una cita con el médico y salí emboscada en mis gafas oscuras, avergonzada y triste. Cuando volví había desaparecido para no volver. Aproveché las dos horas que me ausenté para recoger hasta la última de sus pertenencias. Encontré sus llaves en la entrada junto a una nota que decía simplemente «Lo siento». Esperé, perpleja, sin poder creer que una relación de tres años donde según sus palabras yo era su alma gemela terminara de aquella manera. Unos días después destruí sus fotos, me deshice de todo cuanto hubiera tocado: regalos, libros, objetos de aseo... El resto puedes imaginarlo. Incrédula, atónita. Para William aquel «lo siento» fue suficiente para cerrar los años compartidos; eso fue lo verdaderamente insoportable. Yo necesitaba una conversación, pero él era un cobarde. Se invierte demasiado en el amor. Él había marcado a fuego la silueta de mi vida; estuve a punto de perder a mis hijos, construí El Cielo azul para él y aquel día sentí que tenía las manos vacías. Le busqué tiempo después. Seguía necesitando hablar con él. Llamé a su teléfono diez, cien, cien mil veces. Acudí a los profesores que compartían cursos. Todos los mensajes, los mails fueron devueltos; después de aquel «lo siento» solo quedó la nada.

—¿No volviste a tener noticias suyas?

—Una postal sin remite... Hace unas semanas, cuando en uno de tus mensajes escribiste la palabra «Dordogne» se me hizo la luz. No es cierto que no me quedara nada de William. Tenía un anuario de los hoteles con encanto franceses que él me había traído. También una de sus libretas. Ambas cosas apuntaban a su destino. Debió de ser el inconsciente. Tengo la sensación de

que no sabía qué hacer con su vida y la duplicó en dos países distintos, quizás para vivir una única vida que encerrara su locura... Desenredo los días vividos, junto las piezas. Tú me has ayudado a hacerlo. Él me dejó envuelta en una maraña de mentiras sin salida y ni la psiquiatra que me ayudó con mi angustia tenía la solución.

Y sí. Había recreado muchas noches que él volvía. Imaginaba el reencuentro aderezando el acontecimiento con los tópicos malévolos que los guionistas de malas series escribían, con final feliz para despistar la pobreza de sus vidas, su insoportable verdad. Y también perdió el apetito, la alegría, las ganas de vivir, de amar. William no le concedió aquella última conversación que debían tener los que se habían amado como ellos lo habían hecho, y ahora, con las noticias que Alejandro le traía, ya no era posible. Le había robado definitivamente las palabras que recolocaban la vida y permitían aceptar lo único e irrepetible de la convivencia. No pudo alojarle en la zona de su corazón donde se guardaba a los seres amados, a los amigos, a los errores y necesitó matarle a golpe de años y daños. Por eso lo enterró sin éxito y retomó su vida sin él, hasta que el abogado le dijo que debía entregarle algo. Ahora se moría... Se moría de verdad y ella debía enterrarlo.

Miranda no llamó a Lía para abandonarse a un cortejo con el abogado. Alejandro se quedó junto a ella, ayudó con las tareas, la amó cuanto pudo y espantaron los fantasmas con la ternura, cerrándoles las puertas de aquella habitación en la que querían residir solos.

El lunes, el abogado emprendió su camino de regreso a Barcelona. Voló a lomos de aquel huracán de emociones insospechadas después de prometerle a Miranda que él no huiría a ninguna parte. Ella le creyó, se quedó preparando desayunos para sus clientes, escogiendo naturalezas para los centros florales y regando aquel germen de esperanza que había encontrado en su abogado con buenos pensamientos.

De: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Para: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Asunto: Quiero estar ahí

22 de junio

Vuelve el tiempo a ponerse pesado. Escucho el tic-tac de mi vida. No me basta, Miranda. Tu voz al teléfono o estos mensajes no me bastan. De pronto, el concepto de tiempo se ha vuelto una chincheta en mi zapato. Lo pierdo sin ti. Enamorarse es una revolución necesaria, aunque tengamos media vida recorrida y veamos lo empinado del camino. El amor es la respuesta, el líquido que engrasa las articulaciones que empiezan a resistirse. Tu amor.

Mañana, casi hoy pues van a dar las doce, San Juan se vestirá de domingo, de verbenas populares con las plazas ocupadas por orquestas de baile. Yo, que en el fondo llevo un jovencito bailón en mi interior, echaré de menos llevarte conmigo envuelta en un bolero. Para no estar huérfano, iré a Sitges con mi hermana y mis sobrinos a saltar hogueras sobre la playa. Ella se va a Atenas en unos diez días para residir allí tres meses, así que debo aprovechar mi tiempo.

Ahora la dosis de realidad... Me he mantenido en contacto con William y desde luego con Francess Urquhart. No creo que pueda esperar mucho, así que en dos o tres días partiré a verle y probablemente despedirme. He contemplado las opciones: volar al aeropuerto de Mérignac directamente desde Barcelona o hacerlo al de Bilbao y allí alquilar un coche. Elige tú.

Me escondo. Huyo de todo. No quiero que se me escapen tus ojos.

Alejandro

De: Miranda Palazuelos ([elcieloazul@campocerrado.com](mailto:elcieloazul@campocerrado.com))

Para: Alejandro Velasco ([velascoycaula@abogados.net](mailto:velascoycaula@abogados.net))

Asunto: Re: Quiero estar ahí

23 de junio

Ayer me levanté al alba y conduje como si llevara el piloto automático. Ya se me había terminado la resistencia, necesitaba la brisa, la dulzura de este aire, me ahogaba en Salamanca y Marga, que me cree ciberenamorada, me ha empujado a irme.

Los chicos tienen la casa como una leonera, pero todavía no he tenido tiempo ni ganas de ponerme en jarras y tomar la plaza de mi hogar. Siempre tengo que hacerlo. Ser madre. Pegar cuatro gritos. Deshacer la pensión donde ellos se alojan tan ricamente. Álvaro trabaja y Leire está en la playa. Solo me es fiel Zuri, que anda desorientada tumbada bajo mis pies mirándome con sus ojos de botón de azabache.

Ven abogado. Te esperaré en el aeropuerto el día y a la hora que me digas. Reservo hotel con una cama muy grande. ¿Dos noches?

Me gusta que conquistes mi corazón como lo haces. Avanzo. Me apodero de mí. Me sanas. Te hago sitio. Y desde que me abrazaste tengo unas urgentes ganas de ser feliz. Ven.

Miranda

## 12

### Si tú me dices ven

«Tuvo que dar un rodeo en la memoria  
antes de llegar a la evidencia...».

JUAN MARSÉ

El cielo estaba empedrado, plomizo y gris. Miranda agradeció secretamente la brisa que todos encontraban desapacible en aquel inicio de verano. La necesidad de abrigarse, de tomarse un té y quitarse las gafas de sol le pareció un regalo; la lluvia y el cielo encapotado se amaban de una manera secreta y silenciosa cuando se había crecido en el norte, aunque, a ojos de los habitantes insatisfechos, esa alegría constituía un perverso pecado que era necesario ocultar.

Por fin habían llegado unas vacaciones largas y anheladas. Iba a pasar una temporada con sus hijos, y solo eso le predisponía a la felicidad. El verano prometía estar rebotante de acontecimientos; a mediados de agosto Álvaro se iba a Australia y Miranda temía que, si encontraba un trabajo allí, aunque fuera miserable, haría lo posible por quedarse junto a su amada. Leire también tenía planes y se lo había manifestado: ir a la playa, dormir mucho, que le hiciera tortilla de patatas, ir al cine y hacerlo todo junto a su madre. Miranda sabía que sus deseos se torcerían en cuanto sus amigos tocaran a su puerta, pero hizo como si la creyera. Ella, por su parte, había decidido aprovechar el estío para pintar las habitaciones y reorganizar aquella casa en la que sus moradores iban y venían.

De cualquier forma, nada era igual. Alejandro, dijera lo que dijera, ya formaba parte de su vida. Desde su encuentro en El Cielo Azul, se escribían y hablaban a diario. En unos días estaría en Algorta y de allí partiría hacia Francia para visitar a William, que empeoraba por momentos. Ella le

esperaría. No quería estar presente en aquel trozo de su historia. En su corazón había perdonado al escritor, pero su compasión no era tan grande como para ir a decírselo al lecho de muerte.

A su hija le pareció que las nubes eran una señal oportuna para arrastrarla a un centro comercial. Con vocecita disuasoria le había dicho que necesitaba una asesora para la elección de un vestido «indispensable». Miranda odiaba aquellas reproducciones sofocadas de una calle llena de tiendas. El brillo fastuoso de los mármoles de aquellos palacios del consumo, su luz mordaz, la falta de aire limpio eran una perversa imitación de un paseo por la Gran Vía. Pero el amor maternal estaba por encima de aquel Las Vegas en el que Leire parecía convencida de encontrar ese vestido, ceñido como la tripa de un embuchado, que haría reflexionar a su príncipe sobre sus eternos valores.

Tras media hora, arrinconada en un probador de un metro cuadrado y sosteniendo las prendas que su hija desechaba con rotundos argumentos, Miranda se sintió vieja, inadecuada, obsoleta y cansada de ser madre. Pensó que el campo le estaba robando la tolerancia que exigía su condición. La salvaba de aquella tortura la tontera que ocupaba su pensamiento desde que Alejandro se había materializado. Se concentró en él, en sus ojos, en su voz y voló a su lado.

—¡Ama! Ayúdame...

Dejó escapar un suspiro y miró a Leire, que intentaba subirse la cremallera trasera de un vestido-guante.

—Este vestido necesita doncella.

A través de la cortinilla vio a una chica de la edad de su hija que se paseaba contoneándose frente a un espejo que había entre los probadores, postureaba como si posara para la portada del *Vogue*. Llevaba en la cabeza extensiones de un rubio platino que parecían forraje para caballos. Hirsutas, un par de ellas habían quedado pilladas en la cintura del pantalón y causaban el efecto de una colita de peluche. La música de un acorde machacón y repetitivo estaba a punto de provocarle una fuga que ni la filial generosidad podría evitar. Aquellas tiendas le ponían de mal humor, le hacían pensar en los requisitos para pertenecer del todo a la globalización y estaba harta de pensar aquellas cosas.

Le sucedía siempre que iba a los centros comerciales. Los pensamientos se le ahogaban, les faltaba esperanza, la deprimían y le parecía que su forma de vivir era un constante desacierto. Acababa comprando cosas innecesarias y con la sensación de haber perdido el día.

—¿Este no me hace mucho culo?

Leire se torcía en un gesto de vendedora de placeres en esquina parisina, algo más digno que la rubia de bote, pero en la misma línea. La música, o lo que fuera aquello, le hacía mover la barbilla arriba y abajo. Reconoció en los ojos de su hija algo de la mirada que tenía cuando, de niña, tomaba el biberón sin pestañear. Una oleada de ternura le hizo olvidar la tocata y fuga electrónica.

—Estás preciosa cariño... Este es perfecto, pero déjame decirte que lo que se invierte en culo es siempre a muy corto plazo...

—¡Ama!

—Me voy fuera, me va a dar algo con esta música, te espero en los bancos que hay delante...

—¡Cuesta ochenta euros! —exclamó indignada su hija—, se pasan un montón.

—Yo te lo compro, no te preocupes. Me voy.

Miranda hubiera pagado el triple con tal de salir de allí. Su hija lo sabía y a veces no eran tan casuales aquellas visitas en hora punta a una global firma para adolescentes.

Cuando llegaron a casa la tarde se había evaporado. Álvaro se había llevado a Zuri. Agotada, llenó la bañera y depositó en ella un resto de aceite de hierbas de la Provenza que alguien le había regalado; una vaharada de campo le vino a la nariz. Se sumergió, cerró los ojos dejando escapar una serie de suspiros y permitió que el calor relajara sus músculos. Su piel fue adquiriendo esa película impermeable con las gotas de agua resbalando caprichosamente. Levantó la pierna y apuntó con los dedos al techo tensando los músculos que se dibujaban en su extremidad como si se tratara de una atleta. Siempre lo hacía; buscar la verticalidad. Estaba orgullosa de sus piernas muy bien torneadas por la frecuencia con que montaba a caballo y caminaba por el campo. Al mirarlas, pensó en Alejandro. ¡Volvía la imagen del espejo, la memoria de su piel, la presencia de quien se anhela! Una

espontánea y embobada sonrisa se dibujó en su rostro. Intentó concentrarse para imaginarlo con veracidad, recreó sus manos, su risa, su mandíbula cuadrada y aquella manera que tenía de tocarla mientras pensaba. Era lo mejor de enamorarse... dejarse arrastrar al solitario vicio de imaginar.

Leire entró en el baño tras dar con los nudillos en la puerta, pero sin esperar respuesta. Le mostró uno de los posibles conjuntos que podía lucir con sus compras y ella tuvo que bajar de la palmera de sus ensoñaciones. Los hijos siempre pensaban que una madre era solo una madre.

—¿Te gusta más este o este otro? —Colocó la percha sobre su cuerpo poniendo cara de mujer con historia inexplicable.

—El verde, cariño... ¿Quieres dejarme un ratito tranquila?

—¡Ay, enróllate!

—Cariño, reconoce que me has dado una paliza considerable. Me merezco un ratito de tranquilidad...

—Este me queda genial —prosiguió ignorándola—. Se me olvidaba... Ha dicho aita que le llames sin falta.

—¿Me traes el teléfono de mi bolso?

Leire, canturreando, le dejó el móvil en una esquina de la bañera y después de darle unos besos sonoros que parecían no tener fin, cerró la puerta tras ella.

Miranda volvió a cerrar los párpados posponiendo la llamada a su exmarido, pero la magia se había roto y por un momento lo recordó en aquel baño, cuando sentía que la vida se había detenido esperando un futuro que no llegaba y ella se quedaba mirándolo mientras se afeitaba o se peinaba. Los mismos movimientos día tras día, la misma manera de secarse la cara, de aplicarse la loción, de hacerse aquella raya absurda en su precioso pelo rizado, sujetando el peine con el dedo meñique, estirado... En alguna ocasión cambiaba las toallas de lugar o le hablaba con intención de distraerle para comprobar si aún existía la posibilidad de que se alterara su rutina. Nunca lo hacía. Su cerebro tenía una agenda vital. La misma marca de cerveza siempre, el mismo modelo de zapato, el mismo abrazo... Parecía necesitar contar los pasos que daba en la vida en sus previstos trayectos; noventa y ocho hasta el beso a su mujer, catorce hasta la nevera para un vaso de agua, veintitrés hacia el garaje...

Se vio a ella misma preguntándose si todos los hombres del mundo vivirían de igual manera a su lado, amándola como en un manual, sin sorpresas, sin días de la semana, como un instante repetido y envejeciendo en el tiempo detenido. Si aquel gusano que se colaba en la manzana de la vida lo llevaba ella, los hombres a los que se amaba, o el amor mismo. Porque lo que sí era cierto es que no se podía acumular tanta ignorancia de la persona que tenías al lado como en un matrimonio. Por eso, en aquel baño ella se prometió que no volvería a casarse con nadie.

Hacían el amor cada sábado por la mañana. Un acercamiento mecánico con un final de gimnasia sueca y participante de un país eslavo al que no entendía porque hablaba una lengua extraña. Y durante el resto del fin de semana, un río de tristeza humedecía el ocio compartido, la rutina, los amigos y aquel territorio interior suyo, y nada más que suyo, que crecía y crecía extendiéndose como un desierto yermo.

Cuando se separó, contrariamente a lo que pensaba, le costó desprenderse de aquel abrigo protector de las costumbres. Le dolió la desnuda soledad, y hasta la rutina estúpida, pero luego, cuando pasaron los meses y fueron enderezándose los huesos vencidos, se encontró creciendo, sonriendo del todo y llena de vida. Cambiaba continuamente las cosas de sitio y alteraba lo cotidiano para comprobar si aquello le desestabilizaba. No lo hacía.

William la hizo sentirse la reina de un paraíso insondable en el que era posible compartir aquel secreto territorio. Fue él quien le regaló una seguridad benefactora convenciéndola de que amaba su desorden, sus búsquedas perentorias, su necesidad de ser muchas Mirandas. Creyó haber descubierto la felicidad y vio en sus ojos el reflejo de una carretera que conducía al futuro. Incierto. Sí. Pero futuro. ¡Qué poca destreza tenía para manejarse enamorada! Las cartas de la vida parecían marcadas y los hombres le torcían su destino.

Ahora volvía a sentir que caminaba a unos centímetros del suelo y que el laboratorio cerebral donde se producían las hormonas del placer trabajaba con jornada intensiva. El amor estaba diseñado para generar las sustancias que no segregaba la soledad. Con aquel cóctel de química certera le crecía la sonrisa, la paciencia, la tolerancia... Las hormonas del enamoramiento le sentaban

muy bien. Le fascinaba saborear el efecto de saber que, estuviera donde estuviera, su hombre pensaba en ella y volvería a buscarla para completarse. William le había mostrado el camino y debido a eso renunciar a él había sido tan difícil, pero le estaría eternamente agradecida. Sí. A su manera le había perdonado. Alejandro podía decírselo, y añadir que era debido a que el abogado existía. Era inútil prolongar la esterilidad de una inservible venganza.

Los hombres no eran lo esencial, el amor y la bioquímica que generaba el encuentro sí. Por eso las parejas podían formarse como les diera la gana, aquello no tenía nada que ver con los sexos. La orfandad remitía y conjugar los verbos en plural proporcionaba bienestar.

Abrió los ojos y quitó el tapón de la bañera; tenía que llamar a su exmarido.

Salió del baño y se envolvió en un albornoz de felpa que olía a su perfume. Mientras la bañera se vaciaba escuchaba el gorgoteo del agua desapareciendo en las cañerías, abrió la puerta para que los restos de vapor se escaparan y, dando un suspiro, marco el número de Álvaro mientras se hundía en el viejo sillón de cuero que había en su habitación. Le gustaban los rituales. Se lo había dicho al abogado, que con los años prefería repetir a innovar porque ya no creía en los peces de colores. Que le gustaba el bienestar, las casas confortables, la compañía de los animales y las plantas y que ella no iba a vivir en Barcelona. El abogado se había reído y le habló de su manía de buscar un lugar donde envejecer.

—Ahora sé que no era un lugar, sino a tu lado —le había confesado.

Le asustaba aquella certeza, pero ya no quería luchar.

—¿Cómo estás, Miranda? —respondió su ex sorprendiéndola.

—¡Álvaro! Muy bien aquí, respirando, en casa... Hacía mucho calor en Salamanca y esta temperatura se agradece. —Sintió un escalofrío y la pereza que la embargaba cuando hablaba con él—. ¿Qué tal vosotros?

—Nos vamos el quince a Marbella.

—Estupendo.

—Oye... Le he dicho a Leire que me llamas porque... Una mala noticia, el padre de Bego murió ayer. Mañana es el funeral, a las ocho en la iglesia de los Trinitarios.

—Gracias por avisarme. Tengo muy buenos recuerdos de él. ¿Irás?

—Sí. Llamaré a Manu y podremos tomar algo juntos.

—Pues nos vemos allí. Un beso y saluda a Cristina de mi parte.

Así eran las cosas. Quedaba la educación, el sentimiento de haber pertenecido a unos años en los que sucedían determinadas cosas, la relación con un grupo de amigos que presenció tu vida, la memoria social, los recuerdos vagabundos y errantes de una etapa en la que no recordaba haber estado presente del todo... Y naturalmente estaban los hijos, Álvaro y Leire, y la generosidad que derivaba de su presencia. Su exmarido era un buen hombre y le había dado más de lo que ella hubiera imaginado. Cristina, su mujer, había acogido con cariño a sus hijos y ella le estaba eternamente agradecida.

Anotó la cita y se dispuso a vestirse con las viejas y acogedoras prendas de su armario. Sintió unas repentinas ganas de encerrarse en aquella casa, de no hacer nada, de mirar por la ventana y languidecer comiéndose un paquete de patatas fritas viendo una película de amor mientras esperaba a Alejandro. Estaba de vacaciones. No tenía obligaciones y, además, se sentía feliz y lo aceptaba.

Apenas había terminado de vestirse cuando su teléfono volvió a sonar. Imaginó que Álvaro había olvidado decirle algo.

—Dime.

—¿Tienes un ratito para que te diga todo lo que quiero decirte? «No hago otra cosa que pensar en ti». —Alejandro canturreó la melodía de una de las canciones de Joan Manuel Serrat.

—Hemos hablado esta mañana dos veces... Se nos está yendo la cabeza, Alejandro.

—Lo sé..., pero me gusta vivir un ratito en las nubes. ¿Has hablado con tus hijos? ¿Les has dicho que existo? ¿Que llego pasado mañana a las diez?

—Para, para. Esta noche lo haré. Cenamos juntos en casa y hablaré con ellos, aunque la verdad es que no sé qué decirles. ¡Pobres! Se van a preocupar. Voy a tener que mentirles. En esta casa no se puede nombrar a William.

—No hace falta que lo hagas. Diles que te has enamorado de un barcelonés que va a los toros y punto.

—No soy antitaurina, pero ellos sí lo son, así que prepárate.

—Te llevaré a la Maestranza.

—Sabes que nunca te acompañaré a la plaza.

—No importa. A otros sitios sí vendrás conmigo.

—Dejemos las fantasías. ¿Has tenido noticias?

—Sí. He tenido una semana agitada. Neus se ha enfadado conmigo definitivamente cuando le he dicho que tengo novia formal y que voy a ser hostelero.

—¿Qué antiguo, eres abogado! No me refería a eso.

—Miranda, tengo que estimular tu sentido del humor, por ese lado flaqueas. Naturalmente que sé a lo que te refieres, pero lo hablaremos mirándonos a los ojos.

—¿Son tan malas las noticias?

—Digamos que la vida sigue el plan previsto, pero quiero que hagas un exceso, que pienses en mí y que me digas algo que me haga caminar por Barcelona como si no me perteneciera...

Y se las dijo. Pronunció palabras que creía prohibidas. Tras paladear y alargar con fruición unas cuantas estupideces, colgó el teléfono con el destello de la última frase y una sonrisa imborrable en su rostro. La voz del abogado, aunque dulce, e incluso conciliadora, tenía suspendida en el aire una pizca de gravedad; su existencia iba conquistando terreno. Todo era sencillo con él, por fin había alguien que sabía descargar la gravedad que imprimía Miranda a las conversaciones. Como decía Manuel, una no podía retirarse del todo de la felicidad.

Leire apareció de nuevo en la habitación y se sentó en el suelo junto a ella mirándola circunspecta y sin pronunciar una palabra.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué te quedas ahí mirándome?

—Ama. —La cara de su hija se tornó circunspecta—. Tienes que decirme si te sucede algo. Antes he entrado, hablabas por teléfono y ni te has enterado. Estás rara. —Permaneció unos segundos en silencio—. No es que te vea mal, pero parece que te pasa algo, como si estuvieras tomando pastillas.

No pudo evitar soltar una espontánea carcajada. Abrazó a su hija con ganas.

—Ven aquí, tesoro mío. No pasa nada malo, cariño, sino todo lo contrario. Soy muy feliz.

Leire había visto a su madre sin voluntad, ayudándose de medicación para levantarse o acostarse, más cerca de la muerte y la nada que de la vida, y sabía que lo que había generado aquel derrumbe había sido William y su fuga. Aquel tiempo había dejado en su hija el vicio de observarla con un temor residual.

—Leire, te juro que no tomo ninguna pastilla, pero es verdad que tengo que contarte una cosa. Tú tendrás la primicia, pero debes prometerme que te harás la tonta cuando lo cuente esta noche en la cena. No quiero que tu hermano se sienta desplazado.

—Prometido.

—Creo que me he enamorado.

Casi de inmediato, al pronunciar aquellas palabras que para ella lo explicaban todo, sintió que había metido la pata.

—¿De quién? —En los ojos de su hija notó un puntito de alerta.

—De un hombre que no es perfecto, ni demasiado guapo ni demasiado nada. —Miranda iba desplegando sus dedos para enumerar aquellas extrañas cualidades de Alejandro y disipar la estupidez de sus palabras—. Un hombre de esos que la abuela decía que se vestían por los pies, que tiene una historia a sus espaldas y que está dispuesto a quererme con la mía. Que sabe por lo que he pasado. Sabe de William, y desde luego que vosotros sois lo más importante de mi vida. Se llama Alejandro y es abogado.

—Amatxu, qué bonito lo que has dicho. —Su hija se tocaba el pecho—. ¿Te gusta mucho?

—Digamos que bastante. Sobre todo, porque le ha costado mucho conquistarme y me lo pone fácil. Pero estamos en el principio y yo ahora, precisamente por el pasado, voy con mucha cautela.

—¿Es normal? ¿Tiene hijos?

—Muy normal, cariño. Perdió a su única hija cuando era muy pequeña. Él también tiene costuras en el corazón.

Su hija se tiró a sus brazos y prometió guardar el secreto hasta que Álvaro llegara a cenar, pero no se separó de ella.

—¿Dónde vive?

—Ese es el único problema... En Barcelona.

A Leire le interesaban los pormenores del encuentro. Miranda se vio traspasando una frontera desconocida con su niña. Hablaba con ella como con una adulta, su hija se lo pedía. No entraron en detalles que no podían compartir, pero hablaron del amor, y sobre todo de las renunciadas a las que no deseaba exponerse.

Pusieron una mesa especial y cocinó los platos favoritos de sus hijos. Luego llegó Álvaro. Leire disimuló a la perfección su sorpresa y su hijo multiplicó por tres las preguntas que ella le había hecho. El anuncio de la pronta llegada del abogado ocupó la noche como una estela benefactora que borrara el pasado.

La curiosidad de sus hijos hizo que el día previsto no se despegaran de su madre, a pesar de que ella dejó muy claro que solo se encontrarían en terreno neutral; había reservado una mesa para los cuatro en un restaurante cercano de Leioa.

El avión llegó a su hora como la certeza de la necesidad de encontrarse. Alejandro le entregó por fin la bolsita de seda que contenía el regalo de William. Era bellísimo.

*El collar Sherezade es una réplica en oro de 14 quilates y ágatas del Brasil del que se encuentra en el Museo del Louvre, Sala Apolo, y que perteneció a la condesa Marie Valois de Guillaume.*

*Fue realizado en el taller de Lambert&Poirier, Rue Garousse 6. París 75017 por un artesano que intentaba con su bella creación suplicar el perdón de su amada. El día que lo acabó se lo entregó a un amigo para que hiciera de embajador y consiguiera que ella lo recibiera de nuevo.*

Miranda recordó un día en que William le había leído un párrafo de su última novela. Su personaje, el detective, compraba aquel mismo collar en París para asegurarse el perdón de otro agravio. Se sintió conmovida por lo previsible que había sido aquel hombre y lo ciega que había estado.

—¿No vas a ponértelo? —le preguntó Alejandro.

—Creo que no, pero es perfecto para el vestido que mi hija se ha comprado. ¿Estás preparado?

—Sí.

—Nos esperan en el restaurante. Están nerviosos y expectantes. Todos en la familia tenemos ganas de olvidar.

Guardó la bolsita de seda, que permanecía sobre su falda, en su bolso y antes de arrancar se volvió hacia Alejandro.

—Ya me lo has entregado. Tu misión acaba de terminar.

## Epílogo

*Julio, 2014*

*Mi querida Miranda:*

*Escribo estas palabras, atadas con las poderosas cuerdas que posee la cobardía y prisioneras desde hace años. ¡Qué ganas tenía de hablarte!*

*Por Alejandro sé que te mantiene al corriente de mi situación, y será él quien ponga en tus manos esta carta cuando vuelva a tu lado. Voy a pensar que esto es como si hubiera podido mantener la conversación que te debo. En el fondo, egoístamente, albergaba la esperanza de poder verte de nuevo, pero por nada del mundo quisiera que me recordaras vencido como estoy. Mi amigo me ha mostrado unas fotos de tus hijos y de ti. Parecíais felices y eso me conforta.*

*La muerte, en ocasiones, se toma su tiempo desde que anuncia su visita. Esa espera es, ciertamente, la peor de las penitencias, pero al menos te permite rebobinar lo vivido con prodigiosa lucidez. Soy como la contraportada de una de mis novelas... ¿Recuerdas lo que te decía? No puede escribirse hasta que uno ha puesto el punto final.*

*«Un hombre nace en tierras escocesas. Es escritor. Viaja impulsado por una necesidad; buscar el amor que supone le llevará al lugar desde el que podrá mirar el horizonte escribiendo historias, anclados sus pies y su corazón a un abrazo. Su vida y obra estará marcada por los encuentros y abandonos a los que somete a sus amantes, hasta que el cáncer le detiene y vuelve la vista atrás para escribir su mejor obra: despedirme de ti».*

*La esencia de la literatura, de cualquier historia envuelta en una trama, radica en el viaje que un personaje recorre hacia su objetivo y en los*

*obstáculos que encuentra en su camino. Me gustaba contarles eso a mis alumnos, reducir la literatura a ese viaje que en teoría hacemos al interior de nosotros mismos. Sin embargo, nunca les dije que había mucho más y que el éxito de esta empresa depende en ocasiones de conocer la naturaleza del objetivo, tantas veces emboscado por nuestra ignorancia.*

*Yo no supe, hasta bien entrada la mitad de mi vida, que el destino de la existencia era encontrar el alma gemela, el alter ego, o el amor que redime la profunda orfandad que todos sentimos. Tú y yo hablamos a menudo de ello. Desde Platón hasta nuestros días, soñamos con completarnos y creo que a causa de ese asfixiante anhelo he ido abrazando a seres maravillosos que con su amor me acercaban a mí mismo. Tú has sido lo más cercano que he tenido a mi alma gemela.*

*No creo en la soledad. Puede que nos proporcione algunos beneficios, pero no estamos diseñados para residir felices en ella. Siempre intuí que era en brazos de alguien cuando uno podía sentirse más cerca del entendimiento de la vida. Te lo confesé. Contigo supe que estaba en el camino, pero me dio miedo tu fuerza, Miranda, también tu flaqueza y tu determinada capacidad de hacerme feliz. Me dio miedo tu inmensa ternura, tu desmesurada entrega, tu agradecimiento, tus hijos, tus proyectos, la estabilidad con la que soñabas. Estaba aterrado y seguro de que tarde o temprano iba a defraudarte. Tú eres grande, eres tierra, cueva, abrazo. Y yo, en realidad, en el tiempo en que te amé, era un ignorante que no entendía lo que eso significaba.*

*Soy una persona cobarde y temerosa que se refugia en la fantasía para poder aceptar la finitud de la vida. Los hombres tenemos mucho miedo, pero nos sabemos en una situación privilegiada y administramos bien nuestro poder, así que en ese vicio egoísta de no prescindir de ningún amor seguí adelante hasta que Francesc me dio un ultimátum. Es una mujer independiente, dura, y nunca me necesitó del todo. Con ella podía ser eternamente Peter Pan. Me conoce bien y solo le importan nuestros hijos, su familia. Con ella vivo en una tranquila cárcel, pero desde que nos trasladamos a Francia, buscando lo que tú me ofrecías, hemos gozado de una extraña y final tregua. No te niego que la vida que he llevado estos últimos años ha sido opaca y determinada por mi enfermedad, pero al saber que la perdía he ido entendiéndola.*

*El mes próximo cumpliré cincuenta y tres años. Apuro el tiempo, pues sé que es escaso lo que me queda, para decirles a mis hijos todo cuanto me pareció trivial en el ayer y ahora se ha vuelto relevante. Trato de darles la presencia del padre que no tuvieron, o del hombre que no conocieron para que los días que les aguarden no estén sembrados de dudas y puedan reconocer y buscar su mitad sin estar obsesionados por mi ausencia. No sé si lo conseguiré.*

*Cuando me dieron el diagnóstico, y consciente de que algo definitivo sucedía en mi cuerpo, comencé una novela. La única que ha sido verdad. No quise dejar fuera a quien me había acompañado; mi alter ego, mi investigador, el famoso y liberal Doyle. Lo transformé en personaje real, en el protagonista que afrontaba finalmente el deseo oculto de todas mis novelas. La verdad que se me escapaba siempre en sus aventuras; mi infinita e insaciable necesidad de ser amado. Comencé a escribir con una fuerza y un aliento desconocidos, suficientes para afrontar el inevitable final. Fui feliz mientras lo hacía y encontré la paz. Finalmente, la vida, la de verdad, se coló entre mis páginas, puso voz a mis personajes y el milagro se produjo. Sé que he escrito la novela que se persigue durante toda la vida y que anula las aproximaciones sucesivas que fueron las demás. Te encontrarás en la dedicatoria.*

*Imagino que no puedes perdonar al William que te abandonó, pero perdona a este que te escribe, el que ha comprendido que residir en el amor es hacerlo en la libertad. No he conseguido olvidarte y toda mi vida guarda restos de ti. Si quisiste castigarme, la vida y mi memoria de ti lo han hecho en tu nombre. A menudo me he encontrado pensando que tú y yo formábamos parte de esos conjuros que el destino se reserva. Fuiste determinante en mi vida y precisamente por eso necesitaba pedirte perdón.*

*Tras el primer periodo de terapia, cuando me comunicaron que el tumor se había extendido y los resultados no eran prometedores, acepté mi destino con la ayuda de Frances, mis allegados y mi escritura. Pero tú sabes que estoy solo. Escribir es finalmente crear un territorio eterno, una segunda oportunidad donde los límites tercos de la realidad no cercenen los sueños. Todo lo que deseo decirte te lo dirá Doyle. Mi personaje es tan valiente como*

*yo quisiera haber sido, tan inteligente como para elegir, tan poco mezquino como para no engañar. Tú y yo sabremos de lo que habla.*

*Pensé mil veces en llamarte, en escribirte, en presentarme en Salamanca. Luego, me convencí de que no tenía derecho a hacerlo; mi gesto podría interpretarse como una desesperación de última hora, una más de mis miserias.*

*Mandé el collar a mi amigo Alejandro sabiendo que llegaría hasta ti por muy difícil que se lo pusieras. Que él te ayudaría a enfrentarte al dolor que te causé. El collar tiene una historia hermosa y quizás a estas alturas y con tu sagacidad sepas que es el mismo que está en la novela que escribí a tu lado. Cuando elegí a mi amigo para que lo entregara no fue al azar. Le conozco a él, te conozco a ti y en los claroscuros de mi consciencia comprendí que él era un compañero de viaje perfecto para ti.*

*Me iré este verano, justo cuando empiezo a comprender lo que significa la eternidad. Sabes que nunca me gustó el calor. Pero no quiero irme triste y tampoco hacerlo sin dejar cerradas todas las puertas por las que (utilizando tus palabras) entraban corrientes de aire.*

*Te doy las gracias porque me revelaste quién era, por la vida compartida, por los recuerdos que han entretenido mi agonía, porque me hiciste mejor persona. No renuncies al amor sabio como yo lo hice, Miranda. Vive.*

*William Urquhart*

## Nota de prensa

*El Correo* (Territorios, viernes, 14 de septiembre de 2014).

William Urquhart (Edimburgo 1964), escritor y profesor de literatura, ha alcanzado un éxito internacional desconocido hasta el momento con su novela póstuma, *Despedirme de ti*, que ya se puede encontrar en las librerías.

Traducida a ocho idiomas, aparece por fin en el mercado español. Sus derechos han sido adquiridos por una famosa productora cinematográfica. Tras conseguir el Premio Tales, el Awar Fiction y el Sagis al mejor libro del año otorgado por el Gremio Europeo de Editoriales de Ficción, el galardón fue recogido en la Feria de Fráncfort por su agente literario que, emocionado, recordó al escritor, muerto el año pasado tras una larga enfermedad.

Con tintes autobiográficos, el escocés narra la historia de un escritor que necesita enamorarse para crear sus obras y en las que ese sentimiento, así como sus derivados vínculos, se extingue cuando la obra ha sido finalizada.

«... Se le escapó un suspiro y como si necesitara medir el alcance de la mirada de aquella mujer extendió los brazos hacia el vacío... Mantener cerrada la ventana por donde la vida podía colarse le había costado tanto esfuerzo que se había convertido en otro».

## Agradecimientos

La generosidad es un atributo indispensable para que un creador llegue a buen puerto. Mientras escribía *Devuélveme la luna* estuvieron conmigo los chicos y chicas de mi «Salón rojo»: Carlos I, Carlos II, Patricia, Teresa, Hilda, Virginia, Josu, Igor, Silvia, Ana, y los de la Asociación Literaria ALEA. La trabajadora Lourdes Ávila me prestó su nombre además de una inquebrantable fe en mis palabras; Karmele González de Viñaspre se mantuvo cerca con su tenaz apoyo, y Miguel Atucha y la complicidad de Alberto Gutiérrez pusieron el marco a la foto de familia. El equipo editorial, desde Alicia González Sterling, Carmen Fernández de Blas y Berenice Galaz, me abrió el camino.

Un especial recuerdo a Javier Otaola, que me contagia el entusiasmo cada vez que buceamos en palabras. Pablo, Alejandro y Rocío se ocuparon, como de costumbre, de mi corazón.

## Notas

---

- 1 «Perdone, ¿molesto?».  
«No, estoy cocinando, adelante».

2 Libro de consulta chino.

3 Acudirán al Descanso de Escocia por esto y por la acogida, particularmente cariñosa y espontánea, que les espera. William y Francess les harán sentirse como en casa con su copa de bienvenida a base de vinos locales, les hablarán de los lugares interesantes de visitar, y les proporcionarán información sobre la flora y fauna locales.

Francess les sorprenderá con sus desayunos, cada día diferentes, apetitosos y hechos con mermeladas, jugos y repostería totalmente casera...

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© María Elena Moreno Pérez, 2018

Los derechos de esta obra han sido cedidos a través de BookBANK Agencia Literaria

© La Esfera de los Libros, S. L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (mobi): enero de 2018

ISBN: 978-84-9164-228-2 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.